GUSTAVO NIELSEN

LA FLOR AZTECA

PLANETA
Biblioteca del Sur

BIBLIOTECA DEL SUR

Diseño de cubierta. Mario Blanco
Diseño de interior: Alejandro Ulloa

ISBN 950-742-802-X

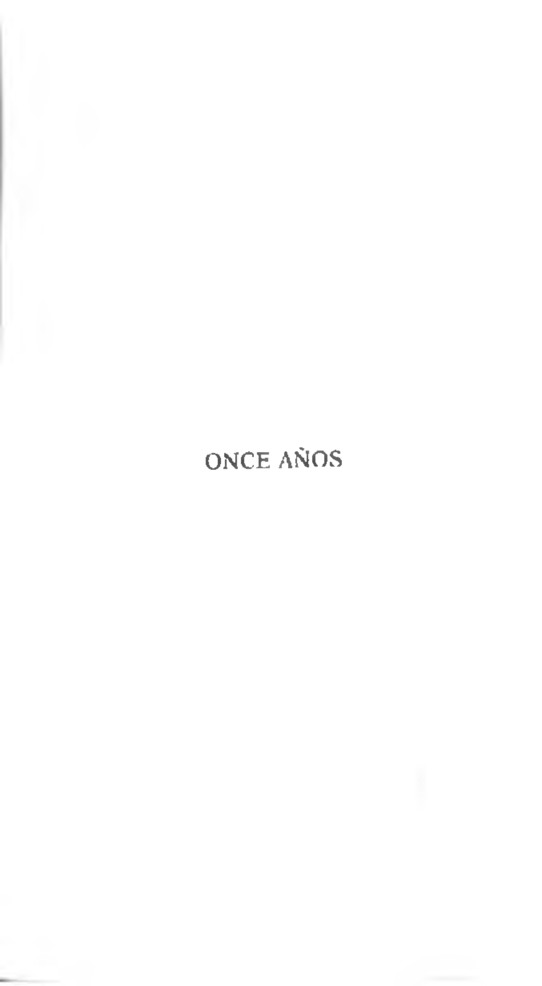
Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Las mejores relaciones sexuales que tuve con mi mano derecha se las debo a *"la flor azteca"*. Pero no a la *flor* aquella que contaba mi abuela, la del Parque Japonés (una cabeza parlante sobre una bandeja): sino a la que aparece dibujada en el libro de magia, sonriente, de ojos negros y brazos cruzados, medio cuerpo cortado sobre una mesa. La ilusión es la de media mujer viva, de la cintura para arriba. Se ven las cuatro patas de la mesa (esto es lo más difícil, a mí siempre me quedan tres, por la caprichosa disposición de los espejos), y el corte del cuerpo, digamos, la tajada, apoya sobre una bandeja de mozo. La media mujer está vestida con un pequeño top y un volado que apenas insinúa la forma de su busto mínimo. Cruza los brazos por debajo de esas tetitas. La piel tiene el color amarillo de las hojas del libro, igual que la piel de la mesa. Parecen pergaminos.

Amo a esa adolescente de la página 226; siempre la quise. Y ella quieta, muda, grabada en la hoja. Sin piernas, sin caderas. Treinta líneas curvas y dos manchas en los ojos.



PRIMERA PARTE



ONCE AÑOS

Soy un chico que tiene las manos chicas.

Los objetos de magia parecen hechos a otras escalas, para manos adultas. Se me resbalan los globos, se me caen los naipes cuando intento empalmar, las pelotas de ping pong giran sin multiplicarse entre las lombrices de mis dedos y acaban rebotando en el piso.

También tengo, cuando salgo a escena, el corazón golpeante como un juguete de la fiebre.

La mirada de la gente es igual a la de los reflectores, sólo que ellos están al acecho. Tratan de adivinar el truco. Por eso me deslumbra la magia. Envidio la idea de no saber cómo se hace, de estar de aquel lado suponiendo que existe una trampa que no descubriré. "Nada por aquí, nada por allá"; y yo sabiendo que no es cierto; intuyéndolo.

La reunión sucede en el garaje de casa, ante la mirada de la gente del barrio. Tengo once años y vivo con mi abuela. Aprieto la varita con fuerza. La abuela reposa sentada en medio de todos, en su sillón hamaca. Tiene un cable con el interruptor de la luz sobre su falda. Los chicos están sentados en el suelo, adelante. Más atrás hay algunos vecinos de la cuadra, de mi edad, jugando a empujarse. Ultima, en un rincón, María Marta, que cumplió quince la semana pasada y me sacó a bailar en su fiesta. La varita es un palo de escoba pintado de negro y forrado en las puntas con papel metalizado. De mi mano izquierda cuelga la silueta de un pescado, recortada de una hoja de papel de los clasificados del diario *La Nación*. Sostengo el pescado desde la cola. Digo, impostando la voz (una voz especial para María Marta, que se apoya tan lindo contra la pared de mi garaje; para su hombro, para su brazo, para su cadera reclinada):

—Damas y caballeros, quisiera *contaros* la historia de un pescador...

La abuela atenúa la luz.

—...que extrajo de las aguas un pez de este tamaño. ¿*Habéis* visto alguna vez un pez tan grande?

La silueta representa un pez mediano, del largo máximo que permite la diagonal del matutino de páginas enormes. En realidad yo había visto pescados mayores en la pescadería, o por lo menos de ese tamaño, pero la novedad era modular la voz para que pareciera el pescado más grande del mundo. Los chicos dicen: "Sííííí", a los gritos. Es-

tán inquietos y se mueven en la semipenumbra como animales ciegos debajo de una manta.

—"Para mí que no era tan grande", le dije al pescador, y éste se arrepintió. "*Hombre,* me contestó, *tienes razón. A fuer de ser sincero, creo que no era tan grande*".

Doblo el pescado por la mitad, dejo la varita sobre el atril y agarro una tijera. Me preparo para achicarlo, cortándole un pedazo, y María Marta le pregunta al aire, desde atrás, soltando la pregunta como un dardo:

—¿Por qué habla en gallego, este nene?

Está de pie; la voz llega clara. La abuela y algunos varones dan vuelta la cabeza. Dejo caer el pedazo de papel al piso, vuelvo a tomar el pescado solamente por la cola y lo suelto. La silueta se despliega, manteniendo su forma.

—Todavía con extrañeza —digo, envalentonado por el buen desempeño del truco—, advertí a mi pescador *de marras* con estas palabras: "*Gallardo caballero, es que aún me parece muy grande*".

—Qué pavada...

Ella vuelve a intentar interrumpir, sin derecho. El libro de magia es importado de España. ¿Para soportar esto me aprendí de memoria todos los diálogos, cada chiste, cada postura que indicaban los tomos de la *Jackson*? Horas y horas.

La miro mal, con ojos peleadores. ¿Qué está buscando esa malcriada, la hija del carpintero? Bastante con que los había invitado, a ella y a su hermano, que tiene casi mi edad pero no sabe ni bailar. María Marta sube los hombros, como si no le importara. Yo vuelvo a doblar el pescado, corto

otro pedazo y lo despliego. Otra vez aparece entero, pero más chico. Toda la tarde me había pasado engomando la superficie trasera del papel con cola blanca en barra, para que se viera siempre entero. Mientras lo estuve practicando, logré el efecto casi todas las veces.

—*"¿Cómo lo veis?"*, osó preguntarme el pescador. *"Mal, salao. Que no seré víctima de vuestro engañejo. El pez era más chico."*

Lo doblo para hacer el último corte y María Marta grita: "BUUUU". Hasta los nenes vuelven la cabeza. La abuela sube un poco la luz.

—¿Qué pasa? —le digo.

—Que hables en argentino, salamín —grita.

El coro de los nenes repite: "salamín, salamín". Miro a la abuela y siento que hasta ella lo está pensando, porque abre muy grande la boca, para evitar una carcajada. Le digo que, por favor, baje otra vez la luz. Aprieto los pedazos de papel, la cabeza y la cola del pescado una sobre la otra bien fuerte, para que se peguen contra un paquetito doblado que, desde antes de la función, está oculto detrás de la cabeza. Este paquete es un plegado que simula las vértebras y las espinas del animal. La gracia del truco es acortar el cuerpo hasta que no quede casi nada, y al final hacerle decir al pescador, firme en su tozudez: *"Yo lo cené, y sé positivamente que era de este tamaño, aunque no lo creáis"*.

Y entonces soltar el esqueleto, como una guirnalda, hasta el suelo. Las espinas pegadas a la cola y a la cabeza hubieran dado una impresión extraordinaria, sobre todo entre los chicos. Y el discurso era especial para la abuela, que era española

y le gustaría más ese lenguaje que el que usábamos nosotros en la calle. Aunque sonara extraño en la boca de un porteñito de barrio. Porque era el idioma de verdad, el de los libros y en particular el del *Aprendiz de Mago*, tomo I de la *Biblioteca de Juegos e Ilusionismo* de Barcelona; un idioma digno de vocalizar ante una audiencia. Esto era el espectáculo, aunque a María Marta le pareciera una bobada digna de un "salamín".

Suelto el pescado mirando hacia el rincón opuesto a sus ojos. Deseo escaparme de los faros de todos los que me alumbran ridiculizándome, sometiéndome a esa humillación, a esa pequeña pero enorme humillación del esqueleto que no se pega a la cola, que se traba a mitad del doblez y se rompe, que me deja con la aleta en la mano y un mínimo de espinazo colgante, indefenso. La cabeza cae al piso con el resto del paquete.

Ellos aplauden igual. Como si no les importara más que pasar el rato. La abuela se ríe, frotándose la panza. Parece una adivina con su bola de vidrio, en el balanceo continuo de la mecedora.

—Vayansé —les grito, enojadísimo. Todos se callan.

Vuelvo a gritarles. El calor se me inyecta a través de los ojos, hacia el cerebro mismo. Estoy violento como sólo un mago de once años puede estarlo.

Entre dos vecinos levantan a la abuela, que sigue tentada, sin poder parar de reírse. Uno a uno van desalojando el garaje. Al final quedamos María Marta, su hermano y yo. Ella se acerca hasta que nos separa solamente la distancia de dos baldosas.

—Andate —le digo, y me llevo las manos a la cara, tapándome.

—No hay que llorar —. Su voz es una caricia suave.

¿Qué le importaba cómo decía las cosas? Lo fundamental era lo que se estaba haciendo, la magia misma. Convertir un pescado en un esqueleto de pescado *"para compartir un rato agradable en las propias barbas de los espectadores"*.

—Andate —repito, pero se acerca una baldosa más. Apoya una mano en el medio de mis piernas, sobre el pantalón de frisa que uso para ir al colegio. Carlitos se queda atrás; tiene puesta la galera de cartulina negra y espadea al aire con el palo de escoba.

—¿Qué hacés? —le digo.

Siento la tibieza que nace de ese movimiento primero, de ese casi amasado que ella logra. La siento crecer adentro de su mano y me abrazo a su cuerpo para retenerla, para capturar este calor que en algún momento va a desaparecer, como todas las cosas. Es lindo; es suave. Descanso mi cara sobre los bultitos de su remera y me imagino la misma música que en su cumpleaños. Un vals. Su otra mano sobre mi espalda; su perfume; su pelo. Su segundo de duda; su paso hacia atrás que hace renacer en el piso una baldosa, dos. La voz de ella que vuelve a hablarme con dulzura, como si se disculpara por dejar de bailar.

—Viste que yo también sé algunos trucos —dice. Sonríe como una chica grande.

—Lo que a vos te falta es una partener —agrega—, igual a la de los magos de la tele. La *flor azteca* de la que habla mi viejo.

Su hermano golpea la varita sobre el atril que yo mismo construí con maderas de cajas de dulce de batata, siguiendo un plano de la revista *Lúpin*. De un manotazo le arranco la galera

—Mujeres no.

Ella levanta los hombros, tironea a Carlitos de un brazo y salen sin hacer ruido. Me quedo solo otra vez con mis trucos tirados, las sillas revueltas. El calzoncillo humedecido.



TRECE AÑOS

María Marta ya tenía dieciséis años y me resultaba de lo más boba, aunque la bobera le hubiera crecido paralelamente con el tamaño de las tetas. Eran las mejores tetas del barrio. Venía al garaje con la minifalda y la remera ajustada, porque sabía lo que nos gustaba a mí y a mis compañeros de escuela. Podía decirse que compartíamos una amistad especial, basada en la seducción permanente de la prestidigitación. Por ejemplo: le encantaba recibir de regalo una flor que nacía del aire, o desde el vacío de atrás de su cabeza. Yo sentía que le gustaba eso porque hacía fuerza para creerlo. No hay truco, pensaría, en su oquedad cerebral. Y después de concederse un pensamiento, a volver a la nada, a la línea blanca continua.

Empecé a hacerme amigo de Carlitos a mediados de séptimo grado. Yo estaba angustiado por-

que me resultaba imposible recordar los nombres de los próceres, o los años en Historia y las capitales en Geografía. "Primera Junta Nacional: Vocales". Y había que soltarlos uno tras otro.

Una mañana en que desayunábamos en la cocina de la abuela, Carlos me dijo que podía inventarse un verso con los nombres. Algo fácil, que fuera divertido. Escribió sobre una servilleta:

"BELGRANO CAGÓ DIARREA, MÁS CAGÓ ALBERTI"

Explicó:

—BELGRANO es Belgrano, CA-gó es CAstelli, DIARREA es Larrea, MÁS es, por un lado MAtheu, y por el otro AS-AZcuénaga, ALBERTI es Alberti. Ya está.

Pensé, mientras metía el pan en la taza de café con leche, si no iba a ser más difícil acordarse de todo eso que de los seis apellidos solamente. De ahí en adelante comenzamos a rimar todas las cosas. Era como preparar un truco.

Más cagó Alberti.

En las vacaciones de ese año hice mi primer contacto serio con la *flor azteca*. Era un libro sin tapa y con la contratapa celeste, de *Editorial Tor*, que explicaba grandes pases de los grandes artistas. Lo compré por monedas en una librería de viejo cercana a la estación. La *flor azteca* era uno de los últimos trucos. La idea del juego consistía en exhibir media señorita sonriente, cortada a la altura del ombligo, sobre una mesa. Una doble superficie reflejante disimulaba la presencia de las piernas por debajo de la tabla. La mujer se movía, hablaba. El libro ocupaba más de diez carillas en describir las variantes en las disposiciones de los espe-

jos, pero no le dedicaba ni media línea al guión, a lo que había que decir en el acto, y yo no podía imaginármelo. *La última palabra de la magia y el ocultismo*, de *Editorial Cavmu*, tampoco explicaba demasiado:

"Al inventarse este juego, hace mucho tiempo, se le dio el nombre de Fátima. En México tomó el nombre de 'flor azteca'. Es una modificación del 'Decapitado' y su representación es la misma, siendo una ilusión más graciosa que la de la cabeza sola, que siempre es lúgubre. Si la mujer adivina que la representa es hermosa, la experiencia gana extraordinariamente..."

Releí el *"Decapitado"*, buscando algún comentario adicional. Las otras variaciones como *"Madame Crisantema"*, o *"Amaltea, la Sibila de Cumes"*, no agregaban gran cosa.

Carlitos tomo el libro, miró la figura 344 y opinó que era impresionante. Para él, con verla viva era suficiente.

—Ahí dice que es adivina —agregó.

A mí no me convencía.

—¿Y qué adivinará?

—No sé. Tal vez los nombres de la gente. O estará vendada, tipo telépata, e irá diciendo qué objeto personal levanta cada persona.

Me devolvió el libro. Yo me quedé mirando la figura en silencio.

—¿Y qué relación habrá entre la falta de piernas y la adivinación? —dije—. ¿Estar sin piernas le dará clarividencia?

Carlitos pensó un poco.

—A lo mejor tiene que ver con lo mejicano.

María Marta se había pintado los ojos y la boca para la función. También estaban el vecino de la esquina, el loro de mitad de cuadra con su novio lleno de granos, los hermanitos Martínez, la chilena dueña de la despensa, las chicas de Rapazzo (la mayor sosteniendo un bebé), la chica de enfrente que también era madre soltera, pero había regalado al nene y desde entonces vivía amargada, la vieja Lavandina y la abuela. El ciruja de la cuadra se asomaba desde la calle, para mirar. Una cuestión de olores nos separaba de su cuerpo, por eso no lo dejábamos entrar.

La abuela ordenó que cerraran la ventana. Apagó las luces con su interruptor y pidió silencio. Más bien gritó: "A CALLAR". Encendió el reflector rojo y yo, que estaba sentado en un taburete con la cabeza mirando hacia el piso, empecé a abrirme como si fuera *"un capullo de rosa despertándose al rocío del amanecer"*. Así decía el libro. Mi vestido era hindú, y llevaba un turbante hecho con un toallón blanco. En la parte de adelante le había abrochado con ganchos el círculo de aluminio que sella los tarros de Nesquik. Tuve que emparejarle los bordes con la tijera. Por debajo de la luz roja, el reflejo plateado se volvía una intriga en sí mismo y disimulaba los granos que me habían salido en la frente y las mejillas. La túnica hindú también disimulaba lo suyo. "Ya vas a pegar el estirón", decía la abuela. Mientras tanto yo seguía petiso y gordo. No gordo repugnante, pero con rollos en la cintura. Había otros más petisos. Carlitos era uno. Aunque no había engordado, ni le habían salido gra-

nos. María Marta era una diosa que sonreía boqueante, con la luz roja como un tul que la envolvía. La tunica me mostraba más flaco y hasta un poco más alto. Más digno de sus tetas.

Sobre el atril estaban los sobres con las tarjetas adentro. Cinco sobres y cinco tarjetas. El atril era un estreno, regalo de la vieja Lavandina (la vecina amiga de la abuela): una mesita china laqueada en rojo y negro, con dragones echando fuego. Podría decirse que todo era un estreno, porque con Carlos habíamos reparado las sillas de madera en la carpintería de su padre. Yo mismo pinté el techo y las paredes del garaje con un rodillo y esmalte sintético negro. "El color es para resaltar el espectáculo", le dije a la abuela, con el objeto de convencerla. Ella dijo:

—Negro es luto.

Pero igual me dejó. Me pareció que a la gente le había gustado la escenografía; la vieja Lavandina tenía cara de venir a ver más a su mesita china que a mí.

—Hola a todos. Bien —la voz me salía pausada y limpia—, quiero que se relajen. Observen fijamente mi tercer ojo en el turbante, es una chapa maldita que recorrió el planeta hipnotizando humanos, animales, plantas, piedras... Era de un fakir de oriente, de la ciudad de...

La más chica de las Rapazzo hizo un gesto con la boca, como si se tragara la risa. Fue ella quien me regaló el papel de aluminio.

—... de la ciudad de Nesquik, ¿no, señorita?

Asintió con la cabeza. Algunos dieron vuelta la cara para mirar. Imaginé que a María Marta esta

complicidad podía ponerla nerviosa: la sonrisa se le había borrado de la cara.

—Bien. Les pido silencio y que concentren su atención en la chapa. No les va a pasar nada malo. Junten los pies uno con otro; las espaldas erguidas...

El loro y María Marta se enderezaron en sus asientos, duras. El novio del loro miraba tenso, apretando los dientes. La atención de todos estaba posada en el turbante. Me puse de pie y las miradas se elevaron. Cuando se mantienen los ojos en una posición alta durante un rato, los músculos se cansan, porque tienen que producir un trabajo forzado. Había leído eso en alguna parte. Aproveché para sugerir:

—Muy tranquilos, muy serenos... Los párpados quieren cerrarse, los ojos se van cansando, viene el sueño pero no lo vamos a dejar llegar, ¿verdad Carlos?

Carlos negó con la cabeza. María Marta espiaba de reojo al chico de la esquina. Me molestó que no estuviera concentrada.

—La respiración se hace más profunda, más y más... —la abuela cerró los ojos— nos sentimos cómodos, relajados... es muy agradable descansar aquí sentada... ¿verdad, María Marta?

—¿Eh?

—Digo si estás bien, cómoda pero atenta, relajada pero despierta.

—Sí, claro —dijo.

El chico de la esquina era alto, flaco, tenía diecisiete años y manejaba el Fiat 600 de su padre. "Demasiadas ventajas", pensé.

La abuela roncó. La madre soltera de enfrente la sacudió un poco, para despertarla. Algunos se estaban riendo. La abuela abrió grande los ojos.

—Me dormí... no sé qué pasó —dijo, a los gritos.

En la sacudida había apretado el pulsador, encendiendo sin querer la luz blanca. Todos los párpados se movieron, simultáneamente sorprendidos. Tomé los cinco sobres de arriba de la mesita.

—Si bien nos despertamos, quiero aclararles que están hipnotizados. El ejercicio de relajación que hicimos fue para que las mentes de ustedes quedaran coordinadas en la misma frecuencia de mis ondas cerebrales. Y si bien cada uno seguirá haciendo lo que quiera, los cinco elegidos que yo indique serán capaces de realizar una hazaña de mentalismo nunca vista en la Argentina. Por favor, sigan todos con la mente en blanco...

Mientras decía esto miraba a María Marta, pensando "no te va a costar mucho". Le di un sobre a la abuela, otro a ella que dijo gracias; extendí otro al chico de la esquina, pero se lo saqué antes de que pudiera agarrarlo. "Me parece que no estás preparado", le dije. Descalificado para siempre delante de la diosa de todos. Los otros tres sobres se los disputaron entre las hermanas Rapazzo y un nene vestido de marinero.

—¿Todos saben escribir?

—¿Escribir cualquier cosa? —preguntó el nene.

—Sí.

El nene dejó el sobre, asustado, en manos de la vieja Lavandina. Repetí la pregunta:

—¿Todos saben escribir?

—Sííí —contestaron.

—Entonces les voy a entregar una birome a cada uno para que anoten una palabra en las tarjetas que hay adentro de los sobres.

—Una palabra... ¿cualquiera? —preguntó María Marta.

—Sí, señorita —contesté.

—¿Pero cualquiera, cualquiera? ¿Puede ser el nombre de alguien?

—No hay inconveniente —dije.

Ella tomó su birome con decisión y comenzó a escribir en el reverso del sobre, como si estuviera anotando el remitente de una carta. Alcanzó a escribir una letra, cuando la detuve y les dije a todos:

—Cuidado, anoten la palabra en la tarjeta, no afuera.

—Ah —dijo ella, atontada. Sacó el cuadrado de cartulina y escribió su palabra. María Marta estaba en babia, y fue la única atropellada que se confundió, aunque yo no alcancé a darme cuenta en el momento. Además de tener que concentrarme en explicar, me ponía nervioso ese tarado del 600, que ahora se dejaba resbalar en su silla como diciendo "ya me cansé, en cualquier momento me voy". Les expliqué que metieran las tarjetas en los sobres y simplemente los cerraran. "Sin pegarlos", tuve que aclarar, ante una lengua a punto de lamer la goma de un borde. La abuela me lo alcanzó personalmente. María Marta recogió los de las chicas de atrás, agregó el suyo y se levantó para venir a entregármelos. Yo cometí el error de no mirar lo que hacía, enfrascado en las próximas palabras.

—La mente del hombre es un lugar maravilloso, lleno de secretos y vibraciones ocultas. Hoy me

van a ver en una actitud que podríamos denominar autoritaria, sí, sin precedentes dentro de los límites de este garaje, pero que seguramente los asombrará hasta el aplauso, porque les voy a leer el pensamiento. Ustedes dirán: "eso es imposible", y yo afirmo: "no hay imposibles". Sobre todo si tomamos los recaudos correspondientes. Por eso comenzamos esta tarde haciendo un ejercicio de sugestión que, sin que ustedes lo advirtieran, me colocó en una posición privilegiada respecto de los libros abiertos de sus cabezas: la posición del lector.

Sentía los ojos de todos clavados en mis manos, mientras mezclaba los sobres. Inclusive los ojos de la abuela, que sabía el truco y era mi cómplice, con una palabra clave. La palabra era "agua". La mezcla parecía verdadera, pero el sobre de la abuela quedaba siempre abajo.

—Sí, respetable público, voy a leer sus mentes. No todo el contenido de las mismas, porque sería una impudicia y un aprovechamiento de mis dotes de adivinador; solamente voy a leer la palabra que escribieron, apoyándola sobre la fría superficie de mi tercer ojo alumínico.

Tomé el primer sobre al azar y lo llevé contra el círculo del turbante, un poco más arriba de la frente. María Marta tenía las piernas cruzadas. Cerré los ojos. No se oía sonido.

—Qué letra rara —dije—, pero conocida. Me parece que es una palabra de la abuela. ¿Puede ser? —abriendo los ojos hacia ella.

—No sé —dijo, contenta.

—A ver, a ver... AGUA.

La abuela se mostró sorprendida.

—Adivinaste dijo.

La gente la estaba mirando cuando ella empezó a repetir "adivinó, era agua, nomás". Me dispuse a verificarlo, abrí el sobre y leí la primera palabra desconocida, con letra —quién sabe— de alguna de las de Rapazzo. La tarjeta decía: "casa". Volví a meterla adentro, cerré el sobre y lo dejé caer en la galera.

—Vamos a ver, dijo un ciego... —Las cosas habían comenzado bien. La abuela me guiñó un ojo. Levanté el segundo sobre de la pila—. Este es más claro, se puede ver bien, está escrito en letra de imprenta, lo que me hace pensar en la señora Rapazzo, ¿puede ser? —Hice la pregunta mirándola a los ojos. Ella dijo:

—No.

—¿No?

—La mía es cursiva.

—¡No me adelante! —le grité, exasperado.

—¿Puede ser mía? —dijo la menor de las hermanas.

—Puede ser, puede ser... —repetí, concentrado en la visión.

Todos estaban mudos, María Marta muda y mirándome. Podía sentir cómo me tocaba la túnica hindú con sus ojos, cómo me acariciaba por adentro de la túnica.

—¡CASA! —grité, entusiasmado. La chica aplaudió. Abrí el sobre y leí: "jente", así, con jota. "Efectivamente, CASA", mentí. Volví a guardar la tarjeta, tiré el sobre adentro de la galera y levanté el tercero. La chica repetía: "era casa, era casa...", sin entender. Nadie antes le había leído los pensamien

tos, y ahora yo sabía todo de ella, todo lo que soñaba, todo lo que hizo en su vida, todo lo que iba a hacer. Lo de hoy era la prueba.

—Acá hay un error ortográfico —dije. La vieja Lavandina se tapó la cara, sonriendo, con el gesto de admitir "seguro que fui yo". Dije GENTE ante la admiración de la gente; abrí y leí SOL.

Me llevé el último sobre desconocido a la frente, lo apoyé, adiviné la palabra SOL y, al girarlo entre las manos, los primeros en la fila notaron algo extraño. Alguien señaló el reverso escrito cuando yo lo abrí para leer la tarjeta de María Marta, una palabra que me hizo temblar, porque de todas las palabras del mundo ella había elegido el nombre Ernesto, escrito con minúscula, "ernesto", el del muchacho de la esquina. Pero lo peor de todo fue que, antes de dejarme introducirlo en la galera, ella se paró y dijo: "Ahí no puede decir SOL, porque yo escribí otra cosa".

—¿Cómo...? —le pregunté, sabiéndola incapaz de reconocer una mínima diferencia de un sobre a otro debajo de esa luz roja, cuando todos eran idénticos.

—Sí —contestó ella, para los demás, para arruinarme el truco—, ése es mi sobre porque me equivoqué y lo escribí por afuera, con la birome que me diste, pero no es la palabra.

Lo di vuelta: estaba marcado. Una "E" de ERNESTO, correctamente mayúscula, que había anotado por error en el exterior.

María Marta se reía: "hizo trampa, hizo trampa", en una cantinela burlona; el chico de la esquina se relajó en su silla en un estado de completo

éxtasis poshipnótico, totalmente dueño de la situación; la abuela echó una carcajada limpia y la menor de los Rapazzo, pobrecita, se sentía totalmente estafada y en crisis. ¡Y faltando un segundo para terminar! Solamente quedaba levantar la carta de la abuela, decir ERNESTO, aunque la boca se me secara, abrirla y leer AGUA, la palabra de la abuela escrita en letra de la abuela, volver a ensobrar y tirarla adentro de la galera de cartón para mezclar los órdenes y que, al final de la prueba, cualquiera pudiese comprobar las palabras. Porque las palabras existían, estaban escritas, se podían ver y todos —salvo la abuela— sabían que eran secretas. Y todos pensaban que la palabra de la abuela también era un secreto que yo había descubierto. Yo, el mejor, el que iba a conocer cada detalle de sus vidas; un fraude. "Vayansé", pensé, pero no hubo que decirlo porque la gente se estaba dispersando sola. Muchos ya contaban sus chismes de la cuadra, mientras Carlos se acercaba a confiarme que igual había estado bueno, que era un lindo truco y que fue una fatalidad, un errorcito que no importaba. Y su hermana, espléndida, apurándose para alcanzar al de la esquina, a ese del Fiat. Y Carlos, Carlitos, diciéndome cosas; que tendría que ver de hacer algo más grande, que impacte, algo bien de salón. Besos en la boca en mi garaje. Yo, rojo de furia. Carlos me seguía preguntando si no había pensado en serruchar a alguien. Le dije que no. Que no me interesaba. Que me quería morir, volar, borrarme; no sé. Él sí sabía y se ofrecía a hacerlo conmigo, si aceptaba. Los labios de María Marta se apretaban contra los de su ernesto con minúscula, de

rulitos como yo pero con minúscula. Que podíamos planearlo un desayuno de éstos.

—¿Y cómo se hace? —pregunté, distraído.

Entonces Carlitos hizo algo increíble, algo que no había visto hacer a nadie jamás, algo único. Dijo:

—Así.

Y se hizo más petiso sin doblar las rodillas ni agacharse, aprovechando un momento en el que no miraba nadie. Las piernas simplemente se le acordeonaron debajo de los pantalones. No supe adivinar qué tenía que ver con el serrucho y los trucos, pero era fantástico.

—Ese es el secreto —dijo.

Carlitos era el secreto. Mi amigo, que iba al primer año de la Modelo (una mixta y no de curas y varones como el colegio Marista al que iba yo), podía quebrar la cadera de una forma increíble. Carlitos decía que Houdini hacía lo mismo, pero que además quebraba los hombros y los codos. Por supuesto que no era una cosa de quebrar el hueso, sino algo así como descoyuntarse. Lo había visto en la película con Toni Curtis. Era muy extraño. Las piernas se le encogían telescópicamente sobre la cintura y los huesos se le metían hasta la panza; bajaba como veinte centímetros de estatura hasta quedar hecho un enano horrible, con las piernas cortas de la mitad para arriba. Casi sin muslos. Y cuando quería, se volvía a levantar.

—¿Querés que me saque los pantalones para mostrarte?

Le dije que sí, porque se había ido toda la gente. Se desabrochó el cinturón y se bajó el cierre de

la bragueta. Los vaqueros, unos Wrangler baggis muy sueltos y a la última moda, cayeron. Yo tenía los mismos, y las mismas botas de gamuza marrón. El slip era chiquito y colorado, y le marcaba un bulto enorme.

—¡Qué empanada, para ser tan petiso! —le grité.

—Viste —dijo—, no se puede creer lo que me creció. Y me salieron un montón de pelos.

—¿A ver?

Se bajó el slip hasta las rodillas, sin vergüenza. Ahí no había truco. Era algo parecido a una longaniza, con la cabeza roja y los huevos como dos hamsters durmiendo. Yo había visto el hamster de su hermana en la carpintería; se llamaba Coco o Cocó, porque nadie sabía si era hembra o macho, y era igual de peludo.

—Me creció solo —explicó, casi disculpándose—. ¿Y a vos?

Estuve a punto de decirle "no sé qué pasa, debe ser que me falta el estirón del que habla la abuela", pero me callé. Y antes de que él volviera a preguntar, dije:

—Cuando se me para es enorme.

Él no insistió, y todo siguió su curso normal. Se subió el slip. "Preparate", dijo. Yo estaba absorto en esa cosa gigante. "Cuando la tenga así, chau María Marta", pensé. Carlos hizo temblar la cadera y pude ver cómo dos protuberancias (me explicó que eran las cabezas de los fémures) pasaban sobre las tiritas del slip y subían hasta la altura del ombligo. Si no eran veinte, eran quince centímetros lo que bajaba, cosa que en él era un disparate. "Si tenía esa pija antes de pegar el estirón," pensé.

"que iba a ser después. Se la iba a tener que atar al cuello".

—¿Ves? —dijo, y comenzó a subir y bajar como en un ejercicio de gimnasia—. Es raro, pero lo hago.

Era un chico plegable.

—Esto no lo sabe nadie más que la vieja, el doctor y vos.

Hizo un temblor de caderas y los huesos volvieron a colocarse en su lugar. "Además de encogerme," explicó, "puedo doblar las rodillas como cualquiera, lo que me acorta todavía más". Sonrió, subiéndose los Wranglers. Yo estaba verdaderamente asombrado.

—¿Y, ya te hiciste alguna paja con ese caño? —le pregunté.

Alzó los hombros con suficiencia.

—¡Puff! Mil veces —dijo.

Después me contó del truco del serrucho. El título del truco era "*La niña cortada*", que en este caso se cambiaría por "*El niño*", porque Carlos iría adentro del cajón. De inmediato lo relacioné con la *flor azteca*, como la idea de un pase anterior del mismo show: cortar una mujer en dos y después exhibir la mitad de arriba. Carlos opinó que eran juegos distintos, de emociones distintas, y que le parecía que no había que juntarlos. Además, la *flor azteca* tenía que ser sí o sí una mujer.

—Podemos poner a tu hermana —le dije.

Entonces empezó a hablar de María Marta, y me dijo que a veces se pajeaba acordándose de ella. A mí me pareció terrible; para él era una cosa normal. Ella se duchaba por las tardes y, como en

el baño no había cortina, la espiaba por el agujero de la cerradura.

—Tiene unas tetas así, infladas. Dos globazos. No sabés.

A mí se me paró instantáneamente. Solamente había visto una teta en *El sol rojo*, la de vaqueros que vio todo séptimo grado en el *Nuevo Ciudadela*, con Charles Bronson y una china que se bañaba en una palangana de loza. Era solamente un segundo, que para la división era el centro mismo de la trama.

—Yo también vi la película, pero nada, nada que ver. Aparte, a mi hermana, le vi los pezones, la concha y el culo.

Me apreté la pija haciendo sandwich con el calzoncillo de género y la tela del vaquero. "Me muero de ganas de verla", dije, y Carlos se quedó callado, como si lo avergonzara que hubiera puesto en descubierto a su familia. Cuando se dio cuenta de que yo me estaba tocando se puso colorado y mudo del todo. Le pregunté:

—¿Coge?

Él levantó los hombros; no tenía más ganas de hablar. Nos quedamos un rato en silencio. Al final, dijo:

—Hablamos de cualquier cosa y no hablamos del truco.

—Claro, contame.

Sacó de su bolsillo el plano de una caja que medía 1,18 metros por 0,80. Estaba indicada con flechas. La caja se abría en dos como un ataúd, y tenía un agujero para sacar la cabeza y otros dos en la otra punta para sacar los pies.

—Yo voy adentro de la caja. Tengo puestas las botas salteñas de mi hermana, que me quedan dos números más grandes, y los pies untados en vaselina. ¿Estamos?

—Sí —contesté.

—Vos cerrás la tapa. Agarrás el serrucho de tu abuela. La vieja puede hacer algún redoble de olla, o algo por el estilo. ¿Estamos?

—Sí.

—Bueno, entonces serruchás. Me das un tiempo, unos segundos mientras decís algo para el público; yo retraigo las piernas y doblo las rodillas. Con sesenta centímetros de espacio interior me alcanza, ya probé. Así doblado doy más o menos la mitad de la caja. Marcamos la línea a lápiz para que no te equivoques. Meta serrucho.

—¿Y los pies?

—Los saco. Quedan sobresaliendo las botas solas, agarradas a la madera. La vaselina es para que los pies resbalen y salgan perfectamente. Grito. Vos separás las mitades. La gente se horroriza. Volvés a juntar los cajones y yo me calzo otra vez las botas. Levantamos la tapa y salgo entero.

Parecía interesante. Y él corría con todos los riesgos.

—¿De dónde sacamos la vaselina? —pregunté.

—Mi hermana tiene un frasco. No sé para qué. Se la robo y ni se aviva.

—¿Y la caja?

—La hago en madera terciada, con armazón de pino dos por uno, para que sea fácil de serruchar.

Podía resultar. "Miralo vos, al aprendiz de mago, con esas ideas", pensé. BELGRANO CAGO DIARREA.

—Tu hermana mucha teta y vos mucha cabeza —le dije.

—Já —dijo él, acariciándose el bulto en el vaquero que, quien sabe por qué asunto extraño, estaba crecido.

Carlos vivía con la pija parada. Todo el tiempo, todos los días, en la escuela, cuando viajaba en colectivo, en el cine, cuando hacía pis, siempre. Eso era terrible para él, porque se tenía que masturbar constantemente para que se bajara, y estaba condenado a usar baggis. En el colegio, por ejemplo, usaba baggis Wranglers grises, con el cuentoganado colgándole de costado hasta el bolsillo derecho, sosteniendo las llaves. Me di cuenta de su problema cuando empezó a venir a casa, por la cantidad de veces que iba al baño. Venía después de almorzar, para hablar del show, y estaba preocupadísimo por los detalles de los diálogos. O por si mi abuela sabría manejar bien el tema de la luz. Yo le dije que sí, que ya la había visto. A Carlos le gustaban las paredes negras, pero prefería algo más normal que el disfraz de hindú. Le expliqué que era para darle exotismo, que eso estaba bien y así lo detallaba Magic Kim en el capítulo "*La aparición del mago*", página 66. Él objetó que no, que en *La Prestidigitación al alcance de todos*, Aldo Musarra insistía sobre la sobriedad, y que con el traje de hindú yo parecía una embarazada. Me hizo enojar y le grité.

—No te bancás una crítica —dijo.

—Lo que no me banco es que estamos hablando pavadas, y el pescado sin vender...

—¿Que querés decir?

—¡Que falta la caja de madera! La que vos prometiste y no trajiste.

Me parecía que ése era el punto, porque por más que arregláramos los detalles, si faltaba la caja, faltaba todo. Era la vedet del asunto. Él se cubrió la boca para decir:

—Lo que pasa es que mi mamá no me deja.

Ella era asmática y estaba harta del aserrín que tenía que respirar obligadamente, para que su marido mantuviera la casa. No aceptaba que el hijo hiciera todavía más polvo. Mi abuela, que la conocía, decía: "pobre hombre el esposo, tan trabajador y cornudo". La abuela le inventaba cuernos a medio barrio, y cuando supo lo que pasaba y le contamos acerca del truco, dijo:

—No hay problema, haganló acá en el garaje. Después me limpian todo.

Carlos trajo las herramientas de la carpintería. Un taladro eléctrico, una sierra de calar, también eléctrica, con un aparato extraño que él dijo que era el compás (para cortar los círculos de los pies y de la cabeza), un martillo, clavos, unos palos de sección rectangular, dos hojas bien grandes de madera terciada, un punzón para cortar las hojas, un cepillo y una lijadora eléctrica de donde venía colgando el extensor del cable.

—¿Adonde lo enchufamos? —preguntó.

—Ahí.

La abuela se quedó un rato para ver, pero volaba tanto polvo que se fue tosiendo. Tuvimos que abrir la ventana de la puerta del garaje. Todos los que pasa-

ban preguntaban qué íbamos a hacer. Hasta el tarado de ernesto paró el Fiat, se bajó y dijo:

—¿Haciendo un poco de ruido, chicos?

Ni lo miramos.

—Suerte —dijo, antes de irse, y nosotros "bueno, matate".

La madre tenía razón en quejarse. Carlos decía que no, defendiéndolo al padre (que había prometido venir a ver qué tal iba el trabajo, pero no apareció). La madre era una histérica y los tenía aburridos a los dos, a su papá y a él. Gastaba fortunas en remedios que después vaciaba por el inodoro.

—¿Sabés cuánto sale ese Ventolín que nunca le vimos llevarse a la boca?

—No —dije, porque no sabía.

Él pensó un poco. Estaba lijando el esqueleto del cajón: los palos iban quedando lustrosos y prolijos. Paró la máquina antes de afirmar:

—No sé cuánto, pero un montón.

Después empezó a clavar. Se ponía los clavos en la boca y cuando hablaba le salía la voz florida por un tintinear metálico. Dijo algo así como: "se cree que mi viejo saca la guita con una pala. Y últimamente es peor, porque mi hermana también se hace la asmática".

El que sí vino fue el ciruja. Se asomó a la ventana extasiado, observándolo clavar a Carlos. Yo no hacía nada, salvo cebar mate y hablar. Cuando le cerramos la ventana, el ciruja aplaudió como si la función hubiera terminado.

—Ya vas a aplaudir de verdad —dijo Carlos, en el momento en que el último clavo se le caía de la boca.

Por la tarde cargó las herramientas. Había dejado el esqueleto listo, sin las bisagras ni las tapas de madera. Lo acompañé hasta su casa para guardarlas. Cuando llegamos gritó: "hola, hola", pero nadie le contestó. Entramos. María Marta también había llegado, porque el bolso y el sacón estaban sobre la mesa. Carlos hizo "shhh", con un dedo en el centro de los labios para que me callara, y avanzamos por el pasillo en puntas de pie. Oí la ducha pegando sobre su cuerpo. Se me paró instantáneamente. Él hizo un ademán para que me acercara a la puerta del baño, repitió el gesto de callarse y se inclinó hasta la cerradura. En esa ventana estaba todo lo que yo quería del mundo. Estaban esas tetas. Me mordí el calzoncillo entre las piernas y apreté, cerrando los ojos. Tuve que sostenerme de las paredes del pasillo. Me la imaginé reflejada en el espejo, de la cintura para arriba, como una *flor azteca*. Media María Marta. La lluvia. Los pezones.

Carlos tenía lo suyo entre las manos y se estaba dando mientras miraba. Subía y bajaba la mano. Ahí no la vi tan grande. Como si al pararse la mía aumentara más de volumen, quedando casi pareja con la de él. Comparando, igual me seguía ganando por lo menos por una cabeza. Carlos era judío, y le faltaba el sombrerito que cubría la punta de la mía y la convertía en un lindo tonete, como el que usaba en la primaria para tocar la zambita andariega o "*Virgen madre de los cristianos*". Lo agarré de un hombro para que me dejara ver y él hizo un movimiento para que esperara a que acabase. Entonces oímos la puerta de entrada y a la madre gri-

tando "hola, hola", lo que parecía ser una costumbre de la casa. Carlos saltó hacia su habitación, encerrándose y dejándome en el medio del pasillo, parado absurdamente, de campamento. Con el pantalón latiéndome delante de su madre que insistía en repetir "hola, hola, cómo te va, dónde están todos". "Acá", gritó María Marta, cerrando la ducha. "Acá", gritó él, desde la pieza.

—Acá —dije yo, colorado, desinflándome y ya goteante.

—¿Y qué estabas haciendo? —preguntó ella.

—Esperando a su hijo —contesté.

Carlos abrió la puerta.

—No sé si lo conocés, es Fabio, el del chalé de tejas vecino de Ernesto —dijo.

—Mucho gusto —dijo ella, un tanto cortada (me pareció). Tuvimos que salir a la calle para que me volvieran los colores normales.

—¿Cómo me dejás así? —le dije, enojadísimo.

—¿Así, cómo? —preguntó.

—Así, ahí, parado.

—No te preocupés —agregó, sobrador—: tengo una foto de ella en bolas y mañana la llevo.

Al día siguiente llegó y se puso a trabajar. Había sacado tres bisagras del taller del padre, un destornillador, unos tornillos, un formón, y le había vuelto a pedir la sierra de calar con el compás. Cortó la madera terciada con eficacia, marcándola en el suelo con el punzón varias veces, utilizando otra madera de regla; después lo ayudé para doblar las hojas sobre la marca hasta que hacían un ronquido y se cortaban de un tirón. El corte no quedaba

muy preciso, pero él dijo que lo arreglaría con el cepillo cantero. Sacó el cepillito del bolsillo de su overol azul. Era un overol igual al que usaba el padre, sólo que él lo combinaba con botas de gamuza, y lo llevaba puesto directamente sobre la remera Pengüin con corbata. Cerró la caja a golpes con unos clavos sin cabeza que parecían bastante frágiles, e hizo unos rebajes con el formón en tres lugares de uno de los lados largos, para atornillar las bisagras. Lo vi cortar, lijar, serruchar y atornillar. De la foto, nada. Estuve toda la tarde esperando. Él también estaba con la pija parada, se le notaba hasta con el overol puesto. Cuando parecía haber terminado, me pidió un vaso de agua. Fui a buscarlo a la cocina. La abuela estaba tejiendo unos escarpines para la madre soltera porque se comentaba que otra vez, pero que ahora no lo iba a dejar ir por nada del mundo. Había descubierto que ésa era toda la razón de su tristeza, y que una madre debe cuidar de sus hijos. "Tarde piáste", rezongaba la abuela, acomodándose los anteojos para ver la trama que tejían sus agujas.

Llegué al garaje y le di el vaso. Se lo tomó de un tirón. El cajón estaba listo, con los agujeros y todo.

—Cerrá la puerta y la ventana —dijo.

Me extrañó que me diera una orden. Al fin y al cabo estábamos en mi garaje, y yo era el mago. Fui y cerré. La caja había quedado bien y eso era mi mayor felicidad.

—¿Vamos a probarlo? —pregunté.

—Antes hay una sorpresa —dijo, y agregó—: Levantá la tapa.

Lo hice. La madera quedó trabada como un atril

de dibujante; en el medio había una foto. En la foto estaba su hermana desnuda, medio culo para arriba, torciéndose de costado, entre las sábanas, y se le veía una teta enterita, como un monumento. Había clavado la foto con una chinche de tres puntas.

"Alucinante", pensé. Abrimos nuestras braguetas y, sin perder un detalle de la carne en exposición, nos pajeamos despacio, riéndonos como socios que éramos.

Después hablamos de los respectivos miembros. Él me mostró en detalle cómo era la pija de un judío. Aunque su papá era cristiano y él, por eso, era medio católico y medio moishe, su Rubén Peucelle le había quedado en jiddish completo. Me hizo reír. Para él, Rubén era el mejor de los catchers, mejor que el Caballero Rojo o el mismo Karadagián.

—Le puse ese nombre porque es un luchador —afirmó— ¿Y la tuya?

—¿Qué?

—¿Cómo se llama?

—No sé —dije.

Él estaba convencido de que debía tener un nombre, porque al fin y al cabo era mi mejor amigo. "Nombre y apellido", agregó. Mientras yo pensaba uno apropiado, me contó que su mamá lo quería meter en el Marista, porque era un colegio de más categoría y de hombres, pero que por suerte era judío y entonces lo tuvieron que mandar a la Modelo. Yo le dije que había sido una suerte de verdad, que los maristas eran verdaderos milicos, y encima había que contarle al cura que uno se pa-

jeaba, y jurar arrepentimiento durante la confesión. Cosas de lo más absurdas, porque todos sabíamos que nadie se arrepentía, que era solamente un paso para tomar la comunión, y ni bien uno entraba en gracia de Dios, volvía a meterle mano al asunto.

—Esos curas de mierda —agregué.

Además, la Modelo parecía mucho mejor porque había mujeres, con polleritas, medias tres cuartos y delantales tableados. Él me explicó que igualmente no había que hacerse ilusiones, porque las de primero y segundo año salían con los de quinto. Yo lo oía y pensaba. De repente se me ocurrió, al acordarme de la clase de historia.

—Felipe —interrumpí—. ¿Estará bien?

—¿Y el apellido?

Volví a pensar.

—Felipe "El Hermoso". El de España.

Carlos movió la cabeza.

—Por lo menos hasta que llegue Juana la loca —dijo.

Al final del día desclavamos la foto y él se la guardó. Ensayamos una vez el truco marcando la línea de corte (quedaba un poco más cerca de las botas, para asegurarnos de que no habría accidentes) pero sin cortar, porque si no había que volver a armar la caja. Era un truco con mucho desperdicio: en cada función había que tirar una. Me pareció una locura, tanto trabajo. A él no le preocupaba: igual nos habíamos divertido construyéndola. Íbamos a dejar al barrio con la boca abierta. Juntamos las herramientas, barrimos el piso, pasamos

un trapo húmedo para recoger las últimas virutas y dejamos el cajón sobre cuatro caballetes, preparado para la función.

Carlos tenía un buen sistema para pajearse, lo llamaba "el paragüitas". Acostado en la cama, agarraba el tronco con la mano izquierda y con la palma de la mano abierta le frotaba la punta, mientras pensaba en su hermana. Le decía paragüitas por la forma en que quedaba. Una tarde me preguntó si conocía alguna otra manera para enseñarle, y yo improvisé una con las flautas recién llegadas de la panadería.

—Tiene que ser un pan caliente, de esos que cortás y sale humo. Le sacás un poco la miga, no mucha, y listo. Te lo cogés.

A él le pareció un poco asqueroso porque involucraba la comida, específicamente el pan, que en su casa era sagrado. Dijo "sagrado" impostando la voz, y explicó que la madre besaba una sobra de pan antes de tirarla a la basura. Yo me veía con el pan clavado, acabando, y la madre de Carlitos besándole la punta, donde la corteza hacía el nudo. Me puse colorado y cambiamos de tema.

Por sugerencia del padre de Carlos, antes de hacer el truco visitamos el Museo de la Policía, donde podíamos encontrar una *flor azteca*. La abuela estaba segura de que sería la del Parque Japonés. Buscamos la dirección en una "Filcar" y viajamos al centro.

Durante el trayecto en tren, conversamos sobre el *"Niño cortado"*, y sobre el enigma de la *flor*.

El cuestionamiento más radical que se nos ocurría era saber por dónde estaría hecho el corte, en aquella mujer. Si tendría concha, por ejemplo. O si algún cirujano plástico le habría rediseñado otro orificio para su nuevo estado. Si tendría los muñones de las piernas, o la vivisección habría sido realizada al ras. ¿Sería por abajo o por arriba del ombligo? Especulábamos con todo esto porque suponíamos que la encontraríamos ahí, en una pecera con formol, flotando. Salvo que, en lugar de estar viva, estaría muerta. Una *flor* marchita, pero humana. Entramos al museo temblando.

Lo que vimos nos desilusionó. La encontramos en la sala de fraudes. Era medio maniquí vestido de gitana, frente a una bola blanca. En una pequeña tarjeta contaba una mejicaneada de robos y huidas en el Descanso del Peregrino, en Luján.

Nos fuimos temprano. Carlos se quedó con la intriga de subir al primer piso, donde había una parte del museo prohibida para menores, relacionada con la medicina forense. Estaba convencido de que allí encontraría las piernas seccionadas de una *flor azteca*. Él se las imaginaba con zapatos de taco alto, flotando en formol.

Él se imaginaba lo que yo no veía de la mitad del truco.

—Queridos vecinos —digo, hacia todos los ojos. Estoy vestido con el guardapolvo que usé hasta séptimo grado; mi cuerpo no cambió tanto, y Carlos aceptó este disfraz desde el primer ensayo—. Me voy a presentar, soy el cirujano mayor del Hos-

pital de Morón, Dr. Fabio Elmago. Elmago es mi apellido materno.

Todos ríen, salvo la madre soltera que tiene puesto un vestido tipo camisón de voile, tal vez hecho con la propia cortina de su casa. Es indudable que quiere parecer una embarazada. La abuela baja un poco las luces rojas y enciende un spot de luz blanca muy fuerte, que simula ser la iluminación de un quirófano. El spot lo hicimos con una lata de aceite Cocinero y un portalámparas, siguiendo las instrucciones del suplemento *Decoralia* de Navidad. Carlos está acostado sobre la caja, que a su vez se apoya sobre los caballetes, todo tapado por una sábana blanca. Hay casi veinte personas. Como vinieron los padres de Carlos, María Marta no se toca con ernesto, que está sentado al lado de ella como "por casualidad", y mira de reojo para descubrir si la madre desconfía del asunto. Nada va a alterar mi noche. También vinieron la chilena del almacén con su marido, los Rezzanni, las hermanas Rapazzo, los Martínez, el presidente de la Sociedad de Fomento y el verdulero, que se lleva bien con los padres de Carlos. Se llama Gutiérrez, es pelado y tiene por costumbre decirle piropos a todas las mujeres, desde las nenas hasta las de sesenta, o más. Con él, liga hasta la abuela. A María Marta le dijo, una tarde en que íbamos caminando: "vení que te lubrico la cañería, princesa". Yo me enojé, pero María Marta se rió. Fue cuando empezó a pintarse los labios de fucsia. Sigo:

—Querido barrio, señor presidente de la Sala, distinguido público en general. Recibí anoche un llamado urgente de un vecino de ustedes solicitando una operación de las que yo realizo en mi Hos-

pital. Este buen hombre, don Carlitos, me dijo que estaba al tanto, por la *Mecánica Popular*, de que yo había realizado operaciones en Estados Unidos a un equipo de basquet entero de Michigan. Estaban hartos de ser altos y deseaban trabajar de enanos en un circo. Sí, sí, no se rían. María Marta, por favor, no te rías.

Ella se sonroja. El pelado se le acerca peligrosamente por la espalda. Ella cierra los ojos.

—La máxima aspiración de estos muchachos en la vida era formar un equipo de enanos que jugaran al basquet. Me consultaron en el Hospital y tuve que viajar al país del Norte. Ocho sujetos: cinco jugadores y tres suplentes. El entrenador era el único satisfecho con su altura: claro, medía 1,57, como yo. La mejor de las alturas, les dije, pero ellos insistieron en que no querían pasar del metro veinte. El nivel promedio daba 1,98. Como ven, un asunto difícil. Pero me lo tomé con la *altura* de las circunstancias y... —hago una pausa. Ernesto acusa el chiste con una sonrisa. El presidente está tan duro que parece almidonado. El pelado apoya las dos manos sobre los hombros de María Marta, y seguro que el palo sobre su espalda, porque ella tiene los ojos asombrados, mirando la nada.

—Sabemos qué pasó, me imagino que leerán *Mecánica Popular* como Carlitos, que en uno de sus últimos viajes a USA pudo comprobar la felicidad de esos ocho enanos basquetbollstas: no sólo consiguieron trabajo en el circo New World City, sino que fueron contratados por la Walt Disney Corporation para actuar en una nueva versión de *Blancanieves* con actores reales.

Todos están pendientes de la historia, menos el verdulero y María Marta, que más bien parecen abotonados. Ernesto le tira de la mano para que preste atención. Descorro la sábana del cuerpo de Carlos.

—Aquí lo vemos a Carlitos —digo, hacia el público. Carlos abre los ojos—. ¿Está durmiendo la siesta, Carlitos?

—No, doctor.

—¿Está bien despierto?

—Sí, doctor.

—De acuerdo. Ahora pido la opinión del público, porque yo fui el primero en llevarme la sorpresa. Por teléfono, por la voz, digamos que por sus aspiraciones al petisismo —hago un gesto con la mano indicando poca altura— parecía un tipo alto. Entonces vine con el instrumental de cirugía y vi que no era un gigante, sino que mide... —señalo a Carlos recostado sobre el cajón. Él dice:

—Un metro cincuenta y uno.

—¡Y aquí está el quid de la cuestión! —grito—. Le pregunté: ¿señor, siendo usted tan chiquito, por qué quiere operarse? Y él, ¿qué me contestó? —miro al público; nadie responde. El pelado se para al lado de la madre de María Marta, y en la penumbra que los cubre parece que le estuviera agarrando la mano. Ahora, mirando a Carlos a los ojos—: ¿Qué me contestó, el señor?

—Por la ley de la mano.

—Está muy claro —digo, haciendo una ele con los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Pongo la L parada o acostada, alternativamente—. Somos grandes —digo. La gente sonríe—. Este hom-

bre está convencido de que acortándose la estatura le aumentará su tamaño viril. Por eso quiere someterse al serrucho.

María Marta dice:

—No entiendo.

Yo agrego, descubriendo al novio frente a los padres de ella:

—Explicale vos, ernesto, por favor.

La madre se asoma para ver a quién me refiero.

—Yo le dije a Don Carlitos que iba a quedar muy petiso, pero a él no le importó. ¿Seguro que no se va a arrepentir?

—No —contesta él.

—¿Muy seguro?

—Sí, doctor.

—¿Segurísimo?

—Segurísimo.

—¿No quiere consultarlo antes con el Presidente de nuestra distinguida Sociedad de Fomento y Sala de Primeros Auxilios, por ejemplo? ¿No quiere saber qué piensa él al respecto?

—No, doctor. Les agradezco mucho a todos por haber venido a presenciar la intervención, pero no quiero que opinen.

—¿Ni siquiera a sus padres, allí en el fondo?

—No, doctor.

—¿Ni a su hermana querida?

—No, doctor. Soy dueño de mi cuerpo.

—Listo, entonces —digo, cabizbajo, hacia el público—: Espero sinceramente que no se arrepienta. Abuela, las luces.

La abuela apaga el reflector y aumenta el brillo de las luces rojas con el potenciómetro. Habíamos

perfeccionado la instalación siguiendo el *Primer manual de la electrónica* de *Editorial Hobby*. Carlos se baja moviéndose con cuidado, para que no se le salgan las botas salteñas en los pies untados. Abro el cajón y saco un serrucho enorme. Ayudo a Carlos a acostarse en la cama improvisada, asomando los zapatos y la cabeza por los agujeros de ambas puntas. Coloco la tapa y ato la caja con la soga de tender la ropa. Me paro en el banco. El silencio de la gente es total. Hasta el pelado está mirando. Me tapo la boca con un pañuelo blanco, como si fuera un barbijo

—Las personas con enfermedades cardíacas o muy impresionables tienen derecho a abandonar la sala —les advierto. A Carlos—: ¿Usted está bien?

—Sí.

—¿Cómodo?

—Sí, doctor.

—¿Cree que precisará anestesia?

—Como usted opine, doctor.

—¿Usted es una persona, como decirlo... a la que cualquier dolorcito lo afecta, o es un macho argentino de verdad?

—Lo segundo, doctor.

—O sea que se aguanta, no me va a venir con arrugadas.

—No, doctor.

—Ni llantos.

—Nunca lloro, doctor.

—Así está mejor —digo, y comienzo a serrucharlo por la línea. Este ejercicio toma su tiempo, y de vez en vez miro las botas que no se han movido, lo miro a él y le pregunto—: ¿Todo bien?

—Apenas un dolorcito de morondanga —contesta.

—¿Puedo seguir?

—Por supuesto, doctor.

Cuando termino, bajo del banco y dejo el serrucho en el piso. María Marta se tapa la boca con las manos. Su madre está haciendo el mismo gesto, más atrás y de pie. Entonces digo, con voz de Agente de Cipol:

—Ya está.

Seco mi frente con el pañuelo que hace de barbijo. Estoy esperando alguna reacción, un movimiento.

—Fue dura, la operación más dura de mi vida.

Guardo el pañuelo en el bolsillo chico del guardapolvo.

—¿Y? —dice Carlos.

—Y, nada. Ya está.

—¿Soy verdaderamente más corto?

—Seguro.

—¿A ver? —pregunta.

—Usted no lo va a ver —le respondo—, porque necesita reposo. Pero se lo puedo mostrar a ellos. Si quieren.

Un murmullo recorre el garaje.

—Está bien —digo, subiéndome otra vez al banco. Haciendo fuerza con las manos, corro la parte de los pies unos cuarenta centímetros sobre los caballetes. La mitad que sostiene la cabeza sonríe; me pongo en el medio y paso el brazo por la zona del corte. Es increíble, porque estoy al lado de Carlos, sobre el truco, pero él está tan encogido que no se lo ve. Lo increíble es que entre en ese sitio. La

otra parte parece que contuviera sus piernas cortadas, su cadera cortada con sus bolas, su pija, sus pies enfundados en las salteñas de María Marta que se abraza a ernesto sin entender, sin disimular, sin saber cómo se hace. Esto es magia, estoy por decirles, pero me contengo para que Carlos haga la pregunta del libreto:

—¿Usted, doctor, me asegura que ahora estaré mejor dotado que antes, debido a la ley de la mano?

Pienso: ¿para qué más? Sorprendido por mi estricta profesionalidad, le digo:

—No señor, lo único que puedo garantizarle es que usted será, desde ahora, mucho más petiso.

—¡Ah, no! —grita, enfurecido—, si no tengo seguridad quiero ser el mismo que fui.

—¡Pero ya lo corté!

—No me importa —encaprichado.

—Le advertí. Una vez cortado es imposible...

—¿Imposible? Entonces haga lo imposible, de una vez.

—Vamos a ver —digo, bajándome del banco. Empujo la mitad de los pies hasta arrimar el corte. El cajón vuelve a ser uno solo.

—No creo que salga bien... —digo, hacia el público.

Y, dirigiéndome a Carlos:

—Mire que los honorarios se los cobro igual, ¿eh?

—No hay problema, lo paga mi papá.

El carpintero larga una carcajada como un golpe.

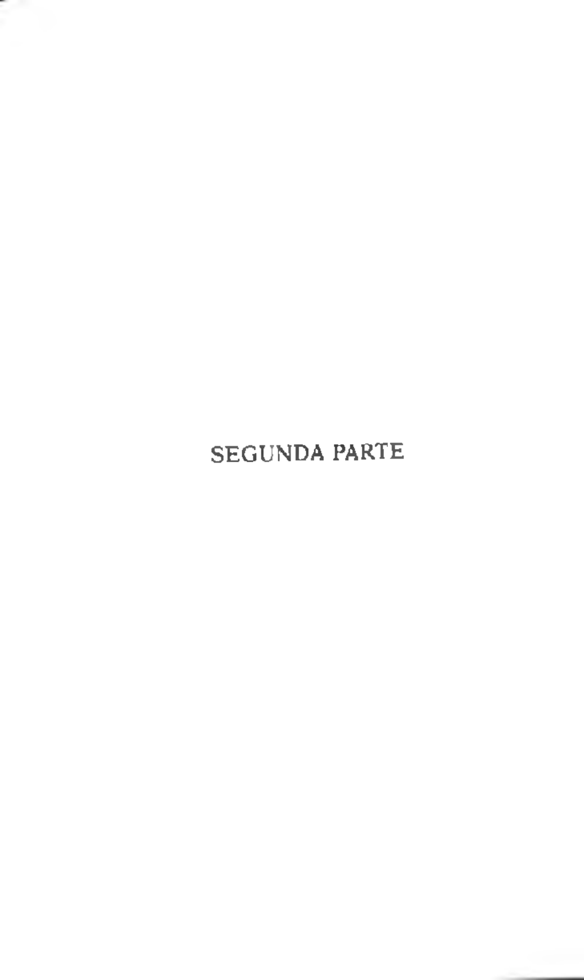
—Está bien, de ser así... —desato la soga y levanto la tapa. Carlos sale entero. Apoya las suelas de las salteñas resbalosísimas en el piso de mosaico y yo respiro hondo por primera vez. Los vecinos

se paran para aplaudir. Exhibimos con Carlos los pedazos de cajón, la soga, el serrucho. La abuela grita más de lo que su sordera le indica. María Marta me abraza y el novio se queda atrás, vigilado de cerca, observado por la madre de la nena bajo las luces blancas del garaje. María Marta me da un beso. No sabe que le vi las tetas en la foto, esas tetas que ahora espío sobre su escote. Los chicos y los grandes tocan la caja, sin poder creerlo. Emocionado y ganador, anuncio, para todos:

—Próxima función: "*La flor azteca*".

La abuela niega con la cabeza. Con la suficiencia y el aplomo que le da la edad, dice:

—La *flor azteca* es una mujer, no un hombre.



SEGUNDA PARTE



DIECIOCHO AÑOS

—Nadie se muere por hacer la colimba —dijo la abuela, sorprendiéndome en medio de una lagartija, doblado en dos sobre la alfombra de mi pieza. Me había propuesto practicar lagartijas y abdominales para no estar tan fuera de estado. Mi físico fue siempre el de un lector de libros de magia. Para esta época ya había pegado el estirón, pero seguía gordito, y Felipe me había crecido apenas medio centímetro. Carlos opinaba que teníamos que practicar más trucos, pero yo estaba preocupado: un mes antes nos habíamos enterado, por el policía que hacía la vigilancia en el barrio, que nos iban a trasladar al sur. Pensé en Bariloche.

Fuimos tres veces al distrito, con Carlos. Nuestros números, 972 y 938, indicaban Marina. Era un consuelo que en el sorteo nos hubiera tocado igual arma. A fuerza de hacer gimnasia yo había bajado,

en esos tres meses, más de cinco kilos. Mi preparación para el carrera march daba sus resultados. Ensayábamos el juego de desapariciones en cubiletes, con escamoteos de bolitas de corcho adentro de servantes. Tanta confianza tenía en que iba a volver —las dos primeras veces nos habían requerido mediante otros telegramas, y habíamos regresado a casa—, que salí abrigado apenas por mi pulóver favorito de escote redondo, el mazo de cartas españolas de la suerte y la plata necesaria para los colectivos de ida y vuelta. La cábala era llevar las cartas mezcladas con la mitad apuntando hacia la boca del mazo y la otra mitad hacia monte. A las siete de la tarde salíamos para Puerto Belgrano, en un tren con las ventanas soldadas. Anoté mi teléfono en un papel y le dije a una persona de la estación que, por favor, le avisara a la abuela. Y que ella después se llegara hasta lo de Carlos. "Nos vamos", le dije, temblando. Nos habían dicho que las ventanas no se subían para que no pudiéramos saludar al barrio, cuando pasara despacio. Era un tren militar. Cada tanto, en la penuria inhóspita del viaje, de alguna villa nos fusilaban a pedradas.

En realidad, de piedras se trataba, y de quién tiraría la primera. Las de Rapazzo auguraban una guerra con Chile, pero la dueña de la despensa era chilena, y ni siquiera le habían roto la vidriera. La abuela estaba orgullosa de que yo fuera al Servicio. No sé por qué creía que hacía bien, que no se podía llegar a hombre sin haberlo hecho. Como algo irremediable, pero bueno. Yo lo veía como un castigo o una pérdida de tiempo. En el tren jugamos

al truco con dos mendocinos que traían ginebra, y se gritaban entre sí. Había que esconder las cartas cuando pasaba algún milico repitiendo: "ya se van a curar, ya se van a curar, porteños". Lo que peor les caía a los mendocinos era que los llamaran porteños. En un momento uno se levantó y le gritó. El milico le metió un culatazo en la cabeza. Vi chorrear la sangre como el hilo roto de una marioneta. El amigo le apoyó un pañuelo mojado en ginebra. Carlos sabía que su madre se había quedado muy preocupada por el conflicto con Chile, del que hablaba con los vecinos en la vereda.

En el cuartel había una cantina. La comida no era mala; muchas veces nos daban una especie de pollo a la cacerola con huesos muy frágiles, que no eran de pollo sino de gaviota, una plaga de allá. Las bajaban a tiros de *Beretta*, lo supimos el día que fuimos a probar puntería con ametralladora y fusiles. Por las dudas, con Carlos errábamos todos los tiros. De esta manera nos preparábamos para que no contaran con nosotros, en caso de guerra. Los bailes y la limpieza permanente de los baños hicieron que esta posibilidad entrara en el olvido. A la semana, más que librarnos de una posible guerra, había que evadirse del presente inmediato.

Para comer con Coca-Cola, primero tuve que conseguir dinero. No fue difícil mientras guardé las cartas en mi poder. Sobre la frazada extendida én la cama a modo de tapete, tiraba tres reyes tapados, variando las posiciones y mirando al espectador, que siempre era otro conscripto. Él hacía su apuesta al

oro y daba vuelta una de las tres. Siempre sacaba un basto o una copa. Así pude reemplazar el agua tibia que surgía de las canillas por gaseosa helada, y fui armándome de un fondo para el primero de los francos. Carlos se las rebuscaba con el ajedrez, que era el único juego permitido. Las mesas eran de material, y el damero estaba formado por mosaicos venecianos blancos y negros. Las piezas las alquilaba el cantinero, un suboficial borracho hasta el desmayo. La primera vez que nos paramos a ver jugar, comprendimos que el nivel era tan bajo que nosotros, que apenas sabíamos las reglas y un par de aperturas, podíamos vencerlos. El primer contendiente que tuvo fue un chaqueño sin dientes, que tocaba diez veces cada pieza antes de mover una. Carlos se sentó. El chaqueño le dijo que se jugaba por el alquiler de las piezas y cinco Cocas. Él estuvo de acuerdo.

—¿Cómo se movía el caballo? —pregunté yo. Carlos dijo que no se acordaba. El chaqueño nos explicó y agregó, con una ancha sonrisa negra, que podíamos aumentar la apuesta. Desde afuera, la tripliqué. Jaque mate pastor.

La *flor azteca* se me aparecía en sueños. Era humana, y al principio creí que tenía la cara de María Marta, pero no. La sonrisa no era. Supuse que iba a soñar con ella hasta abandonar aquellos cuarteles. En los primeros sueños casi ni me acercaba: después, todo se volvió muy extraño. Ella verdaderamente no tenía piernas, y yo intentaba levantarla por la cintura, para ver. Pero su cuerpo estaba adherido a la mesa como una ventosa. Ella hacía fuerza con los brazos. Yo la besaba para qui-

tarle el aire y después le gritaba "respirá, respirá", porque creía que así iba a despegarse. Como si adentro tuviera el vacío.

Una noche se despegó. La piel del corte era suave y lisa. En el centro había un segundo ombligo. Pequeño, sudoroso, con una pelusa de regalo.

El primer truco a un superior se lo hice al suboficial de la cocina. *"El dedal fantasma"*. Era verde, y estaba construido con el aluminio de una lata de Seven Up. Me lo ponía en el índice de la mano derecha; lo ocultaba en el puño de la izquierda y sacaba el índice vacío. Al abrir el puño aparecía el dedal. Se repite dos, tres veces, según la cara del que mire. En un momento abro la mano y no está. El dedal desapareció. El milico mira el dedo vacío y la mano limpia. Pestañea. Rápidamente llevo la derecha hasta detrás de su oreja y el dedal aparece, otra vez, insertado en el dedo. Es una rutina hermosa y simple, que deslumbra a todos.

Ese suboficial tenía cara de estar esperando el retiro. Cuando yo dirigí mi brazo hacia su oreja, tuvo un movimiento involuntario, un tic, y se aferró a la culata de su pistola. El truco estaba terminado y él estaba ahí, transpirando. La sacó, por las dudas, o para disimular. Carlos se quedó tan espantado que no quiso tener nada que ver, en todo el servicio, con un truco de magia.

Carlos se había ofrecido como maestro. En un batallón de mil quinientos conscriptos, por lo menos trescientos eran casi o totalmente analfabetos, y debían aprender a leer en el mes de instrucción. Él so-

lo tenía como cien alumnos. Yo me anoté como catequista (por haber estado en un colegio de curas, bendito sea, había leído *La Biblia*) y ayudante redactor de cartas. Uno de Zapala me vino con un dictado a su novia Juana, en el que explicaba metódicamente cómo le iba a hacer el culo cuando volviera, porque era algo que estaba harto de esperar. Lo contaba con tanto realismo que parecía un video porno. "Puta", le decía, en tono cariñoso. Yo escribía "te amo", "voy a volver", "esperame", porque me parecía que lo otro era una impudicia para una carta. Cualquier palabra mía sería reinterpretada por el almacenero o el bolichero, a su modo y para la Juana, también analfabeta. Ella oiría las buenas nuevas frotándose las piernas.

Carlos no se hizo monaguillo porque era judío y eso no lo podía ocultar en la ducha común, donde había adquirido, por otra parte, el máximo respeto del resto de los compañeros, con la cabeza flotante del amigo Peucelle bien roja.

Mi primera carta fue para la abuela. Aunque nos habían bailado toda la tarde y parte de la noche, al escribirla Carlos me hizo sentir la preocupación que ella tendría en ese momento, y desistí de contarle lo mal que la estaba pasando. Molido, hastiado de moverme, con fiebre por la vacuna contra todos los males que nos habían inyectado en mitad de la espalda, conté que nos daban de comer, que la ropa era limpia y los trabajos fáciles. Y que no necesitaba nada. "Saludos a los padres de Carlos". Él escribió una carta parecida. Dormimos con la tranquilidad de haber hecho lo correcto.

Cuido los baños. Es de noche. Presentación obligatoria, para cualquiera que pase y vea que tengo los ojos bien abiertos:

—Coy Coy sesentaidós Fabio, matrícula de revista quinienmtosveintisietemilypico, apostado como imaginaria de guardia de dos a cuatro de la mañana. Ordene Suficial.

Hay luna en cuarto menguante. Llevo por arma una escoba, calibre 7,63, automática para barrido, con capacidad para no se cuántas pajitas.

Si no tengo ganas ni de eso, ni de una pajita.

Al suboficial aquel le había caído en gracia con el truco del dedal y, por hacerme un favor, me llevó para la cocina. Le dije que también era un mago condimentando guisos. Se reía todo el tiempo. Había solamente sal o pimienta. Yo trataba de divertirlo más que de ayudarlo, porque me daba bastante asco. Si lo veía cocinar, no podía comer. Una noche me tocó llevar los bifes a unos tenientes de corbeta, que estaban reunidos en el teatro mayor. Me puse el uniforme de gala y condimenté los bifes como lo hacía la abuela, pero sin ajo, al que reemplacé por más pimienta. Sabía saludar, estar serio, ser amable y cortés, pero no cocinar. Estaba ahí por simpático, nomás, y para no bailar. En la sobremesa llamaron al cocinero. Lo acompañé. Con los bifes a medio comer, le gritaron. Delante de mí. Lo hicieron hacer flexiones hasta arrodillarse, recitando: "debo cuidar la pimienta del cuartel, debo cuidar la sal del cuartel". Yo pensaba en lo que me iba a esperar. Volvimos con las cabezas gachas.

—Pruebe —le dije, lastimosamente, enarbolando un pedazo de bife frío en la punta del tenedor. Sabía que a él no le iba a pasar nada, español como la abuela. Apartó el tenedor y me puse a limpiar los platos. Se me ocurrió hacerle un juego con la servilleta, pero el horno no estaba para bollos.

Al otro día lo encontré de mejor humor. Era su licencia de fin de semana y no lo habían suspendido. Me dijo que se iba de farra con dos cabos, tal vez a un bar y después a bailar. En Punta Alta había un club que se llenaba de putas. Entonces le hice un corpiño con la servilleta y lo festejó a carcajadas. Me pidió que se lo enseñara, para mostrarle a sus amigos. Se ponía el corpiño, jugando y riéndose, cubriéndose sus propias tetas sobre la polera negra. No lo había visto antes de sport, y su nuevo uniforme lo mostraba de un gracioso mal gusto. Los pantalones eran vaqueros muy apretados, con botas de montar con tacos que aumentaban su altura. En el medio del pecho le colgaba una cadena con una cruz plateada. Le pregunté si a ese club podían entrar conscriptos o si dejaban salir a las mujeres, pero él seguía riéndose, sin escucharme. Pensé que sería una buena idea pagar por una mujer para que representara la *flor azteca.* Habría que disfrazarla, pasar la guardia, practicar la función a escondidas. Carlos podría trucar una mesa, en la bedelía del cuartel. No parecía tan descabellado.

Extendí la servilleta sobre la mesada limpia, doblando los bordes hacia el centro. Después levanté el trapo lo suficiente para poder doblar hacia atrás la parte angosta superior, hasta ponerla pareja con

la inferior. Tiré de las puntas. El suboficial gritó. Quiso hacerlo; lo practicamos hasta que le salió. Cada vez que veía el corpiño, pegaba el alarido.

Disfrutaba escribiendo cartas de amor ajenas.

Los conscriptos me daban datos de sus novias: nombre, estado civil, apodos, medidas, trabajos y entretenimientos. Algunos les preguntaban cosas específicas, como por ejemplo si había terminado la novela de la tarde y qué pasaba, si la había vuelto a retar la señora de la casa por cualquier motivo, o cuándo internaban a su madre. Ése era el lado aburrido del trabajo, y trataba de despacharlo rápido. Entonces comenzaba mi arte verdadero, la carta de amor propiamente dicha. Con el tiempo llegué a perfeccionar un método basado en la aparición de diez o doce palabras dulces en un texto de dos carillas, más un remate final efectista, que siempre era el mismo, o casi el mismo. Algo así como: *"Para volver a amarte, y crecer sin que nada nos importe"*.

A juzgar por las respuestas que llegaban de cuando en cuando y que yo les leía con igual satisfacción, mis frases eran certeras como buenas flechas de Cupido. Las novias lloraban y seguían esperando.

La abuela no escribía. Teníamos noticias de ella por la familia de Carlos: estaba bien y extrañaba la magia, pero no podía escribir por la artritis. Me decidí, después de mucho dudar, a escribirle a María Marta. Quise consultarlo con Carlos, pero estaba inhibido, porque lo de los trucos comenzaba a

resultar y él no se animaba a participar en nada. El suboficial de la cocina me había recomendado a varios amigos, y empezaba a intuir un incipiente prestigio entre la tropa. De seguir así, iba a necesitar un partener. Por lo pronto, ya precisaba un carpintero. Le conté a Carlos la idea de hacer la *flor*, que rechazó de plano. Él era feliz con la escritura, la enseñanza y la pintura de paredes con cal. Estaba decidido a olvidarse de la magia. Esto era raro. En la revisación, yo había apelado a una especie de silbido que imitaba al respirar, tratando de pasar por asmático. El médico que me tocó, un capitán de corbeta con cara de naufragio permanente, me dijo que el asma se diagnosticaba en combate. Si me daba en destino, era una baja segura. Busqué el ataque: me desabrigué, fumé, respiré hondo. Pero esa vacuna de la espalda, que me había tirado casi dos días, al pasar el tiempo había hecho de mi cuerpo una fortaleza indestructible. Y Carlos, que se podía haber salvado con la habilidad que tenía para encoger las piernas, nada. "Dios da pan al que no tiene dientes", le dije. Él afirmaba que hacer eso no era de hombres, y no había dudas de que tenía las bolas bien puestas. Aquellos hamsters.

—Toda la vida llevaría un DAF en la libreta...

—En cuanto te la firman la perdés y sacás un duplicado.

Con respecto a los trabajos seguía el mismo criterio. Lo peor era bailar, eso le costó reconocerlo, pero le gané por cansancio; después venía trabajar ("enseñarles a esos negros qué es el pecado, que no se tienen que tocar, ni coger, ni robar; enseñarles un montón de boludeces en las que nosotros mismos

no creemos; hacerlos vocalizar para un coro, hacerlos pintar un *Patoruzito* gigante en el portón de los hangares, hacerlos leer; vos estás loco, Carlos"; "lo que pasa es que vos sos un egoísta, Fabio"; "pero qué mierda te importa esta masa de zombies"; "es gente, Fabio"; "acá es jabón, te lo dicen todo el tiempo, acá sos un jabón"). Él más porque era judío, decían los cabos. "Y vos todavía colaborás".

—Mentira. No lo hago para colaborar.

Yo pensaba que era un miedoso y un cómplice, pero esas palabras eran de doble filo, porque se mezclaban en las conversaciones con el rumor de guerra. "Chilenos hijos de puta", nos decían. "Masita, les vamos a dar". Yo trataba de no oír, pero Carlos... cada vez peor. "Hay que irse ya mismo, che. Hay que hacer magia".

—Te equivocás. Estamos acá para servir al país.

"Querida María Marta:

No hay nostalgia peor que olvidar lo que nunca, jamás, sucedió, como dice la canción. Y aquí estoy: solo, silbando eso en medio de un patio de pánico, con aliento a fusil. Nuestra pequeña historia: lo que no sucedió. Solamente por eso te mando el mejor de los besos.

Fabio."

Cuando recibí la primera respuesta, el corazón me golpeó en el pecho. Carlos se quedó tieso: ¿cómo era que su hermana me escribía a mí y no a él?

—¿Y vos le escribiste?

—No, pero es mi hermana...

Él me pedía que leyera la carta en voz alta; yo

me la guardé. La llevaba siempre en el bolsillo, no por lo que dijera (era una escritura repleta de saludos y preguntas del tipo "¿están bien?", que desgraciadamente lo involucraban todo el tiempo, aparte de los horrores ortográficos y de sintaxis). No había entendido nada de lo que le escribí. Probé otra vez con la sutileza, pero un poco menos. Para ese momento ya estaba acostumbrado, por la cantidad de cartas de amor que había escrito, y podía regular ciertas experiencias adquiridas con novias de otros, especulando cómo podían contestar. En este caso era más fácil, porque María Marta sabía leer. Me pareció que poco a poco iba ganándola, y en cada nuevo envío fui atreviéndome a más, ante la intriga de Carlos por la frecuencia de llegadas y la cantidad de hojas que se acumulaban en cada nuevo sobre. Empecé a inventar historias. Le conté sobre un show que, realmente, había empezado a preparar en la cocina, y que había probado ante un auditorio seleccionado de cabos y suboficiales de otras divisiones. Era un éxito que me daba energía para planear un gran espectáculo de adivinación con una *flor azteca*. Ella, para felicitarme, me mandó una encomienda con frascos de dulce que comenzamos a devorar ahí mismo, con otros conscriptos. Le ofrecí a Carlos, pero no quiso. Estaba de malhumor.

Esa misma noche nos peleamos; alguien había abierto mi bolsa para robarme el equipo de gala y la encomienda. Me habían dejado una toalla, el cepillo de dientes, el papel y los sobres. Supuse que sería él, por celos, y lo empujé. Me empujó. Nos vieron y nos mandaron a la guardia. Pasamos casi

dos noches en vela, castigados. "¿Qué hacés vos acá, pudiendo irte?", estuve por preguntarle.

Parapetado en medio de una guardia helada, a las cinco y media de la mañana de un día cualquiera, escribí mi última carta para ella. Casi no recuerdo por qué, ni qué decía, ni cómo hice para ser tan sincero o para no serlo. Sólo recuerdo una parte en la que le comunicaba tener una certeza y una duda. La certeza era que entre nosotros pasaba algo.

"La duda es ésta, y me imagino que vos también la habrás pensado: ¿Qué haremos el día en que nos encontremos, una vez que haya terminado mi servicio? ¿Cuál será el primer gesto, la primera de las reacciones; cuándo el primer beso, el truco inaugural? Te deseo, María Marta. Te extraño. Todos mis pensamientos están con vos. Siempre fue así. Fabio."

Por la mañana la despaché y no volví a hablar del asunto con Carlos.

Nunca más recibí nada de ella.

Los sueños con la *flor azteca* fueron enloqueciendo.

Era de noche. Yo entraba en un teatro y ella estaba de espaldas, posada sobre su mesa. Tenía puesto un camisón de encaje, y sobre el tablado había, tirados, un par de zapatos de taco alto. Su cabeza subía y bajaba con fuerza, como si tironeara de algo con los dientes. Di la vuelta para mirar. Se estaba devorando la carne de las piernas. Tenía la cara empapada en sangre, y parte de los huesos a la vista. Los ojos fijos de horror.

El otro sueño era peor. Pasaba en el garaje. Allí

estaba ella, con su hermoso medio cuerpo sobre la bandeja. Yo iba y la abrazaba. Apretándola contra mi pecho, la levantaba en el abrazo. Al separar el corte de la bandeja, su interior caía como una catarata, derramándose sobre la mesa y el piso. Eran cosas mustias, como verduras demasiado hervidas. Y ella quedaba vacía. Un títere.

El teniente Gómez había venido especialmente a la base para enseñarnos la distribución en un buque de guerra. Dijo dónde dormían los oficiales, dónde los suboficiales y dónde los cabos y conscriptos. El concepto era bien simple, e hizo enojar a Carlos. Vi cómo se iba enfureciendo de a poco. La idea era que la gente de rango menor rodeara a los de cargo más alto, como las capas de una cebolla. Los conscriptos eran la capa de más afuera. La razón estaba dada por la defensa: "si el buque, barco o embarcación destinado a navegar por mares o ríos, sufre un impacto, los que primero mueren son los soldados, y los últimos los cerebros del conflicto". Agregó varios ingredientes sobre perforaciones en las chapas y un pormenorizado detalle de cómo serían chupados los conscriptos por esos agujeros. "Con su cuerpo defienden a la Nación", dijo, levantando la mano. Repitió también el argumento de que nosotros éramos jabones, que la patria tiene derecho a gastar y tirar. "Y disolver", agregué, por lo bajo, para Carlos que apretaba los párpados de odio. Como buen judío, lo que no podía aguantar era lo del jabón, y a mí me hacía gracia. El teniente preguntó si a alguien le había quedado alguna duda. Yo lo vi levantar la mano y pensé "sonamos".

—Diga —dijo el teniente Gómez.

Carlos preguntó:

—Suponga que hay un barco en el que van nada más que oficiales, todos del mismo rango, capitanes de navío, por ejemplo, y que el buque sufre una avería y se va a pique.

—Eso no puede ser... —se adelantó él.

—Supongámoslo —dijo. Los ojos le brillaban—. En ese caso, ¿quién se salva?

El teniente se puso a pensar. Como no contestaba, Carlos lo hizo por él.

—Se salva el país —dijo.

Cientos de las caras que estaban mirando en ese momento, le clavaron los ojos. El teniente se paró como impulsado por un resorte: ordenó que saliéramos al campito a carrera march, paso vivo, cuerpo a tierra, izquierda quier. El baile duró más de tres horas.

A la noche, unos pocos organizados llegaron hasta la cama de Carlos armados con toallas y, bajo la mirada complaciente del imaginaria, le taparon la boca y lo molieron a golpes. Aunque era mi mejor amigo no pude ayudarlo, porque me dolía todo el cuerpo de cansancio por su culpa, por su ética, por su razón, y en el fondo aprobaba el castigo. La paliza duró menos de un minuto. Cuando me animé a mirarlo, él estaba llorando.

Estiré una mano hasta su cara. Adentro de aquellas toallas, para que los golpes le dolieran más, habían puesto jabones.

Yo era el único que salía, porque tenía permiso para ir a Punta Alta en camioneta con el subofi-

cial. Lo ayudaba a cargar las bolsas de comida. Hacíamos el trabajo en tres horas, y nos quedaba un rato largo, hasta el mediodía, para tomar cerveza en un bodegón. El viernes era día de compras. Él me contaba de sus mujeres, de lo que les hacía en la cama, y de los sitios a los que iba a bailar. Al hablar, les decía "las chicas". Un mediodía me preguntó si me había acostado alguna vez con una puta. Estábamos comiendo una picada con Gancia. Iba a mentirle, pero simplemente sonreí y le dije que no había debutado. "Já", gritó, y se quedó seco en su asiento, asombrado por mi confesión.

—¿En serio?

—En la ciudad es distinto... —afirmé—. Cuesta más.

—¿Cuánto más que una picada?

Observé que estaba esperando una respuesta. Yo no me había referido al dinero, sino al esfuerzo. Ni se me pasaba por la cabeza el tener que pagar para hacerlo. "Soy virgen", dije, finalmente. Él subió los hombros y me vi obligado a agregar, a modo de disculpa:

—No porque quiera... No se dio, es todo.

Mordió una rodaja de salame y un cubo de queso. Miraba como si no lo pudiera creer. "¿Tenés plata encima?", preguntó. Busqué mis billetes en el bolsillo de atrás del pantalón. "Yo pago los Gancias", agregó. Le mostré cuánto tenía. "Alcanza", dijo, y apuró el vaso para pagar. Cuando volvimos al camión me temblaban las piernas.

Estacionó cerca del puerto, entre dos construcciones de chapa que parecían abandonadas. Más

allá se veían el muelle y las grúas. Hacía calor. La calle estaba deshabitada.

—¿Cómo te gustan?

Yo no sabía qué contestar, pero pensé en la *flor azteca* y le dije "chiquita".

—Menores no hay —dijo él, e insistió—. ¿Morocha o rubia?

—Petisa, menuda... No importa el color.

El suboficial se bajó de la camioneta. Caminó derecho hasta una de las construcciones y golpeó la puerta. Yo estaba excitado pensando en el truco. Tal vez ella quisiera hacerlo; le conseguiríamos un uniforme y la podríamos entrar en la camioneta. Me imaginé el final del acto: ella desprendiéndose la camisa y mostrando las tetas blancas; ella sacándose el birrete y su pelo dorado cayendo como una ducha fría sobre sus hombros y sobre las ganas de todos los milicos. Tendría que haberle pedido una rubia. La puerta se abrió. El suboficial hablaba con una señora, haciendo ademanes. Quizás estuviera negociando el precio. En un momento se apartó para señalar la camioneta. La señora miró. Levanté una mano; ella hizo lo mismo. Después volvió a meterse en el galpón, y el suboficial desandó el camino hasta la camioneta con la cabeza baja.

—Ya está —dijo, al entrar—. Tenés que esperar en aquella obra abandonada, hay como una piecita con un colchón. Ahora están comiendo, te la manda ni bien terminen. Yo te dejo ahí y te paso a buscar dentro de tres cuartos de hora.

Arrancó suavemente y anduvo una distancia corta. Cuando se detuvo frente a la obra, abrí la puerta.

—Se llama Sandra. Dale dos billetes de diez, antes de empezar.

Sonrió. Me bajé de la camioneta.

—Tigre —dijo, a modo de saludo final. Cerró la puerta y lo vi irse con la mano levantada y la sonrisa como una bandera.

La construcción no tenía techo, y el colchón estaba en un rincón. Había olor a pis de gato. Los revoques estaban, con todo, en bastante buen estado. En la habitación no había más que un vano de puerta y una ventana sin vidrios. El resto de la casa era una ruina. La recorrí pensando en el truco, tratando de olvidarme del tema de debutar. Quería hacerlo, pero no me imaginaba si antes o después de proponerle que fuera una *flor azteca*. No había demasiado tiempo, y Sandra estaba tardando mucho. Los minutos pasaban: cinco, siete. Me acodé sobre una media pared, mirando en dirección al galpón de chapa. Esperé casi cinco minutos más, hasta que salió. Era petisa, morocha; cruzó el descampado que nos separaba bajo el sol con una leve renguera. Preferí dejar de mirar. Mis dos billetes ya estaban destinados, en el bolsillo de la chaqueta. Cerré los ojos y volví a abrirlos cuando ella me tironeó de la manga. Llevaba puesta una camisa cuadriculada a medio desabrochar y unos pantaloncitos de lycra. Estaba descalza. Tenía los pies sucios de la tierra del puerto. Cuando me tomó por la chaqueta le vi las arrugas de las manos, y calculé cuarenta años. Pero no la miré a los ojos. No iba a ser así mi *flor azteca*. No con tierra entre los dedos de los pies

(aunque en el truco no se le vieran). Apreté los billetes en el bolsillo.

—La plata —dijo su voz.

Esperé la camioneta en la calle, bajo el sol. Cuando el suboficial me preguntó qué tal había estado, le dije que bien. Parecía feliz. Me palmeó el hombro izquierdo. Me convidó un helado.

La mayoría de los trucos eran con pañuelos o géneros, lo único que había en cantidad. El suboficial arreglaba las funciones en la cocina, invitando siempre a sus amigos de menores rangos. Los conscriptos pagaban entrada. El espectáculo empezaba después de la cena, a las ocho, y en esas ocasiones otros lavaban las ollas y los platos. Los que se ocupaban de hacer ese trabajo entraban gratis.

La primera prueba era *"Los pañuelos cambiantes"*. Presentaba una servilleta roja y otra azul unidas por un extremo; las servilletas eran especiales y las había robado del casino de oficiales. Las comunes, las de todos los días, eran de géneros gruesos, y la prestidigitación precisa telas más aéreas. Estas servilletas eran de seda. Perfectas. Les pasaba la mano por arriba y convertía los colores en blanco y celeste. Bandera Argentina. El público gritaba cosas como "muera Chile", o así. Estilo mundial de fútbol. El pañuelo rojo y el blanco eran reversibles, cosidos como bolsas, con sólo un vértice de boca, y contenían al celeste. Los cosí con el hilo que nos dieron para zurcir las camisetas; para volverlo colorado lo teñí con una remolacha.

Otra prueba era *"El pañuelo proveedor"*, para la cual necesitaba un bolsillo hecho con la punta de una media cortada, disimulado debajo de la chaqueta. La media estaba llena de cigarrillos. El cabo más cercano examinaba el repasador. Me lo devolvía, convencido de su normalidad. Disimuladamente, yo volcaba el contenido de la media adentro de la bolsa que improvisaba con el repasador. Luego de un misterioso pase, volaba sobre el público una lluvia de cigarrillos. Ellos se los repartían con ansiedad, como chicos frente a una piñata.

La mejor era una que recordaba del programa de TV *Las Manos Mágicas: "El mantel que no quiere estar anudado"*. Para hacerla tenía que subirme a la mesa. Esa noche estaba subido, con el uniforme de fajina sin chaleco y el gorro puesto, aunque estuviera en un interior. Después de mucho rogar había logrado que Carlos se escapara de una guardia absurda, para verme. Estaba muy deprimido y evitaba el contacto con los otros. Parecía que, a medida que aumentaba mi fama, se aplastaba la de él. Lo habían obligado a ser imaginaria de sueño por toda la semana. Este imaginaria es el que camina entre las camas durante la noche, y tiene la misión de golpear los respaldos con un palo en el caso de que se estén haciendo la paja. "Pajas acá no", decía el ayudante de semana; "acá somos todos hombres y los hombres no se hacen la paja". Nunca entendí por qué. Era inútil pasearse con el palo; todos, hasta él, se la estaban haciendo.

De pie sobre la mesa, enrollé el mantel como una víbora. Luego hice un nudo flojo, en el medio.

Carlos sabía lo del hilo de coser atado a una de las puntas, claro, y sabía también que el nudo contenía al hilo. Dejé caer el nudo y esa punta. El hilo era celeste, como mis pantalones, y lo sujeté apretándolo con el talón del zapato. Las caras de todos estaban tan concentradas que parecían de yeso. O de miedo. ¿Y por qué dejaron de tomar cerveza? ¿Y por qué se comenzaban a parar si el truco no había empezado? ¿Tan bien estaba concentrando la atención de todos? Bajé la mirada hacia el nudo y la volví a subir. Carlos levantó su escoba y cerró los ojos, fulminado. Volví la cabeza hacia atrás. Era el teniente Gómez.

Me quedé duro. Todo el mundo se cuadró como en una exposición que involucrara desde el cargo menor hasta el mayor, pero siempre más bajo que el del teniente. No me amilané. Dije, confianzudo, que, con movimientos ondulantes, me propondría liberar al pañuelo de su atadura. El milico se puso a mi lado y preguntó por qué, repasando con la vista a su público.

—Porque somos demócratas —opiné—. Usted y yo. Usted más. No hay ninguna razón que justifique dejarlo oprimido.

—¿Ah sí? —dijo él.

—Así —dije yo, y comencé a tirar, rogando por que el truco saliera. La punta inferior del mantel enrollado fue subiendo sola, despacio, pasó por adentro del nudo y lo deshizo; luego quedó colgando, inerte. Al teniente le brillaron los ojos. Nadie habría dicho que era el mismo de ayer a la tarde.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Empecé mi discurso de presentación: "coy coy

62 número de matrícula de revista...", y él interrumpió para preguntar:

—Qué nombre. Quiero saber su nombre.

—Fabio —dije.

Me apartaron de inmediato. Con el uniforme de gala constantemente puesto, pasé a tiempo completo al casino de oficiales, salvándome de lo que quedaba del adiestramiento. Volvía a la cuadra únicamente para dormir.

La obsesión de Carlos iba en aumento. Una vez repuesto de los jabonazos, comenzó su etapa gimnástica, abandonando por completo la enseñanza para dedicarse solamente a dejarse bailar, como el más castigado y común de los conscriptos. Si había entrado a hacer la "colimba", la iba a hacer como cualquiera. Ésa era su única convicción.

Una noche me preparé para amenizar una fiesta. Era algo exclusivo para tenientes, y habían llevado whisky y mujeres. El cielo de Puerto Belgrano estaba nubladísimo, oscuro, y hacía un frío de congelarse. Yo había preparado un nuevo truco con pañuelos y copas. Eran unos copones con flores talladas en el cristal, y había coincidido en que, de ciento cincuenta copas revisadas una por una, dos tenían los centros de las flores de espesor más delgado que el resto. Una vez que las tuve elegidas, con un alfiler grueso hice las perforaciones, del tamaño suficiente para que pasara una hebra de seda delgada. Esa hebra unía los vasos y sus puntas se ataban, finalmente a dos pañuelos, uno verde esmeralda y otro magenta. En la presentación, las copas aparecían una al lado de la otra. Al separar-

las, cada pañuelo pasaría al vaso contrario, hecho que, realizado con la velocidad adecuada, era maravilloso.

Después estuve preparando otros; uno de los conscriptos que iba a servir había robado una botella de Chivas y me llenó dos vasos. El camarín era pequeño pero confortable. Lo habían improvisado con paneles de madera aglomerada, muy prolijamente a un costado del escenario, que tenía telones y pozo para los músicos. Para la función habíamos grabado con el disc jockey unos temas lentos, de esos que les gustan a los milicos. El tipo era de San Isidro. Iba a bailar a lugares de moda. Me pareció que era agradable, y le pregunté si le gustaba el truco del *"pañuelo cortado"*. Yo lo tenía preparado desde esa misma mañana, pero dudaba si hacerlo o no. Me dijo que no lo conocía. Le pedí el pañuelo, que por suerte era blanco (solamente se debe usar un color igual al de la parte trucada, para que la trampa pase inadvertida). Lo puse adentro de mi puño derecho, sacándole la punta por arriba. Con una tijera le hice dos cortes. Le pedí que soplara. Entonces desplegué su pañuelo sano y salvo. Lo miró y me miró.

—¿Qué te parece?

—Jevi —contestó, parco.

Por la hosquedad de su reacción decidí no presentarlo esa noche; no quería cargar con el impulso de algún milico borracho de tiro fácil, vengando la afrenta de cortarle el pañuelo.

Fuera de esto, tenía las cosas tan preparadas, que cuando me avisaron que se suspendía la fiesta, me enojé. Si estaba todo listo, y se oía la música.

Apuré un trago de golpe. El conscripto que me vino a avisar tenía el pelo chato por la gomina.

—Acá hay un error, no puede ser. Hace tres horas que empezó el baile.

La música dejó de sonar y una voz grave, gritando más que el resto, dio una especie de arenga que hizo estallar los aplausos. En el salón sonaron varios disparos. El pibe temblaba, me di cuenta cuando lo toqué.

—¿Por qué? —atiné a preguntar.

—Dicen que empezó la guerra —contestó.

—¿Con Chile?

—No. Algo de Malvinas —dijo.

Vi que tenía tanto miedo que lo hice pasar a la pieza y lo abracé. Nos quedamos así hasta que se apagaron los aplausos, los gritos y el batirse de puertas de cuando salieron.

Las guardias se volvieron insoportables, a cualquier hora de todos los días; los gritos se multiplicaron y aumentaron sus decibeles; las prácticas de tiro pasaron a ser una rutina semanal y la comida mejoró. Nos daban chocolate y gaseosa. Lo más extraño era que yo practicaba con arma corta, en un polígono enterrado. Era el único que lo hacía a cubierto; los demás tiraban con ametralladoras o *Garand Berettas* contra toneles o gaviotas. Hasta me olvidé de soñar con la *flor azteca*. El impacto de fusil sobre una gaviota dejaba en el aire una curiosa explosión de plumas.

Carlos, no sé cómo, sabía su destino, y empezó a quebrar cadera. Esto fue algo que no quiso reconocer hasta mucho tiempo después, de vuelta en la

Capital, pero acá el miedo le había sugerido que el DAF no era tan malo. En mitad de un simulacro de ataque —los sacaron en calzones a las tres de la mañana, armados pero descalzos, a correr al campito—, las piernas se le cruzaron y las cabezas de los fémures sueltos se le clavaron entre las tripas. "Las rodillas no me responden", sé que gritó. Los médicos lo revisaron y lo vieron ajustarse a la normalidad en la cama de la guardia, durante el sueño. Le sacaron radiografías; no parecía tener nada. Un caso de película. Como temblaba al caminar, el jefe del hospital, un milico de peluquín rojo y modos afeminados, pasó un informe de prohibición absoluta de ejercicio físico, para que le encontraran un trabajo quieto. Le pedí un favor al teniente Gómez, que tras la noticia del conflicto era otra persona: dudaba más, se callaba, hablaba bajo y vivía despeinado. Como si hubiera perdido severidad. Él estudió el asunto frunciendo la boca, levantó el tubo del teléfono y pidió que lo comunicaran con servicio central para solicitar un puesto. Nombró a un capitán de navío y, cuando lo pusieron en línea, fue muy aplicado, casi meticuloso en la búsqueda de las palabras. Cuando cortó, ya se lo había conseguido. Era en un barco que jamás partiría por estar mal pertrechado, dijo, y el lugar era un verdadero privilegio: la cabina de radares. A Carlos le encantó. En la oscuridad de la tarde, la pantalla del radar irradiaba luz como en el truco "*La lámpara mágica*" que le habíamos visto hacer a Fantasio, en un programa del *International Brotherhood of Magicians* que pasaban por el canal Once.

Al mismo tiempo pude enterarme por qué me

daban a tirar con armas cortas. Iba a ser del equipo de guardaespaldas del capitán que había llamado Gómez por teléfono, un hombre "justo y de gran rectitud", según sus propias palabras. El tipo iba a cubrir primero un puesto en Buenos Aires, en el ministerio de Salud Pública, y después iba a Malvinas directo. Adelantándome a los sucesos, pensé: "cuando ya no haya nada que hacer". Me dieron una *nueve milímetros*. Era la primera vez que tenía algo tan potente entre las manos. Cuando nos presentaron, vi un viejo con la rectitud puesta en la espalda como una tabla de madera, metiendo panza, muy alto y con los ojos violentamente hundidos. Tenía la cara de hijo de puta más grande que había visto en un militar; la mirada congelante e hiriente.

Me avisaron del viaje a la Capital a media mañana; yo estaba contento. Otra vez en casa. Aunque la guerra quedaba para el otro lado, los milicos grandes se venían para Buenos Aires, con traslados urgentes y caprichos. Pedí permiso para despedirme de Carlos, después de armar la bolsa. Fui corriendo hasta el puente del crucero, en el muelle. Varios marineros se sacaban fotos con sus novias y padres. Él estaba en cubierta, jugando con unos largavistas. Cuando me vio, bajó apurado, sacó una carta del bolsillo de su enterizo de fajina y me la dio, para que le llevara a su madre.

—Vos sí que tenés suerte —dijo.

—¿Y vos?

—Anclado —respondió. Después me dijo que por favor les diera la carta ni bien llegara, por un problema que lo tenía preocupado. Le pregunté qué pasaba, tocando el sobre como para descubrir

algo. Me contó que a su hermana la había dejado embarazada el pelado de la verdulería, que ahora ernesto no se quería casar con ella, y su madre lloraba todo el día.

Miré el barco con tristeza, desolado por esa especie de continuidad maligna que parecía tener la vida mientras nosotros estábamos ahí, encerrados en esa nada inmóvil. Miré ese fierro inmenso con la mirada inútil. Supe que ahí adentro, en el corazón de los radares, se quedaría mi amigo Carlos para enredarse en el círculo giratorio de una lucecita verde con un bip-bip de encontrar proyectiles simulados, puras maniobras, apenas soñados en la cucheta de una popa. Puro jabón.

Nos abrazamos y me fui.

—Vengan, ingleses, que los vamos a reventar.

Era el tipo de frase de valor que lanzaba el capitán ojos de tiburón, sentado en su sillón verde, en una oficina ubicada en el cuarto piso del Banco Hipotecario Nacional, donde estaba Bienestar Social. Ni él ni nadie sabía qué hacíamos ahí, con calefacción, baño privado y un pequeño hall de anunciación. Cada uno tenía su escritorio; el de él daba a la Plaza de Mayo, el mío a un pasillo. El capitán se pasaba todo el día ahí, con fotos de Galtieri y Videla debajo del vidrio como si fueran su familia cercana, un teléfono y un secreter patricio, con un mate para llenar de tinta y un tallo largo, de lapicera. Una pared estaba cubierta por la bandera celeste y blanca con el sol; la otra, la del baño, y que adornaba su espalda como un telón, por el

gran mapa de las islas lleno de alfileres con triángulos para marcar zonas y puntos. Frente al baño, adentro de un placard de dos hojas, guardaba sus uniformes y gorras blancas con botones dorados, azules con botones plateados, la espadita de guardia y las charreteras amarillas. En los cajones del escritorio —los revisé el primer día, después de las seis— conté:

*en el primero, una radio con el cable largo, enrollado sobre sí mismo formando un aro,

*en el segundo, una colección de botones con escudos de la Armada, algunos playos y otros, la mayoría, con forma de media esfera achatada; varias medallas azules o doradas, con inscripciones grabadas del tipo "promoción 52", "a nuestro compañero de fragata", "papito no corras"; varios encendedores y paquetes a medio fumar; monedas y cospeles de Entel; lapiceras Parker secas; un sello del Centro Naval; yilés,

*en el último, Carilinas arrugadas y gomitas.

Mi día empezaba a la mañana muy temprano, con la práctica de tiro en el polígono del subsuelo del Banco Nación. Allí me reunía con "los compinches" de las distintas guardias, con serenos y policías retirados que todo el tiempo hacían bromas y me golpeaban la cabeza cariñosamente. Era gente que parecía haber amado a alguien alguna vez, hacía mucho tiempo, y que ahora estaban impedidos por la enfermedad de tirar. Engrasaban sus armas que sacaban de cajas y estuches, pistolas automáticas *Luger* alemanas; *45; 38; 9 milímetros*. La mía era una *nueve*, pero a veces practicaba con otra

cualquiera. Había que tirarle a una silueta con la bandera inglesa en el pecho, todos los tiros que metiera estaban bien. La silueta era un medio cuerpo, un torso negro de hombre.

Cruzar la Plaza de Mayo me daba vergüenza, porque la gente gritaba "Viva la Patria" al ver mi uniforme, y se lo gritaban a otro al cual yo representaba. La ciudad estaba eufórica. Compraban escarapelas, cantaban himnos, se abrazaban y, a veces, detenían su paso para contarme alguna anécdota o hacerme una confidencia. Uno, de saco y corbata grises y más de cincuenta años, me paró a la salida del subte para comentarme que había estado en una fiesta y se tuvo que ir, porque los chicos escuchaban canciones en inglés. Lo decía con escándalo, aturdido por la devoción. Yo traté de defender al rock, que era lo único que parecía saludable, junto a mis trucos y a unos pocos libros. Le expliqué que el arte era universal; él se puso serio y me pidió la matrícula para anotar el número. Ofendido y marcial dio media vuelta, levantando los brazos. Estuve muy preocupado toda la mañana, tanto que metí dos tiros en la bandera de la silueta, cosa importante que, hasta aquí, me había propuesto evitar. Supe que ese cincuentón era un milicazo, e iba a tratar de sancionarme en el Edificio Libertad. Le tiré al corazón. Los de la guardia me felicitaron porque estaba apuntando mejor. El cuidador, un petiso maceta con permanente olor a Savora en el pelo, dijo: "mi poyo". Recordé el primer día de tiro ahí; los dos estábamos confundidos por no haber tratado nunca con gente así, y él me rodeó con los brazos desde atrás, con el cuerpo du-

ro como una piedra, para que no le tuviera miedo al fogonazo, al estruendo, a la patada. Yo era "su poyo". Casi vomité.

Después subía a la nada del cuarto piso, hasta las siete y media. El capitán se iba antes, a las cuatro o cinco de la tarde. A veces ni venía, pero se preocupaba en llamar por teléfono a las siete y veinticinco, según él, para desearme feliz descanso. Cuando le tomé el tiempo calculaba la duración de las películas y me iba. Me paraba en la puerta del cine evitando las miradas de alegría, los dedos de la gente que numeraba *Sea Harriers* abatidos por *Daggers*, helicópteros *Sea Kings* explotados por tucumanos con la cara al cielo, descubierta, tartamudeando frases hechas, y unos cañoncitos de artillería con dulce de leche que siempre se trababan, se golpeaban, atrancados y grises. "Con esto le estamos ganando", decían las revistas, las radios, las pantallas de TV en las calles, en las fachadas de los negocios. Las portadas de los diarios computaban los goles. Yo iba al cine.

La culpa, sin embargo, existía. Si veía que alguien se arrimaba a mi asiento, trataba de cambiarme. No quería hablar, ni pensar. Bastante tenía con estar acá, solo, mientras los demás se morían lejos, en una tierra inhóspita y desabrida. Con el uniforme puesto entraba gratis al cine, iba gratis en los colectivos, me hacían descuentos en las farmacias cuando compraba las pastillas de la abuela, me palmeaban la espalda en un festejo continuo. Era como haber ganado un premio ajeno; o

que otro hiciera un acto maravilloso, de escapismo houdiniano en una gran pileta y, por un error tonto, aparecía yo saludando, mojado, al final, recibiendo los aplausos como abrazos. Un poco de esa victoria que todos anunciaban con gritos y cánticos, hacía sombra sobre mi pelo enrulado. Los días se fueron amontonando y la impresión iba en aumento. Todo era aburrido.

Varias veces llamé a la casa de Carlos, para saber si tenían noticias. Esperaba que me atendiera María Marta, pero nunca pasó. Tenía ganas de hablar con ella de su hermano y, de paso, preguntarle por el embarazo y sus cosas. Siempre era la madre la que levantaba el tubo. "Aló", decía, con voz afrancesada. Corté todas las veces.

De dos a tres y media, la oficina era el centro de reunión de otros dos camaradas de la fuerza con el jefe. Uno también era capitán, pero de corbeta, y el otro era teniente, también de corbeta, que se había salvado de ir a las islas porque manejaba las finanzas de medio Bienestar Social. Vivía en la calle San Martín, entre Bancos y teléfonos; era un sabelotodo con una esposa horrible que lo venía a buscar para que le comprara cosas en Florida; estaba permanentemente pintada para los carnavales y lo llamaba "bombichurri" con auténtica baba, delante de mí o de cualquiera. Yo les llevaba café con masas del Molino que pedía por teléfono. Las traía un morocho con cataratas. Tropezaba con todo en el camino y siempre estaba pendiente de que le consiguiera un puesto en el Ministerio. Para él era lo mejor, y esta-

ba convencido de que yo podía dárselo. Me hacía reír. Yo me ponía serio y le indicaba, con voz grave, cosas como "ya elevé el memorándum a mis superiores", o "hay una vacante para jefe de cocina, pero el aspirante debe dominar el italiano".

—¿Usted... habla italiano?

—No —contestaba él, desahuciado.

—Otra vez será.

Los jueves, a las cinco, daban vuelta las viejas. Yo no sabía por qué, y las veía rodear la Pirámide de Mayo, con sus pañuelos puestos en las cabezas.

—¿Qué hacen? —le pregunté.

El capitán hundió aún más los ojos y dijo:

—Es una vergüenza, en pleno conflicto.

Nombraba la palabra conflicto con un sabor pasado, con acidez. Yo entreveía que ellas no estaban de acuerdo con la guerra. Marchaban mudas, con la vista fija en el piso. La ronda tendría unos veinte o treinta metros de diámetro; iban en fila india y se separaban una de otra por un metro, o menos.

Un jueves, cuando cruzaba la plaza con mi uniforme de conscripto, me animé a acercarme a una para preguntarle qué le pasaba. La señora se puso a gritar, presa de un ataque de histeria. "Ustedes, ustedes", señalaba mi cuerpo. "¿Qué le pasa, qué dice?". Las mujeres detuvieron la ronda y me rodearon, gritándome. Tuvo que venir un policía para espantarlas. El agente las hizo circular, con el palo en la mano. Me fui de ahí con los puños apretados. Se lo conté al tiburón y él afirmó, con mi consentimiento ingenuo:

—Habría que fusilarlas a todas.

—Al principito, que le apunten al principito —gritaba bombichurri.

Habían puesto la radio en el medio del escritorio; yo apoyaba la bandeja y separaba los cafés y las masas, distribuidas en tres platos de postre que quedaban en la oficina. Mi capitán iba moviendo los alfileres sobre la trama marrón del plano; los triángulos se agrupaban en zonas lejanas al *Stanley* y reproducían caminos, encuentros, cercamientos. A veces me explicaban cosas, sobre todo el otro capitán, el de corbeta, que daba lástima por la cara tipo escribano de *Domingos para la Juventud*, olvidado en un geriátrico de provincia y con la estufa sin encender. A veces el mío se ponía loco de enojado y abría sus mandíbulas feroces a mi primera ojeada sobre el plano, como si fuera a enterarme de algún secreto, de una estrategia a la que un coy no podía acceder jamás. En cuanto se serenaba, decía:

—Son cosas de la guerra, gaviotón.

En la cocina nos reuníamos con los otros tres conscriptos del edificio, a evaluar el milagro de estar ahí. Nadie hacía nada. Tomábamos Cocas y escupíamos adentro del café de los jefes. Después lo servíamos en las tazas blancas de gala, con servilletas, cucharitas y sacarinas, y cada cual se iba por su lado. Ellos para el segundo piso con sus servicios y yo para allá, con mis poyos.

Siempre pensábamos en los chicos. Ésa era, al fin y al cabo, nuestra única traición. Cuando alguno decía "qué estamos haciendo acá", los otros tra-

taban de calmarlo. "Pará, no te hagas la cabeza". En la isla se estaban muriendo. Ya habían pasado doce días y la gente sabía de algunas bajas con nombre y apellido, y las daban por televisión, en esos reportajes con la madre llorando y el padre preguntándole a la cámara "¿por qué, por qué?". La culpa, entonces, no nos dejaba comer, en una amargura como una letanía siempre presente en la boca, a la que intentábamos frenar a pura Coca. Jamás café.

—Llamé a la abuela y ella me dio la dirección del Ministerio, y en qué piso te podía encontrar —dijo.

Como el capitán ya se había ido; hice pasar a María Marta a la oficina grande. Ella sonreía nerviosamente. En "Recepción" le habían pedido el documento de identidad y que llenara una planilla; al final la dejaron entrar porque estaba embarazada. Aunque su embarazo era reciente, había engordado bastante y parecía de más tiempo.

Fui a buscar unas Cocas a la cocina. Ella me esperó parada al lado de la ventana, mirando hacia la Plaza. Quitó el hielo de su vaso con una cucharita y lo dejó sobre la bandeja. "Qué borrado estás", dijo. Levanté los hombros. Le pregunté si tenían noticias de Carlos y ella sacó un montón de sobres de su mochila abierta. Mientras decía que por las cartas no se lo notaba preocupado y que los trabajos que hacía eran pura rutina, desplegó los papeles. Eran hojas de distintos tamaños, con renglones o blancas, con agujeros, sin agujeros, todas escritas en birome. Podía reconocer la letra

de Carlos, a pesar de que tanto los papeles como los sobres estaban muy manoseados. Los habrían desdoblado decenas de veces; estaban gastados de tanto leerlos y volver a doblarlos, meterlos y sacarlos de los bolsillos, de las carteras. Una hoja, inclusive, había sido arrugada en un bollo y vuelta a planchar. Ésa fue la que más me llamó la atención. Pero no la leí; no leí nada. Solamente le pregunté si podía tocarle la panza. Ella se sorprendió un poco, volvió a sonreír y se levantó la remera con timidez. Apoyé la palma de mi mano por encima de su ombligo.

Al teniente se le había hecho costumbre el mandarme a los Bancos. Como especulaba que, después de servir, el capitán no me iba a necesitar hasta las tres y media para que me llevara los despojos de la merienda, recogiera los cadáveres de las masas y las migas hirvientes de la batalla, guiñaba su ojo canchero y "Fabito, Fabito", como un secreto, me tiraba un mandado. Yo le obedecía con disgusto, y a él le parecía más atractivo que pusiera esa cara y ese desgano. Quería que pareciera un favor entre nosotros, por el cual podía "pasear, ver algunas mujeres y relacionarme en la calle, el verdadero lugar de un hombre", según su discurso "hey, man". El final venía con una repetición del guiño de ojo y un empujoncito. Ya me tenía cansado.

El último día de abril salí a la calle con una montaña de papeles para depositar, con sello oficial. Era la hora de la sección *vermouth*, y en Lavalle reponían *Magia*, de Richard Attembourgh, a las

dos y cuarto. El afiche mostraba la cabeza de un muñeco de ventriloquía, y en el diario hablaban de Anthony Hopkins en un papel inquietante relacionado con *Psicosis*. Era una película vieja. En el cine no había nadie y la chica me llevó hasta la butaca rozándome el brazo, me dio un programa sonriente y dijo "no, por favor" cuando le ofrecí una moneda. Me saqué la gorra de la cabeza. Salí de allí a las cuatro; para las cuatro y veinte estaba en la oficina, totalmente despejado.

El escribano se había ido. El tiburón y bombichurri me miraban atónitos. "¿Qué le pasó?", gritó mi capitán, con el rostro desencajado. Lo miré a bombi, que temblaba y guiñó su ojo para que lo salvara. "Se me hizo tarde", dije.

—¡Y quién le dio autorización para estar en la calle! —insistía, con la voz en cuello. Estaba tan colorado que creí que podía explotar, con los ojos comidos por la carne del rostro, de tan hundidos.

—Él —dije. Le tendí los papeles sin depositar y agregué, dedicando las palabras a su personita traviesa y nerviosa—: Hice la cola, pero me volví porque era tarde.

Sonrió, quizás pensando "cierto, me había olvidado". El tiburón lo metió de un brazo adentro de la oficina, cerrándola con llave. Desde mi lugar, de pie, oí las vociferaciones que ladraban "quién carajo sos vos para usarme el conscripto, soy tu superior y me estás tomando por idiota". Pensé en un duelo. O que, tal vez, lo estuviera bailando sobre la alfombra. Era viernes. Cuando se cansó de gritarle, el tiburón salió para informarme, de muy mala gana, que tenía que ir sábado y domingo de guar-

dia completa, por lo que había hecho y porque se le daba la gana. Tenía el saco puesto. Golpeó la puerta con furia.

Entré a la oficina. El petiso estaba de brazos caídos, con la cabeza gacha y la pelada roja. Junté las cosas casi sin mirarlo. Su señora daba unos golpes delicados sobre el vidrio de la puerta de entrada, susurrando: "bombi, bombichurri". El teniente levantó la cabeza y, desganado, dijo:

—Qué rápido que hizo los trámites. Usted es una saeta.

Dije gracias y salí de la oficina. Al pasar, el bagayo me acarició la cabeza.

El sábado dormí varias veces, tirado sobre la alfombra. Llegué temprano, a menos diez, y a las siete en punto recibí su llamada. "Todo en orden, señor". El tiburón no iba a venir, pero era seguro que iba a constatar mis horarios por teléfono, molestándome todo el día. Leí, del diario, cada párrafo, cada rinconcito, cada letra, en una tarea ciclópea e inútil. Era como cavar letrinas y volverlas a llenar, en las playas de San Julián, congeladas para patinar. La *Lúpin* había traído, justamente, los planos de unos patines para hielo que se hacían con perfiles "T" de una pulgada y madera de cajón de manzanas, a la que se le atornillaban dos zapatillas viejas. Ya no hacía más cosas de la *Lúpin*, pero igual la seguía comprando, por respeto a mi infancia o a algo que no sabía explicar. Era una revista hermosa, de historietas y cosas útiles, por la que valía la pena volver a tener doce años. También la

leí de principio a fin, incluyendo los avisos *"Estudie para Detective"*, *"Continental School"* o *"Astronáutica, la profesión del futuro"*. Los números nuevos ya no traían trucos. Me acordé de Carlos. En la última carta indicaba, según su hermana, la salida del Crucero al mar. O sea, para la madre y los amigos: entraba en conflicto. Después no habían sabido nada más. La carta fechaba 14 de abril, y decía "en unos días". María Marta, con sus miedos de embarazada como excusa, había ido a la Escuela de Mecánica para ver si tenían alguna lista de embarcados. En las últimas líneas se lo leía muy asustado, prometiendo quebrar la cadera "de ser necesario". "Esta guerra es un disparate", opinaba el padre. María Marta sólo había conseguido una información absurda. "Cantidad de hombres: 1093". "Armamento: 68 misiles *SIDAC*". "Objetivo: patrullaje". Sin listas. Lo que sí hicieron fue alentarla, porque no iba a pasar nada. La nuestra era una guerra política, sin sangre. Había que enseñar las fuerzas, mostrarse, exhibir jerarquías.

Al salir, le tocaron el culo.

El problema de dormir en la oficina eran los llamados. Cada dos horas, ring, practicar "hola, hola", para que no se note la voz del sueño y levantar el tubo. "Todo en orden, señor". "Sin *gurkhas* a la vista, acá en la Plaza de Mayo". "Sin destructores, ni errores estratégicos, sin falsos accionares de la artillería respaldando al *BIM 5*; sin ataques británicos a nuestros *155 mm*, ni retrocesos ideológicos en el teatro de operaciones de su plano colgado, señor". Increíblemente, el mapa seguía ahí, en la pa-

red. Desclavé un alfiler rojo y cambié dos azules por uno amarillo. Quién sabe qué descalabro estaría armando allá, en la tierra santa.

A las cinco, alguien tocó a la puerta. Yo había cerrado con llave, estaba a medio dormir en la estricta paz de la tarde de sábado, en ese cuarto piso deshabitado. Ya había revisado todos los bolsillos de sus sacos de gala, cada papel anotado en la agenda del secreter, cada rincón. Me había metido en todas las oficinas abiertas, tomado más de diez Cocas y pasado casi todos los programas en el dial, buscando algo que no fuera folclore. *"Sólo le pido a Dios"* y esas canciones con guitarras que a Carlos le gustaban tanto.

Los golpes me sobresaltaron. Había pasado más de una hora y media del último llamado, y me dio miedo de que fuera él. "No estaba durmiendo, señor. Miraba por la ventana, las palomas". Me levanté a atender. A través del vidrio traslúcido, se recortaba la forma de la vieja.

No era tan vieja. Lo que pasa es que se le caía mucho el culo, tenía patas de gallo y las comisuras de los labios hundidas por el exceso de gestos. La papada blandita y la pintura la volvían asquerosa. Era como una de esas vedets de circo, que terminan de ayudantes del arroja cuchillos. Llenas de aleteos; puro gallina. Le abrí. Me acarició la cabeza, como era su costumbre.

—Hola, nene —dijo, y pasó directo a la oficina. Puse llave y automáticamente se me hinchó la pija, ajustada adentro del slip. Pensé: "Cierro los ojos y le hago los cuernos al corbeta". La idea me resul-

taba muy atractiva; lo de los cuernos me hacía acordar a la abuela.

—Vení... —dijo, en un susurro.

Entré. Estaba sentada sobre el escritorio. Abrió las piernas enfundadas en medias negras, adentro de su falda apretada. Pensé en cortarla al medio con el estilete del secreter, convirtiéndola en una *flor azteca* con la parte de arriba descartable, de la que sólo me servirían las piernas. Me acerqué. Ella me agarró del uniforme y me apretó contra su cuerpo. Podía sentir esas tetas armadas como tanques, sobre mi pecho. "Bombichurri", dijo. El olor que salía de su camisa verde era una mezcla de perfume dulce y plumero mal pasado. Bajé la cabeza en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirándome la entrepierna.

—Nada —dije—. Su marido no está.

—Ya sé.

Se le notaba el cacareo, la ficción. ¿El teniente estaría esperándola en el pasillo, alerta para entrar en cuanto ella gritara?

—Su marido es un gran militar —dije—, y le debo respeto. Disculpemé, señora.

Se enojó. Dijo que igual iba a decir que la había tocado, y que siempre le estaba mirando las tetas. Atendí el teléfono ni bien sonó el primero de los timbres.

—Todo en su sitio, señor —contesté, mientras la oía debatirse con la cerradura de la puerta hasta conseguir abrirla. Yo tenía mi llavero en el bolsillo. Alguien le había dado una copia.

Adentro del baño, a salvo, me hice una larga y concentrada paja.

El domingo fue el peor día. No recibí llamados hasta después de comer; era la abuela preguntándome si había podido calentar los ravioles que me preparó en el *tupperware*. "Sí, abuela".

—¿Y tenés algo para tomar?

—Sí.

Después puse la radio, leí la revista de *Clarín*, hice el diagrama literario completo y practiqué el movimiento de monedas con la mano acostada que recomienda Robert Veno, para soltar los dedos. Las presentaciones con monedas (depósitos, sustituciones, tomas simuladas, rajes, etc.) eran mis favoritas, porque no requerían ni escenarios ni mayores preparaciones. Bastaba un vuelto de colectivo.

El "*escamoteo a la italiana*" terminaba atrapando la moneda entre el índice y el pulgar. El mago simulaba arrojarla a un cajón abierto o a una galera y, en el trance del movimiento falso, la volvía a atrapar. Así lograba la ilusión de pescar infinitas monedas en el aire o detrás de incautas orejas, para luego hacerlas desaparecer o convertirlas en una sola, la única, la que sirvió a todo el truco. Bien hecho es fabuloso.

A las seis y media de la tarde interrumpieron un programa musical para anunciar que, a las dieciséis y dos minutos, el *Conqueror* había torpedeado al *Belgrano*. Los ojos se me abrieron, espantados. Llamé a la abuela. Ella no se había enterado de nada, y le dije "no prendas la radio". Estaba tan sorda que gritó "¿qué?". Corté. El locutor, con la voz

teñida de horror, anunciaba vientos de ciento cincuenta kilómetros por hora, en el último mensaje emitido desde el barco. Las noticias no estaban del todo claras. Traté de comunicarme con María Marta, pero habían descolgado el teléfono o lo estaban ocupando todo el tiempo. No lo podía creer, un domingo a la siesta. Y yo estaba casi dormido, acá, sin luchar. Y Carlos perdido en una balsa, con los pies mojados, viendo escorar su radar en medio de la lluvia. Vi las olas batirse contra el copón de su balsa. Imaginé los ahogados, el incendio del impacto, la fisura en la piel de ese armatoste; imaginé las sonrisas inglesas. Vi gente caer desde cubierta, chupada por la vuelta de campana, absorbida hasta un fondo sin peces. Con un crucero roto. Vi apagarse la luciérnaga verde giratoria del radar, esa que manejaba mi amigo. Pensé en Gómez. En la "colimba" de la abuela, donde las balas pasaban lejos, rozando las películas.

Iban a dar las listas, más adelante. Habría muertos, muchos de mi edad, y también sobrevivientes. "El país se salva". Tendríamos que esperar una semana o más, por el mal tiempo. "Son héroes", dijo un militar retirado, al ser entrevistado en el mismo programa. "Valientes jabones". Giré mi mano, pegada a la perilla. La radio hizo clic. Pensé en su gran pija, endurecida por el frío del agua. Abrí la ventana. Afuera se oía un murmullo espeso, como de procesión. La plaza estaba desierta. Tal vez un sonido a mar inquieto, revuelto. Un mar de pus castigador. Valiente muchachada de la Armada. No. No a Carlos.

La moneda me giraba entre los dedos sin parar, alocada, automática.

"La prestidigitación es el arte de creer que existe una cosa donde no la hay y, por el contrario, dar la impresión de que no hay nada allí donde se ha disimulado algo."

"Además de la habilidad manual, debe tener usted mucho cuidado también en sacar el máximo provecho de las apariencias. Por muy grande que sea el deseo de sorprender con sus secretos, su público chocará con la imposibilidad material de observar al mismo tiempo las dos manos. Por esta razón, en la mayor parte de los escamoteos descritos seguidamente, la mano activa efectúa el trabajo, en tanto que la otra retiene toda la atención del público."

Sacado del libro *La prestidigitación, Espasa Calpe*, Madrid, colección: *APRÉNDALO POR SÍ MISMO.* Está escrito ingenuamente, para un chico que aprenderá por sí mismo un falso depósito en palma o un falso depósito invertido. El libro trae solamente fotos de manos. Me gusta por eso, porque se ven las manos.

El capitán me hizo ir muy temprano el lunes, a las seis. Tuve que levantarme a las cuatro, para llegar desde la casa de la abuela. Cuando entré a la oficina, estaba llorando. Había arrancado los alfileres, que formaban un montoncito sobre la mesa. "Es un duelo, dijo, una gran desgracia". Me pidió, entre lágrimas, que le hiciera el truco ése de las cartas del que hablaba su amigo Gómez, que ahora quién sabe dónde estaría. Me dio un mazo. Separé tres reyes, oro, basto y copa, y los puse boca abajo como para jugar al monte. Le mostré que el

oro se ubicaba en el medio. Yo no tenía ganas de llorar. Estaba medianamente triste, con el alma hundida, como si se la hubiera llevado el buque. No me parecía que los ingleses tuvieran más culpa que los nuestros, que éste que estaba aquí sentado. Muchas veces pensé, mientras tiraba en el polígono del Banco, en la posibilidad de llegar a las islas con el capitán, escoltándolo a través de un campo vacío de testigos. Lo imaginaba de noche, los dos solos. Él adelante, hablando sobre la guerra, enquistado en el valor que le otorgaba su propia retórica. Yo mirando hacia todos lados. Levantar la pistola; gatillar. A la nuca. Tiro de gracia. Eso, para mí, era ganar la guerra.

Movía las cartas con rapidez sobre su escritorio, las levantaba y él no podía saber cuál era el rey de oros, aunque creía seguirla. Tres cartas. Pensé en un truco que no tuviera trampa, en un pase feliz, sin ocultamientos. En algo que se pudiera ver y decir: "sí, es así, no me está engañando, la carta que le indico será el oro". Y que no fuera. Un rey de oros que, en el acto secreto de volverse, se viera como un basto. Eso sería magia, no lo que yo hacía. Esto de mostrarle que el oro estaba, de vez en vez, donde él creía; poniéndolo en el sitio del que se da cuenta pero no es más que un gran idiota, el más grande de todos los milicos idiotas del mundo. Subía los reyes y los dejaba caer. Siempre tres, Carlitos, una al medio, dos a los costados. Jamás iba a acertar porque no podía ver la parte oculta. El oro está a la izquierda y él señalaría el centro. Puso su dedo gordo mortero disparándole a la del medio. Tenía las uñas barnizadas, sin cutículas, cortas,

limpias, hasta parecía que los pelos del dedo estaban acomodados, peinados hacia la derecha con una leve inclinación hacia adelante, hacia el futuro de la Argentina. Se sonó los mocos en un pañuelo con sus iniciales bordadas. Di vuelta la carta, que era la de copas. Sin mover el dedo, dijo:

—Nos mandan. Nos mandan a las islas.

Mi estado de ánimo: indiferencia. El telegrama de la mojarra (había descendido unos puntos en mi escala privada de cargos, del tiburón que era), comunicaba como fecha posible de traslado el 28 de mayo. Estábamos a cinco, faltaba casi un mes. Los comentarios que habían oído los otros conscriptos de la cocina era que la guerra daba para largo. La situación de sus jefes era similar, y uno de los chicos estaba contento porque empezaba a practicar tiro conmigo. Nos triplicaron las horas de polígono, y el que nos daba clase era un especialista desagradable y enérgico. Vestía siempre con ropa de combate, y nos hablaba mucho. Daba miedo. Trataba de insuflarnos fuerza; apretaba tanto las manos y los dientes que parecía que iba a explotar. Él era el arma, y quería que lo supiéramos y que nos contagiáramos. Él era la alegría de tirar, una máquina que barrería ingleses, y eso teníamos que ser. "Abra las piernas, milico, apoye su cuerpo, sienta el tiro, salga en la bala, perfore la carne, haga sangrar, milicón; reviéntelos, carajo". "Carajo y mierda", repetía yo, y apretaba las muelas. El cuerpo era un fierro. Había que disparar con asco, con violencia; toda la energía nuestra, la sangre hirviendo, la saliva, el sudor, todo tenía que drenar

por el agujero negro de la punta de la *nueve milímetros*. Las siluetas que habían puesto eran nuevas, de cuerpo completo, y las acercaban a medida que tirábamos. Los músculos de mi cuello estaban duros como raíces viejas. La cabeza de mi silueta era la cabeza del capitán, y no había nadie más a kilómetros a la redonda. Disparé un cargador y el entrenador me felicitó. Metí todos los tiros: dos en la cara, dos en el pecho, el resto en los hombros, en la pija, en las piernas.

—Le extirpaste los huevos —gritaba—. Le arrancaste la poronga, macho. Le abriste el cráneo como un durazno prisco.

Su mano sobre mi hombro me trasmitía más sangre, a través de mi contractura, hacia la punta de mi arma, mi ser.

Los milicos seguían reuniéndose, pero sin masas. La radio sonaba bajito. Tomaban más café que antes. Los ceniceros volvían llenos. Casi no hablaban. Escribían papeles, recibían llamados de Contralmirantes y Almirantes, se ponían a disposición de sus superiores, habían descolgado el mapa. La señora del bombichurri no volvió a aparecer, y nunca más se habló de ir a las financieras del bajo. A veces me daban para llevar un sobre al Edificio Libertad, y siempre regresaba con algo. Los papeles estaban llenos de sellos "*confidencial*" y "*documentación reservada*". El capitán me daba plata de su bolsillo para los taxis, y una tarde me dio un bolso con la *nueve milímetros* que usaba en tiro. "Por las dudas", dijo. Estaba sin seguro y con el cargador puesto. Era la primera y última vez

que saldría armado a la calle; porque las viejas daban vueltas me di cuenta de que era jueves. Adentro del taxi, saqué el arma y le apunté al medio del asiento del chofer, con el dedo índice tensionado sobre el gatillo. "Frenás y se dispara", pensaba. Mi cuerpo estaba inundado de una tibia alegría incompartible.

El doce de mayo, María Marta obtuvo una extraña información, en la oficina de "Capacitación" del Ministerio del Interior. Habían abierto una puerta especial para atender solamente a los familiares del *Belgrano*, y las colas llenaban los pasillos. También daban información en dependencias de la Armada. Algunos de los sobrevivientes habían sido rescatados por el buque hospital *Bahía Paraíso* del día tres hasta el nueve, otros fueron rescatados por barcos comunes; a una balsa la arrastraron dos remolcadores; el cinco de mayo había llegado un grupo grande de sobrevivientes a Ushuaia. Ellos creían que no había más que hacer. Carlos no estaba entre los vivos. María Marta tembló, pero tuvo una intuición que hizo que no desmayara. Pidió ver la lista de embarcados. Se la dieron. Estaba escrita en orden alfabético. Buscó primero su apellido y después, al no encontrarlo, fue siguiendo nombre por nombre con una regla, hasta agotar la lista. Eran más de veinte carillas. No estaba. No sabía qué hacer; preguntó y nadie le pudo indicar.

Con los chicos habíamos empezado a tomar café, pero lo preparábamos aparte, en una jarra térmica regalo de la abuela que escondíamos detrás de las

bolsas de azúcar. También fumábamos, casi siempre porros o cigarrillos armados. Habíamos aprendido a armarlos con papel Ombú y tabaco El Nacional. Yo lograba hacerlo con una sola mano, sosteniendo la hojita sobre la palma y cargándola con el mayor y el anular, como si fuera una pala volcadora. Pinzaba el tabaco entre los dedos, lo levantaba, lo llevaba hasta el medio del papel y lo acomodaba, también con esos dos dedos. Después lo hacía girar sobre la mano y armaba el cigarro. Los otros quedaban admirados por mi destreza, pero preferí no contarles que era un profesional. Nunca había hecho magia para ellos. Ahí adentro no teníamos vidas, y lo único que importaba era lo que transmitían por la radio. Yo no tenía abuela, ni ellos padres, ni casa. No había garaje. No había partener, ni mesa china laqueada. Ni *flor azteca* que valiera la pena.

A principios de junio el capitán puso el mapa sobre el escritorio, como un mantel. La situación de ellos parecía haber mejorado. Se volvían a oír algunas risas, estaban distendidos. Volvieron a pedir las masas al Molino, y exigieron más de dulce de leche. Seguían fumando, a lo que habían agregado el servicio de bar.

Cuando se iban, empezaba nuestra reunión. Con los otros conscriptos terminábamos las masas y preparábamos algunos tragos. Una tarde le bajamos tanto la botella de Chivas que pensé que se daría cuenta. Quedaba apenas un fondo, y había más de la mitad. Decidimos que la culpa era de ellos, por haberle arrancado el pico de plástico. "Yo te lo arreglo", dijo uno de los chicos, sacó la pija y la lle-

nó. La tenía delgada como un dedo meñique, ideal para embocarle a la botella. Cuando nos íbamos me dio miedo; olí del pico y el olor del pis superaba al del alcohol. La vacié en el inodoro, bajé a comprar una de Old Smuggler y, sin lavarla, la llené hasta media botella. El olor de ahora parecía interesante, tanto que me serví una medida, aún sabiendo que la botella había tenido pis. Probé la mezcla: era igual al Chivas.

Lo que más sufríamos era la incertidumbre. No sabíamos qué iba a pasar con nosotros, cuándo nos iban a movilizar. "Mañana salimos para Bahía Blanca; después del lunes están los pasajes para Madryn; para el viernes llegan los documentos". Todo confuso. Mientras tanto yo iba y venía del Edificio Libertad. Ese día estaba en el hall central, a punto de entregar un sobre enorme con fotos y un mapa, y una mujer gritó. El ascensor automático le había dejado una mano afuera y, absurdamente, comenzaba a subir. Todos miramos; sólo uno reaccionó. Era un cabo que estaba de guardia con su arma corta, que arrancó de la funda e introdujo rápidamente por el espacio abierto de las puertas, trabando la subida. Como era petiso, se paraba en puntas de pie. El ojo del arma hizo tope con el dintel exterior, inclinándose un poco antes de trabar. El ascensor se detuvo; vinieron los técnicos y la mujer pudo salvar su mano. Yo me encontré deseando que se la arrancara, por tonta, o que el arma se disparase, rebotando la bala contra la losa del techo y perforando algún uniforme, alguna gorra. Inclusive la mía, la que me tapaba las ideas muertas.

El trece de junio comenzó a llegar la sangre en olas, desde las pantallas y los micrófonos. De Carlos se sabía que estaba a salvo, pero no podía volver. Algo de una internación, de una cura en el hospital de Puerto Belgrano. No habían dado más datos.

—¿Llegó a las islas? —preguntó la madre, al mismo médico.

El oficial, despectivamente, respondió: "No".

Yo me imaginaba qué había pasado, pero no se los dije. Su padre aseguraba que su hijo era un héroe sin vueltas. María Marta vomitaba sangre por su embarazo, y era algo que los médicos no podían explicar. La abuela tomaba sus pastillas y estaba tan anestesiada que no hablaba con nadie. A la chilena de la despensa le habían destrozado la vidriera y robado, todo porque se apellidaba White. La oficina era un sonar constante de teléfonos. Con los otros conscriptos de la cocina, absorbidos en la dilatación de la espera, empezamos a creer que no habría más guerra. Ninguno de estos gatos cómodos se iba a mover de la silla. Eran carne vieja, puro colesterol. Huesos molidos a whisky importado. Nosotros, jabones; ellos, bifes podridos. La radio era su guerra, su Estado Mayor. ¿Qué significado tenían, para ellos, los títulos de *Bahía Agradable, Ganso Verde, Monte Ken o Longdon*? Ninguno estaba manchado de sangre. A ver: ¿cómo es el olor de un *gurkha*, tiburoncito? ¿Cuesta mucho cavar una trinchera en el hielo, bombichurri? Los días pasaban. ¿Habían entregado las armas? ¿Habían llegado a Puerto Argentino? Oímos el final de la trage-

dia al mediodía, en el programa de Mirtha Legrand. La comida les habrá caído mal, tal vez. El capitán me llamó y dijo:

—Ahora le darán la baja que tanto esperó.

Ni sonreí. Esa misma mañana, de urgencia, les habían llegado los telegramas de movilización a los tres, con el destino único de Malvinas. Lo que tanto estaban esperando para hacer un cuadrito.

La guerra, ese truco mal hecho, había terminado.

Supe de Carlos al entregar el equipo, en un patio de la Escuela de Mecánica. Un viejo con megáfono gritaba: "chaqueta de gala", y cuarenta conscriptos de todo destino, rodeándolo, largábamos la chaqueta. Había dos o tres pibes clase sesenta y tres que recogían las cosas y anotaban si no las tenías. Yo tiré todo. En la fila se comentaba que te regalaban el birrete, pero no quise ningún recuerdo. Las toallas, aunque no las pidieron, las tiré también. Lo mismo con los calzones y las medias.

Casi todos habían cumplido en la Capital, con excepción de cinco que venían de Madryn, sin salir del continente. Uno dijo que era médico y había servido en el Hospital Naval que quedaba entre Aluar y el Puerto Nuevo, a cien metros del mar, y también en Punta Alta. Lo encaré inmediatamente, con la descripción. "Carlos," le dije, "uno petiso, judío, de pelo negro, flaco, que es mago". Salvo por lo de mago, había muchos así. "Le tocaba el *Belgrano* y no fue".

—¿El enfermo de la cadera? ¿Que se descoyuntaba sin golpes, ni nada...?

—Ése —dije.

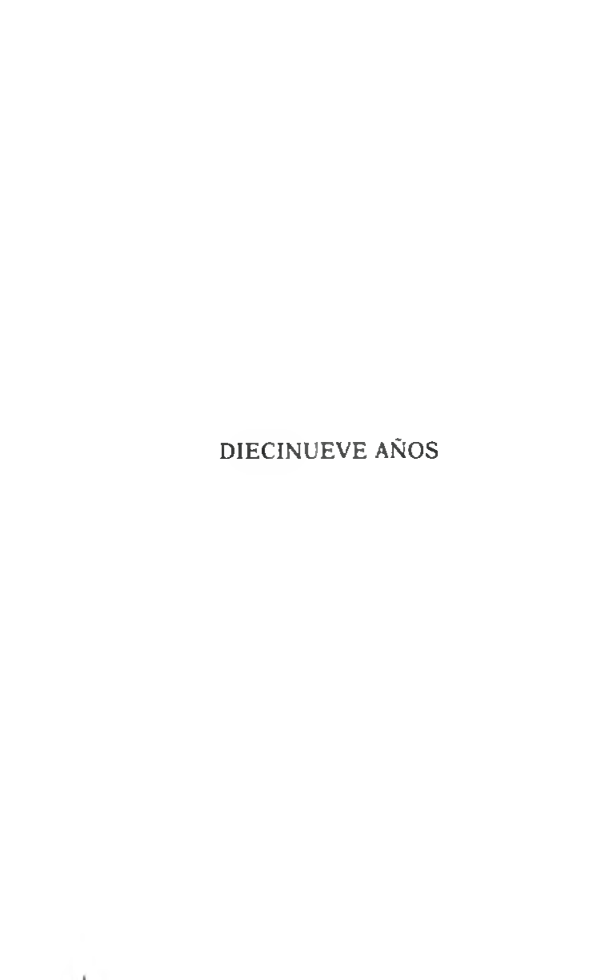
Él agregó que era un tipo callado, que estaba casi loco. No hablaba con nadie, porque entendía que era un cobarde y un inútil. "Mal de la cabeza, tu amigo", dijo. Pregunté si se lo podía visitar.

—No sé. Lo trasladaron al Clínicas, porque los milicos no lo podían ni ver.

—¿Al Clínicas?

—Sí, el de Uriburu y Paraguay. Al pabellón de "Oncología".

Faltaba solamente una cuadra para llegar a la casa de la abuela; la ropa me quedaba grande y un año y medio vieja. Tenía puesto los baggis, las botitas, la remera gris y el pulóver marrón gastado en los codos, muy desteñido, escote redondo. La misma vestimenta con la que viajé en el tren. Todo el barrio había caminado un año, las vidas de todos se habían trasladado un año en el carril de las decisiones particulares, de lo que habían planeado o, simplemente, les ocurrió. La abuela estaría durmiendo, a esta hora. "Tal vez María Marta pierda el bebé", pensé. Los árboles eran madera limpia, leña viva, sin hojas. El ciruja, el único ser humano para el que no había pasado nada, tenía puesta una camiseta de Argentina Mundial 78 y estaba sentado frente a casa, ordenando sus puchos entre las piernas. El resto de la cuadra se escondía detrás de las persianas, espiando mi vuelta. Sentí las miradas rozándome el cuerpo. Cuando me detuve frente a la puerta de casa, saqué las llaves del bolsillo y volví la cabeza hacia su exquisita colección de filtros y pedazos de cigarros ajenos. Entonces me reconoció y empezó a aplaudir.



DIECINUEVE AÑOS

La entrada al edificio fue difícil de ubicar. Varias veces me metí en otros lugares que también parecían hospitales y eran guardias, escuelas de enfermería u obras sociales. Nadie sabía indicarme nada. Yo pensé que habrían movilizado a todo un grupo y que "Oncología" era el nombre de la sala a la que los habían llevado, una desocupada. Esperaba encontrarme un gran sector de conscriptos maltrechos, víctimas de las batallas. Cuando ya no supe más qué hacer, le pregunté a un médico. Llevaba un estetoscopio colgándole del cuello. No usaba guardapolvo. Me indicó que debía subir al cuarto piso y que los ascensores no andaban desde el setenta y cuatro. Una doctora que se acercó a saludarlo, con el guardapolvo desabrochado y altas botas rojas, dijo que subiría conmigo hasta el tercero, porque tenía que ir y, de paso, me acompañaba. "Oncología" quedaba en el ala de Córdoba y

ahora estábamos en la contraria. Los pasillos eran tan grandes como para permitir el paso de un coche. Subí los pisos descansadamente, habituado como estaba a la gimnasia. Ella tosió varias veces, deteniéndose a respirar en los rellanos. Antes de llegar al tercero, me indicó cómo ir, entre jadeos, y agregó que podía adelantarme. Le agradecí y subí salteando escalones hasta el cuarto. Calculé que, a través de ese pasillo central, podían circular hasta siete carriles de camillas sin entorpecerse unas con otras. La sala decía "ONCOLOGÍA - INFORMES". Frente a la ventanilla había una señora gorda y morocha de rulitos, con un moño verde en la cabeza. Le dije que venía a ver a un conscripto trasladado del Hospital Naval.

—Nombre.

—¿Mío o de él?

Levantó la vista de sus planillas.

—Del paciente —dijo, áspera.

—Carlos Sosa Varsky. Uno petiso, flaco.

La descripción me avergonzó por lo vacía.

—Sé que entró hace poco —agregué—. Quebraba los huesos de las caderas de una manera muy particular. Es mago.

—¿Mago?

Afirmé con la cabeza. Supuse que no era mucha ayuda. Volvió a mirar en los papeles.

—¿Edad?

—Dieciocho, casi diecinueve...

Contempló el reloj que estaba colgado en la pared y cotejó la hora con el de su muñeca fláccida, sorbió un trago de café de un vaso de plástico, estiró uno de sus bucles dejándolo caer sobre la

frente lisa y, con voz de aburrimiento burocrático, dijo:

—Sala 4, cama 321.

La 321 la ocupaba él, tan flaco y con la piel tan blanca que se le trasparentaban las venas. En la otra cama había una chica. Cuando me vio parado en la puerta, ella hizo una sonrisa. Tal vez pensaría que venía para verla, o algo así. Me detuve a los pies de la cama de Carlos. Él se escondió debajo de las cobijas. Pasé entre las camas y me senté en un banco de metal que le habían puesto para que pudiera alcanzarse las píldoras. Acerqué mi mano hasta tocarle la frente. Tenía la piel fría. La chica dijo:

—Seguro que está contento de verte.

—¿Cómo sabés? —le pregunté, desviando la mirada.

—Porque conmigo habló. Vos sos Fabio.

—¿Cómo sabés? —repetí, ahora mirándola a los ojos.

—Ya llevo más de un mes acá. Él te describió igual a como sos.

—Ah —contesté.

Traté de tomar la mano derecha de Carlos, la del brazo del suero, pero también la metió debajo de la sábana, asustado.

—Tiene miedo —dijo ella.

Parecía que se estaba protegiendo de mí.

—Mejor dejalo que duerma —insistió.

Volví por la tarde. La chica se llamaba Carmen. Había hecho poner flores a la enfermera gorda, y

me saludó cuando entré. Carlos no estaba. "Se lo llevaron para análisis", explicó. Le pregunté si sabía lo que había pasado con él, y me dijo que había conseguido salvarse de la catástrofe por el simple motivo de no salir en el *Belgrano*. A último momento le había dado pánico. Las piernas se le desencajaban solas en las caderas. Nadie lo podía creer. Lo acusaron de inventar un truco de maricones, para no ir a pelear. Un oficial, cierta tarde de vísperas, reunió a los doscientos de la cuadra, lo puso a él en el medio y les gritó:

—Esto no es un hombre. Quien no quiere dar la vida por su Patria no es un hombre. Esto es una mierda. Hay que escupir a la mierda.

Y los otros ciento noventa y nueve, uno a uno, fueron pasando para escupirlo. Los más amigos hacían que escupían, sin largar. Se lo había contado la propia hermana, una rubia gordita. Dijo que quedó empapado de baba, de la cabeza a los pies. Que lloraba despacio, con la cadera descontrolada.

—¿Y cómo fue que lo trajeron acá? —le pregunté.

—Lo derivaron porque los doctores del Naval decían que era un desprestigio para el Arma.

Me reí, moviendo la cabeza. Dije, enfáticamente:

—Lo que no entiendo es por qué lo trajeron a "Oncología".

Ella me miró, sorprendida por mi ingenuidad.

—Porque tiene cáncer —soltó.

—¿Cáncer? —pregunté, bajando la voz. Como si pronunciara una mala palabra.

—Sí —contestó.

Me senté para recuperarme de la impresión. Ella apoyó una mano sobre mi rodilla derecha, que era

hasta donde llegaba con el brazo. Tenía los dedos finos y delgados, como ramitas frágiles.

—¿Cáncer de qué? —me animé, con la voz pálida.

Ella bajó la vista para decir:

—De ahí. Cáncer en los testículos.

Al salir me encontré con María Marta, que esperaba en el hall. Yo temblaba; ella me abrazó y me besó en las mejillas con energía; sus besos eran pequeñas ventosas. Estaba muy gorda; las lágrimas le habían movido el rimmel. Con el pañuelo se había hecho grandes manchas bajo los párpados.

—¿Y?

—Nada. Todavía no lo vi —mentí.

—Lo pusieron con una chica. Es absurdo. Dijeron que el hospital estaba superpoblado con los que llegaron de las islas, por eso.

Ella se quedó parada, esperando mi reacción. Enredaba las manos torpes y gordas en el pañuelo como si estuviera por ejecutar un pase y fuera a aparecer un conejo, el conejo de la salud eterna. Di media vuelta casi girando sobre los talones, militarmente, y salí rápido para que no descubriera que no podía llorar. Ni me animé a preguntarle por su embarazo.

Nunca lloré. La madre nos había hecho una indicación, a todos. Había que entrar muy positivos a ese cuarto, hacer chistes y ni nombrar la guerra. "Lo que hace la chica esa, Carmen, tan positiva a pesar de todo", dijo. Yo odiaba a esa asmática del aserrín que impartía gestos y definiciones. "No lloro ni por adentro, ni por afuera", estuve por decir-

le. María Marta vio los signos de la furia dibujados en mi cara y me llevó hasta la puerta, tirándome del brazo. Cuando llegamos al pasillo, dijo:

—Mamá trabaja de tarde, con papá, y no pueden venir. Yo perdí el bebé y nadie se enteró. Fue hace un mes; sigo tan gorda que ni se nota. Te lo digo por las dudas de que se te escape. Ellos son una máquina de llorar y hacer sufrir.

Comí en un banco de la plaza, del *tupperware* con empanadas que me preparaba la abuela. Había ocho de carne picante y dos de dulce de membrillo, separadas por una servilleta. Cinco para mí y cinco para Carlos, siempre decía. Y agregaba que lo saludara de su parte, que estaba muy viejita para salir. "Las várices", decía la abuela. Alcancé a comer tres de carne y las dos de dulce. Las que sobraban las daba en el tren, o las tiraba. Con la pizza y las tartas pasaba lo mismo; con las naranjas. "¿Le gustaron las empanadas a Carlitos, o estaban muy picantes?"

—Le encantaron, te manda las gracias y un beso.

Varias veces soñé con el truco de la caja serruchada.

Estábamos en el garaje, los dos solos con Carlos; la edad era ilógica porque no tendríamos más de cinco o seis años, y en esa época no nos conocíamos. Él entraba a la caja subiendo por una escalera. Yo lo encerraba adentro y podía oír su risa ahogada, debajo de la tapa de madera. No era como el truco aquel que habíamos hecho, porque los pies y la cabeza le quedaban escondidos en el ca-

jón. Y no estaba claro por dónde tenía que serruchar para no lastimarlo. Él no paraba de reírse. Al final me decidí a cortar según la diagonal. Cuando separé las partes, no quise mirar. Cada una de las mitades emitía la mitad de su risa, como los parlantes de un estéreo demencial.

La enfermera siempre llevaba un gran moño abrochado en su cabeza de pepona negra, y la cara en permanente desconfianza. Sin arrugas, sin gestos. Cuando aprendí a ubicarme solo en ese laberinto, no tuve más necesidad de hablarle. Fue un alivio, porque para conmigo tenía un humor de perros. Con Carmen, en cambio, se llevaba de maravillas. Igual que los doctores, los padres, las visitas, el resto del personal. Verla era preguntarse "¿cómo lo hace?", conquistados por su sonrisa suave. Carmen sabía del dolor nuestro y no ocultaba el suyo. Simplemente había aprendido a convivir con él, y era como si le sacara chistes, flores y globos. Me gustaba tanto que le empecé a dar un beso, cada vez que llegaba. Supe que el doctor también la saludaba igual. Muchas veces pensé en preguntarle por qué estaba internada, pero inevitablemente terminaba callándome. ¿Tenía derecho a molestarla, por el simple motivo de averiguar algo? Decidí que lo mejor iba a ser preguntárselo a María Marta, más adelante, cuando las cosas se calmaran un poco.

Carlos desmejoró. Habían empezado a darle un tratamiento con bomba de cobalto. Orinaba a través de un tubo, en una bolsa plástica. No co-

mía más que sopa o puré. Los calmantes rebasaban la mesita. El doctor era un tipo alto y colorado. Con la piel tirante y la cara siempre al borde del colapso, se quejaba de su presión alta y de la vista. Tenía anteojos de vidrios opacos que lo mutaban en avispa. Eso era de Carmen. "Ahí viene el avispón verde", decía, en secreto. A la enfermera la llamaba la "Chacha", por la de *Patoruzú*, y a María Marta, "Pochita Morfoni". Yo le pregunté por mi apodo, y no me lo dijo. Le pregunté cuántos años tenía.

—Veintiuno.

—Ah, ya sos mayor y podés hacer un montón de cosas —reflexioné, en voz alta.

—Esperemos... —suspiró ella.

Lo que dije la había dejado triste. Me arrepentí instantáneamente. El médico se acercó para decirle algo al oído. No entendí si era por mi comentario, o hablaban de Carlos. Ella contestó: "Bien, bien. Preparada". Siempre daba esa impresión, la de estar preparada para todo lo que vendría.

Yo creía que ella era la única que hablaba con Carlos. Empecé a sentarme al borde de su cama y a tomarla de la mano. Le traía un Cabsha, cada tarde. Carlos tampoco le hablaba al médico, ni a su padre. Eso nos tenía preocupados. "No hay que preocuparse", decía María Marta, "a mí me habla". Con la enfermera pasaba lo mismo. "Tal vez le tenga miedo a los hombres", dijo la gorda.

—Pero yo soy su amigo. A-MI-GO.

Deletreé la palabra desde el banco metálico. Carlos no hizo ni un gesto. Le dejé a Carmen dos

mandarinas de regalo y ella me despidió de esta manera:

—Chau, Mork.

El moño de la cabeza de la enfermera cambiaba de color y de forma, según el día. El de la tarde de la primera bomba de cobalto era amarillo y verde, con letras chinas en rojo.

Cuando llegué, ya se lo habían llevado. En el hall estaba la madre llorando a gritos, y el padre calmándola. María Marta había ido a conseguir un remedio anticoagulante. Yo me metí en la pieza y cerré la puerta. Tenía el Cabsha apretado en el bolsillo. Le mostré a Carmen mi mano sucia de dulce de leche. "Sos igual a *Mork*", dijo. "*Nano, Nano*", hice yo, con los dedos en el saludo marciano, y agregué: "Hay un mensaje para *Mindy*".

—¿Sí?

—En el planeta *Ork* quieren saber para qué estás acá...

La vi ponerse seria, apagar la mirada. Cruzó los brazos sobre el pecho, como abrazándose a sí misma.

—Para cuidar a tu amigo, tonto —dijo.

Le di un beso en la mejilla, muy cerca de la boca. Se quedó quieta. A través de los labios, la sentí temblar. Me sequé una lágrima contra su pelo. Salí.

La abuela compró una colonia de limón para que le llevara, porque decía que a las mujeres convalecientes les gusta refrescarse. Ese día llovía a cántaros; tuve que ponerme el impermeable. Llevaba dos mazos de cartas francesas en los bolsillos

del pantalón, y Cabshas para todos. La enfermera no me dejaba pasar. Me puse nervioso; protesté. "Carlos está muy débil, y no es conveniente que entre nadie de afuera, por lo de los microbios", me contestó. Yo pensé que los mazos eran nuevos, recién comprados, sin microbios. Fue terminante: no podía pasar. Tratando de librarme de sus potentes brazos pregunté, delante de la puerta de la Sala 4: "¿estás bien?". Lo repetí varias veces. Carmen se dio cuenta y contestó que sí, desde adentro. Que me quedara tranquilo.

Le dejé los regalos a la enfermera y me fui.

Al día siguiente, el panorama había cambiado. El médico me proveyó de un guardapolvo, guantes y barbijo para entrar. Estaba de pésimo humor por mis gritos, y se mordía los dientes en una automasticación nerviosa. La Chacha también estaba enojada, con su moño rojo a lunares. Me importaban muy poco los dos. El guardapolvo me quedaba holgado, y con el vuelo casi tocaba el piso.

A Carmen la encontré feliz y perfumada, lo que significaba que le habían entregado la colonia (no así los Cabshas, que no reclamé). Carlos era la novedad. Había mejorado. Tenía menos pelo; para mostrarme se pasó un peine por la cabeza. Yo estaba sentado en el borde de la cama de Carmen, y ya no esperaba mayores signos de vida en él. Fue así: ella dijo "hacéle el pelado a tu amigo"; él, temblando, se pasó el peine. Con el rastrillado cayeron varios mechones. "Y ahora también se tira pedos", agregó Carmen, sonriendo. Por la mañana lo habían venido a ver dos estudiantes de sicología para

hacerle preguntas con un grabador; en medio del reportaje se había tirado un pedo enorme, con un olor tan feo que no se podía disimular. Las estudiantes se taparon la cara, levantaron sus carpetas y salieron. "Nos morimos de risa", dijo, "y ahora vos así, vestido de heladero". Carlos hizo un corto simulacro de sonrisa. Me dieron ganas de abrazarla, de besarla, de llevármela a casa. No sabía cómo darle las gracias por lo que estaba haciendo por mi amigo; aunque se notaba que lo hacía por ella, por su propia alegría. ¿Qué era lo que había cambiado, para que él se sintiera mejor? Nada. Todo estaba mal. Pero Carmen seguía ahí, manteniéndoles el ánimo a los enfermos y a los que estábamos sanos y nos podíamos ir en cualquier momento. Entonces Carlos habló, y los dos giramos las cabezas. Para ella no era una novedad, pero para mí sí. No entendí lo que dijo, y me acerqué a su almohada para oírlo mejor. Yo estaba tan emocionado que no importaba lo que él dijera. Carmen tampoco había entendido. Puse la oreja bien cerca de sus labios.

—¿Qué querés? —dije.

Él volvió a abrir la boca.

—Magia —pidió.

La miré a Carmen, que me guiñaba un ojo.

Hago y digo:

—Estimada Carmen, estimado Carlos, lo que vengo a ofrecerles es un pase de máxima concentración, sólo posible de realizar entre amigos verdaderos. ¿Qué menos se puede esperar de dos amigos que el hecho de verlos asimilados en una mu-

tua simpatía de ideas, de comprenderlos unidos por la mente, en lo que para otros sería una proeza telepática? Por eso, hoy no voy a hacer un truco. Estoy harto de trucos.

Pongo la voz seria y ellos miran muy serios. Me siento al borde de la cama de Carmen. Ella también está sentada, con un mazo apoyado boca abajo sobre el cobertor. La enfermera levantó las cabeceras para convertirlas en respaldos. Yo tengo el otro mazo. Estoy disfrazado con un gorro blanco, el guardapolvo con delantera que me tapa hasta los pies y guantes de goma que vuelven difícil la manipulación, pero los debo usar porque el médico lo ha ordenado. A Carlos ya se le cayó todo el pelo, y mañana le harán otra sesión. Tiene el brazo lleno de puntazos de agujas: los tranquilizantes, el suero, la morfina. Parece cansado. Le digo a Carmen que extienda su mazo repitiendo mis movimientos sobre la cobija; despliego el mío boca abajo y elijo una carta, sin mirarla. Vuelvo a armar el montón. Ella hace lo mismo, dejando su carta al costado. Yo no veo la de ella y ella tampoco la mía. Sigo:

—Sintonía es la palabra, la del ritual. Por eso no es magia. Hay algo que siempre me molestó de este oficio: la impureza del truco. Esa mancha que hay que ocultar... —Dirigiéndome a Carlos—: ¿O a vos nunca te jodió?

Él asiente con la cabeza.

—Ah, a vos también. ¿Se puede hacer magia sin trucos? ¿Se puede, Carmen?

Ella levanta los hombros.

—No sabe —digo—; yo tampoco sé. Amo los im-

posibles. Sacar un conejo de una galera vacía, sin preparar. Sin tener al conejo apresado por una banda de papel de seda durante minutos, inmovilizado bajo un doble fondo.

Respiro hondo, antes de seguir. Tomo la carta entre las manos.

—Pero hoy estamos con menos pretensiones. Y sin ganas de engañar a nadie. Por eso hay dos mazos: uno para la señorita y otro para el mago.

La invito a mirar su carta y veo la mía. Carlos vuelca la cabeza sobre la almohada, y ella extiende su brazo para mostrarle sin que yo vea. Después pongo la carta sobre el lomo de mi mazo —que es azul— y ella hace lo mismo con el suyo, rojo. Cortamos. Le pregunto qué quiere hacer ahora, si mezclar o volver a cortar. Lo piensa. Tiene los labios delgados y traviesos, los frota uno contra el otro mientras decide.

—Las dos cosas —dice.

Primero corta. La imito. Después mezcla de costado, torpemente, y también hago lo mismo. "Ya está", dice y se detiene. Sigo:

—Como ven, la limpieza del juego es inmejorable. Mis manos no tocan sus cartas, hago lo que dice la niña y, para acentuar aún más el carácter inmaculado de lo que estoy realizando, vamos a cambiar con ella los mazos —a Carmen, mientras lo hacemos—: Yo te paso el azul y vos me das el rojo. Concentración. Les pido que piensen, en grupo, si me quieren, si les parezco un buen tipo antes que un buen mago. Yo voy a recibir esa fuerza y a buscar mi carta, la que elegí en este trance, en el mazo de Carmen. Y quiero que uste-

des dos, absolutamente unidos por el fluir de sus corazones, se empeñen en encontrar la suya en mi mazo.

Comienzo a buscar. Carmen hace un abanico inclinando un poco el cuerpo hacia la cama de Carlos, para que él pueda ver. En realidad no estoy buscando la carta que elegí, sino la de ella, que desconozco, pero sé cuál era la de abajo del mazo rojo, porque la espié antes de dárselo. Ella eligió una, la puso sobre el dorso del montón y después cortó, haciendo que la carta que yo viera quedara detrás de la elegida. Solamente tengo que ubicar el dos de corazones. La vecina al dos es un diez de pica. La saco. Ella encontró la suya en el mazo azul; yo le tengo que hacer creer que la que saqué es la que inconscientemente seleccioné en un primer momento. El juego revela esa coincidencia, y eso es lo que lo hace asombroso. Pero muestro una duda, y le pido que me permita volver a mirar. Cambio el diez por el nueve de pica. Le pido concentración, porque lo que nos estamos jugando acá es la amistad misma, lo más importante de todo. Las damos vuelta al mismo tiempo. Sobre la cobija aparecen su diez y mi nueve. Ella me trata de consolar: "el palo coincide y un nueve es casi un diez". Yo le digo que no, que no es lo mismo. Que es un fracaso; porque nosotros, con Carlos, somos amigos viejos, pero con ella no tengo nada compartido.

—Apenas si te veo acá sentada en tu cama una hora por tarde; no te he visto correr, ni bailar, ni caminar conmigo... ¿cómo podemos ser amigos así?

Estoy transfigurándome en el acto; estoy deprimido, y ella no sabe cómo calmarme. Lo leo en sus ojos, en sus manos nerviosas.

—Una amistad no es esto que tenemos. Si seguimos así nos vamos a olvidar —insisto—, de nuestras caras, de nuestros cuerpos, de todo lo que hablamos...

—No... —interrumpe ella, al borde de la amargura. Siento que el corazón le palpita ligero.

—O el truco sale, o entre nosotros no hay nada.

Soy muy duro cuando le doy el mazo rojo otra vez y tomo el azul de su mano que tiembla. Las puntillas del camisón le enmarcan el cuello fino, como de porcelana, y su gesto de duda. Cada uno recoge una carta, la mira. Ahora no se la muestra a Carlos, el juego nos pertenece y todo depende de esto, de esta revelación en la que Carmen está creyendo, de la que está pendiente para salvarse, para salvarnos. Las ponemos arriba de nuestros montones, cortamos, siento su energía vibrar en mi frente, en mi cuerpo, compartiendo la 322 de la sala 4 de un hospital húmedo y oscuro. La mezcla es apenas un detalle para cambiar los mazos, rozar sus dedos en el pase de cartas, cerrar los ojos sintiendo esa pequeña caricia, ese pedido minúsculo de pieles que aún no se besaron, que no se amaron. Recibo su mazo y extraigo una carta. Su ser entero está bajo trance. "Que salga, que salga", pensará. Somos esta carta que tiene que salir, que damos vuelta, a la una, dos, tres y es un rey, una k de diamante, dos reyes de diamantes iguales, sólo diferenciados por el diseño de los mazos. Los dos suspiros nos unen. Al salir el aire se toca, se mezcla y juegan los alivios. En la vocación de un sentimiento encontrado por el que ella me roza la cara con sus manos y yo le beso los dedos, bajo la mirada

gastada de Carlos. Él nos llama "mentirosos" cuando lo miramos, con la voz del que sabe qué dice. Inmediatamente me hago cargo de mi mentira.

¿Qué es la prestidigitación sino mentir para entretener?

Un racimo de operaciones para hacer ver lo que no es. Para decirle a la platea: "miren lo que hago con este mazo", cuando la verdadera manipulación la estoy haciendo con el otro. Gerard Majax, en *El mago maravilloso*, indica cinco cualidades en el aspirante a profesional:

—*FACILIDAD DE PALABRA*

—*NATURALIDAD EN LOS GESTOS*

—*SOLTURA EN LOS MOVIMIENTOS*

—*ESPÍRITU SERENO*

—*CIERTA DOSIS DE HUMOR*

Y agrega: "*UNA BUENA PARTENAIRE*".

Tengo las cinco cualidades que pide Majax en la introducción a su libro. Tengo el movimiento de mis dedos, ese fluir, aun con guantes de goma. Me falta la mujer. *La flor azteca.*

Los días que siguieron fueron fatales. La salud de Carlos, a partir de ese truco, declinó totalmente. A él también le gustaba Carmen y, lejos de disputarla o pretender seducirla, la había dejado ir, dejándose ir. Una sensación de soltarse de los hilos nuestros lo invadió por completo. En el cuero cabelludo y en la espalda le habían salido unas escoriaciones que parecían escamas de pescado. Dejó de comer y la garganta se le puso al rojo vivo. Cuanto más saludable parecía Carmen, peor

lo veíamos a él. Yo le había dicho a ella que se sanara rápido, porque la necesitaba de partener. Le conté que quería fabricarme una cabina con una mesa de luz que había en casa. Tenía que sacarle la madera de atrás y recortar un agujero ovalado en la tapa, para que pudiera caber una petisa arrodillada adentro. El medio cuerpo asomaría por encima de la mesa. Todavía no estaba del todo estudiado lo de los espejos, pero iba a ser una gran prueba de salón. Carlos, que se hacía el dormido, dijo "no va a andar".

Después se puso a llorar y me tuve que ir.

"Yo pensaba que estaba dormido, y no".

María Marta me miraba espantada.

—Los médicos dicen que empeoró; el otro día lo vimos destapado y estaba tan delgado y transparente, que me pareció haber visto el sello celeste de la sábana calcándose por debajo de su hombro derecho.

Dijo también que a la madre de Carmen, una señora bajita y muy anciana, le había parecido lo mismo. La señora estaba horrorizada. "No sabía que tuviera familia", dije.

—¿Quién?

—Carmen.

—Sí, la madre. Viene por la mañana. Es pobre, nunca puede traerle nada y a veces nos llama por teléfono porque no le alcanza para el colectivo.

Me quedé esperando más. No había notado eso de que Carlos se estuviera transparentando, pero me iba a fijar. "¿No me das el teléfono?", pregunté.

—¿Cuál?

—El de la madre de Carmen. Por cualquier cosa.

—Sí.

Atontada, sacó del bolsillo una birome y una caja vacía de remedio, que cortó por la mitad. Escribió Carmen y un número de siete cifras. El número también empezaba con siete.

Decidí volver a hacer las visitas del otro lado de la cama, entre el cuerpo de Carlos y el placard. Carmen se había puesto colonia; los médicos decían que cada día mejoraba más y le habían dado un espejo para que se viera. Yo tenía muchos regalos para traerle, cremas y hasta un lápiz de labios, pero me parecía una falta de respeto hacia mi amigo o, al menos, una incomodidad. Los dos lo queríamos, de eso estábamos seguros, pero su cuerpo se seguía complicando cada vez más. El cáncer parecía a punto de extenderse, y el médico de la cara estallante concluyó en que había que cortarle los testículos. "Al menos uno, para ver si la ramificación se retrae", había dicho. Sin huevos quedaba totalmente afuera del mundo de los hombres, pensé. El doctor estaba muy serio. Para peor lo había dicho en voz alta, delante de Carmen, que se tapó la cara, inmediatamente avergonzada.

Pasé una moneda que me sobró del tren por debajo de Carlos. La tapé con su hombro. Él preguntó: "¿qué hacés?", sin fuerzas, sin entusiasmo. "Le habían faltado huevos para ir a las islas y ahora le iban a faltar en serio", pensé. El relieve de la moneda se podía reconocer, como una mancha amoratada, entre las cabezas de las articulaciones.

—¿Es un truco? —le pregunté, al oído—. Decime cómo lo hacés.

Miró sin entender.

Después de aquella mano especial de cartas, Carmen empezó a compartir conmigo hasta los guiños más secretos: un roce de manos, un saludo apenas perceptible con la cabeza. Cuando yo llegaba siempre estaba durmiendo, como tratando de disimular. María Marta le había contado a sus padres, por su lado, lo de su aborto natural, ocurrido a los tres meses y medio de embarazo. La estúpida de la madre se desmayó. Carlos quiso saber qué pasaba y nadie le explicó. Todos disimulábamos. La madre de Carmen había dejado de visitarla por el reuma, y le mandaba besos telefónicos. Los médicos comenzaron una huelga con movilización a la Plaza de Mayo. No les importaba la radioterapia. El hospital y el país entero estaba en una gran confusión, alegre y triste, medio adentro y medio afuera de lo que había pasado.

En la plaza del Clínicas había una capilla. Para llegar hasta la puerta tuve que pasar entre doctores, enfermeras, practicantes y viejos con pancartas que esperaban a que diera la hora de salida hacia la Casa Rosada. Entré; caminé hasta el altar. Estaban las luces encendidas y algunas personas rezaban, hincadas. "Nunca te pido nada, nunca vengo", pensé. Con las manos en los bolsillos me tocaba los huevos. "Ya sabés que me cago en los curas y en todo", le dije, a Dios. "En vos mismo, ya sabés; en la Virgen". Iba a agregar:

"pero ahora vengo a pedirte algo...", y me quedé callado. ¿Qué podía hacer él, de existir? ¿Milagros?

Salí de ahí sin llorar.

A la mañana siguiente, su cama de la sala 4 estaba hecha. Traté de preguntarle a Carmen qué pasaba. Ella, llorando, me pidió que le repitiera el juego de las cartas. Dijo que no podía ser que hubiéramos elegido la misma. Le di el mazo rojo, sentado sobre la cama vacía de Carlos. Ella lloraba despacio y en silencio; nunca la había visto así. Mezclé. Sacamos las cartas, las pusimos sobre los mazos, automáticamente cortó y yo corté. Cambiamos los montones. Ella buscó, yo buscaba. Dimos vuelta dos tres negros a la vez, y se largó a llorar con más fuerza.

—¿Él te dijo la trampa? —le pregunté, adivinando que ya lo sabía.

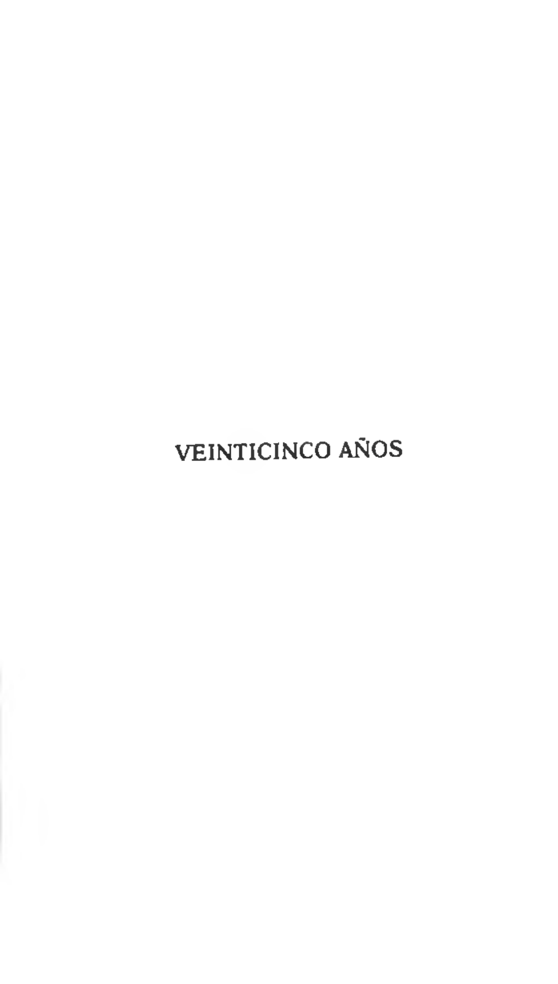
—No —contestó ella, entre hipos—, ya había visto la película *Magia*. El muñeco del ventrílocuo lo descubre. Se lo dice a la chica.

Entonces me dio un papel con la dirección del velatorio donde estarían cuidando su cuerpo, donde estaría su mamá, su papá, su hermana, las Rezzanni, ernesto, los Martínez, la chilena de la despensa, todos. Entonces sentí que había pasado gran parte de mi vida y dejé reposar mi cabeza sobre sus mantas, porque ella ahora tenía la obligación de quererme más, ya que se había quedado sola y yo también, solo en el mundo. Mi frente dio contra el colchón, a través de las frazadas y las sábanas. Apoyé las manos para asegurarme de lo que

no había querido ver, palpando entre las telas, y ahora se me mostraba como una realidad irreversible. Ella bajó la vista, aturdida.

—¿Me vas a extrañar igual? —preguntó.

No supe qué contestar. Me temblaban las manos.



VEINTICINCO AÑOS

Nunca regresé al hospital.

Pensaba en ella, a veces, encerrado en la cocina, tomando mates con la abuela. Sin hablar. Pensaba en Carlos. "Lo que pasó, hay que pisarlo", me dije. Chupé de la bombilla hasta hacer ruido.

Seguí viajando al centro; por buena conducta me habían ofrecido continuar trabajando en el Ministerio, ahora como civil y con un sueldo. Acepté sin pensar. Al cumplir los veintidós años me cambiaron a una oficina del segundo piso, y la mejora vino por el lado de subir menos en ascensor. Aunque el ascensor se hacía casi una obligación, como los pasillos, para pasear. Los tres meses que transcurrieron desde que me dieron de baja estuve deprimido y sin trabajo, en lo de la abuela. Adelgacé casi catorce kilos. Había quedado en cincuenta y dos, que para mi altura era bien poco. Pasaron por casa todos los médicos; me hice análisis, radiogra-

fías, hasta estuve por entrar en una sala de operaciones. Las costillas se me marcaban en el pecho; la columna era el mástil de una bandera de carne y órganos: yo. Apenas tenía fuerzas para ponerme en pie. La abuela me preparaba las comidas más ricas y me las acercaba a la boca llorando, a cucharadas, o inventando historias infantiles para que me entraran. Pero mi boca era la que no quería abrirse; mi garganta la que no tragaba. Empezamos con el Nestum y los potecitos con mezclas para bebés. Lo poco que me entraba era puré. Hasta que llamaron del Ministerio y me ofrecieron esa vacante. "¿Para hacer qué?", pregunté.

—Para nada, un puesto de oficina.

Tardé un mes más en recuperarme y, al llegar, vi que todo había cambiado. Yo estaba contento y había dejado de arrastrar los pies. Las secretarias me mimaban por haberla pasado tan mal; eso era bueno. Con el tiempo comencé a sentirme mejor. La televisión había bajado sus decibeles con respecto a la guerra, y ahora se ocupaba de la recuperación de la democracia. Alguien decía "traidores" y todos contestaban "paredón". La música también había cambiado, era más alegre. Las caras eran otras. Habían llegado al cumpleaños, alguien les había dicho "felicítenlo, que es su día y él lo recordará por siempre". Habían comprado el regalo, se habían bañado y vestido con sus mejores trajes y ahora el agasajado les decía "se equivocaron". Es en otro mes, en otro año, en otro lugar, son otros los sentimientos, quiero un regalo diferente, tu ropa no combina, esperaba a otra gente. Cierre de la puerta. Fin.

La abuela se fue restableciendo de sus achaques cuando vio que me reponía. María Marta, que había adelgazado y ahora iba al sicólogo, vino más veces de las que yo podía aguantar; se sentaba a tomar mate con la abuela y trataba, en algún momento, de quedarse a solas conmigo. Parecía tener algo que explicarme, alguna cosa. Una tarde me siguió hasta el garaje. Los objetos estaban apilados en montañas o metidos en cajas; la única cosa que había quedado igual era la mesa de laca de la vieja Lavandina. Con el servante de paño hecho por detrás para ocultar bolitas de corcho y los tres cubiletes de latón sobre las figuras doradas. Uno boca arriba, dos boca abajo.

—¿Te acordás de cuando hacían magia? —dijo.

Yo no quería hablar. ¿Para qué? ¿Volverían el pasado, las actuaciones? ¿Volvería a serruchar a alguien? Puse un cubilete encima del otro. Esa prueba dependía de lo bien que uno hiciera los ejercicios de escamoteo. El corcho es un gran material, porque permite adherencia a los dedos. Nunca había terminado de estudiarlo, a pesar de que leí con entusiasmo el volumen VIII de la *Biblioteca de juegos, prestidigitación e ilusionismo* de la editorial *Sintés, La magia del corcho*. Era uno de los libros más didácticos que tuve, con dibujos de falsos depósitos bajo cubiletes, simulacros de lanzamiento, deslizamientos o presas con cargas reales o falsas, y la explicación del *"juego de los tomates"*, el truco que habían pasado una vez por el canal siete. Aquí el mago, disfrazado de oriental, con babuchas, camisa de arabescos y turbante, utiliza-

ba unos tomates de tela roja rellenos con gomaespuma, una varita que era casi una espada con una argolla para sujetarse al pulgar, tres tazones como ensaladeras de madera y una bolsa de tela para guardar todo. Este truco y el juego del enano que aparecía en el *Tesoro de la Juventud* de la abuela, bajo el título "EL TÍTERE ANIMADO" (fue pasado en el mismo programa de TV), me habían hecho reflexionar sobre el trabajo del mago. Porque a lo mejor no era necesario conocer todo, sino ser un especialista en un juego que fuera simplemente maravilloso, y conquistar la pantalla chica. Pensé en las mujeres que me verían, y en la universalización absoluta de mi garaje, a través del televisor.

—¿Te acordás de que me quisiste besar?

—No.

—¿Y de las cartas de amor?

—Tampoco.

El autor de los volúmenes de *Sintes* se hacía llamar *WHO?*, escrito con caracteres que daban a entender una lectura china. Yo me reconocía en ese nombre, *WHO?*, porque había pregunta, porque decía *QUIEN?* y no contestaba. Porque se olvidaba de contestar.

Los compañeros del Ministerio empezaron a ponerse molestos. Las mujeres se fueron olvidando poco a poco de mi recuperación. Por un lado, eso era bueno, ya que podía pasar inadvertido. Por otra parte, me quitaba caricias. María Marta era de la opinión de que tenía que ir al sicólogo, pero no me imaginaba contándole mi nada a nadie. ¿Qué había para decir? Si mis cosas eran aburridas, si

mi aliento estaba seco, deshidratado. Las fotocopias me salían siempre mal, aunque era por la máquina o por la humedad. Había que secar las hojas pasándolas antes solas para que recibieran calor, lo que multiplicaba el trabajo al doble.

Mi otra ocupación era contestar las cartas del Sr. Ministro, con una máquina de escribir eléctrica. Tenía que ser agradable según la circunstancia. Inventé doce párrafos que podían combinarse entre sí; con cinco se armaba una carilla. Por ejemplo:

1 - Estimado/a Sr/Sra/Srta:

2 - Recibimos con interés su agradecimiento/crítica/propuesta,

3 - derivando el/la pedido/solicitud/augurio/colaboración a la/el oficina/jefatura/secretaría/depósito correspondiente.

4 - Rogamos sepa disculpar las demoras/complicaciones/molestias que el sistema provoca y hace que no sea siempre pronta la atención que Ud. merece como ciudadano y contribuyente.

5 - Sin más, S.E. el Sr. Ministro de Bienestar Social Dn..., salúdalo muy atte.

Ésta era mi mejor carta: cortés, breve, halagadora. Estaba orgulloso de la combinación.

Le mostré la carta a la abuela y a una compañera que tenía cara de pájaro y trabajaba en Personal. A ella le pareció hermosa. La abuela opinaba que no podía estar orgulloso de esa pavada. Para la abuela, todo lo que no fuera magia eran pavadas, y yo me había propuesto desarrollarme en un campo ajeno al de los trucos. Lejos de la *flor azteca*. La chica opinaba que tenía que ver lo que eran las car-

tas antes, desprovistas de gracia y tan secas que, para el que las recibía por respuesta, serían en verdad como un mal folleto o una invitación a la resignación. Con estas nuevas redacciones el que había escrito podía, al menos, guardar una esperanza. Normalmente eran gente desdichada, muertos en vida. Lo único que lamentaba era no poder llevarme ella misma al depósito adonde estaban archivadas todas las cartas que el Ministro había recibido, porque quedaba dentro del baño de varones. Le dije que consiguiera la llave; yo podía entrar para ver que estuviera desocupado, abrir la puerta y hacerla pasar. Le pareció bien. Salió corriendo a buscar la llave, que era muy pequeña y con un corazón pintado de rojo. En el baño de varones no había nadie. Pasó mirando hacia atrás, para asegurarse de que no la vieran entrar. Tendría mi edad, era delgada y se llamaba Silvia, como todas las secretarias. Su mayor orgullo era saber inglés, pero como allí no había necesidad de traducir nada, su cualidad pasaba totalmente inadvertida y era algo inútil, impracticable.

Las paredes del cuarto estaban repletas de biblioratos. Cerré con llave por adentro. Felipe se me quiso parar y quedó a medio camino, como una manguera blanda para regar el césped. Ella no me gustaba. Ninguna Silvia me gustaba; sus dedos, hartos de teclas, me buscaron la ropa. Parecía muy segura. Rápidamente se quitó el saco y la camisa. El corpiño apenas le marcaba dos pechos mínimos, dos duraznitos. Traté de besarla mientras se abría el cierre de la pollera celeste y, moviendo la cadera, hacía que resbalara hasta el piso. Después la juntó

con la bombacha y las puso sobre una pila de biblioratos, tapizándolos para sentarse. En el movimiento colgó también su saco de unos percheros. Había hecho eso mil veces, se notaba. Tenía la dimensión exacta del espacio y las cosas. Besaba mi boca con crudeza y apuro; interrumpió el beso para pasar mi pulóver por la cabeza. Calculé que tendría medida hasta sus sonrisas; cuando abrió mi bragueta me sentí mal. ¿Qué eran todos esos libros con olor a papel viejo? ¿Qué guardaban, qué archivos, qué esperanzas, qué olvidos? Le pregunté algo, pero estaba muy ocupada tratando de excitarme. Se bajó del asiento de libros, me quitó los pantalones y el calzoncillo y me dijo que me sentara sobre su pollera. Como vio que dudaba, agregó: "mamita sabe". Le pedí que se desprendiera el corpiño y lo hizo. Felipe había tocado el frío del cierre de la pollera, antes de que ella se lo metiera en la boca. Sobre su espalda lisa pasé mis manos en una caricia lenta, suave, y pensé en Carmen.

Volví al depósito muchas veces. Los biblioratos estaban llenos de cartas, y me propuse leerlas a todas. Con una tiza fui marcando el lomo de los que completaba, y con un señalador de cartón, las hojas. Casi todas las cartas pedían cosas. La mayoría era de gente muy necesitada. Al principio me dieron lástima. Había algunos insistidores, que volvían y volvían a pedir. Buscaban citas con el Excelentísimo, respuestas, comida, alojamiento. Algunos vivían en villas o pensiones, otros directamente en la calle; una señora del 23-5-77 decía estar escribiendo esta carta a tres días del último bocado.

Y pedía un caramelo, o una galletita. Me imaginé a la señora sin fuerzas, sin ropa, tirada en un colchón, esperando una carta del Ministerio con una galletita adentro, y se me paró automáticamente. Me hubiera gustado llevarle un pastel de la abuela y cambiárselo por una chupada de Felipe. Pero la carta era de mayo del setenta y siete; ya habían pasado varios años y ella, probablemente, estaría muerta. No me apenó. La carta estaba muy mal redactada. Como casi todas, que en su mayoría venían en manuscrito y tenían faltas de ortografía.

Había organizado la lectura cronológicamente, desde el primer estante hasta el último. Las repeticiones gastaban la virulencia de los textos. No importaba que no comieran, ni que tampoco recibieran remedios o marcapasos o extremidades ortopédicas. No eran gente, eran un insectario mudo. ¿Cómo conformar a todos? El problema de ese Ministerio era el mismo que el de la abuela, que daba limosna, que quería dar, pero a uno. Al primero de los mendigos. No le podía dar al resto. Saciar la culpa y olvidarse. Ya llevaba contabilizadas más de doscientas cartas —algunas las miraba, nomás— y ninguna había logrado emocionarme. La multiplicación las volvía ridículas e insulsas; llegué a pensar en un sólo escribiente haciendo miles de pedidos, contando millones de sufrimientos y sacando montañas de papeles. Y de este otro lado yo solo para contestarle, para armarle un modelo satisfactorio, una respuesta que no lo dejara tan abandonado.

Fui tantas veces que, al final, parecía que mi trabajo se desarrollaba en el baño. Entre las chicas había corrido un mal rumor. Silvia en persona se ocupó de repartirlo. Poco a poco comencé a sentir miradas sobre el hombro o comentarios hirientes y descalificadores de parte del personal. A veces, en esos discursos oídos a retazos, sentía que se colaban palabras como "puto" o "maricón". Casi todos me golpeaban la puerta. Uno, del que no alcancé a distinguir la voz, metió su propia llave en la cerradura. Desde afuera decía "ya vas a ver, ricura". La llave mía, puesta por adentro, trababa el giro. Yo no le contesté. Al irme dejaba la luz encendida, para que pareciera que aún estaba, o que no había estado nunca. Que pensaran lo que quisieran. Una tarde sentí la cerradura moverse con desesperación y a Giménez, de "Entradas", hablar como para sí "se trabó, no sé qué pasa". Después dijo "o será que está el enfermo ese de Despacho". Una voz femenina dijo "mejor vamos"; él sacó la llave puteando y los oí salir.

La abuela me daba un bolso con un *tupperware* con tartas y un termo de café. Yo preparaba el escritorio apilando doce biblioratos que ya había leído y otros dos de asiento, para leer. Había convertido ese depósito en mi oficina, desde donde oía las conversaciones de la gente del baño. Poco a poco se fueron olvidando de mí, primero en "Despacho" y después en el resto de las oficinas. Fue para el tiempo en que brotaron las cucarachas, de todos los rincones y desde atrás de cada estante. Al principio no me molestaban, entonces no las combatí.

Pasaba casi todo el día quieto, y para ellas supongo que sería como un mueble. Solamente salía para hacer pis o irme; para el pis elegía siempre el cubículo con el inodoro clausurado. Yo mismo había puesto ese cartel, y ni el hombre de la limpieza se dio cuenta de que era falso. Lo había hecho en casa de la abuela, con un letrógrafo, y lo pegué. Así conseguí tener una oficina con baño exclusivo: nadie más lo usaba, nadie preguntaba. Debajo del clausurado, había escrito "ORDENANZA 2512". ¿Quién iba a desestimar una ordenanza?

Las conversaciones del baño iban siempre por dos caminos: la de los impacientes que se preguntaban cuánto faltaba para irse, cotejando relojes y horas muertas, y las que se quejaban del sueldo o de la cantidad de trabajo. Las quejas eran las más comunes; me los imaginaba escurriendo sus pijas mientras cabeceaban un "qué barbaridad, qué hijos de puta". Todos eran unos "hijos de puta", salvo el hombre de la limpieza y Pérez, un petiso de "Relaciones con la comunidad", que tenía a su cargo a dos contadores y orinaba silbando el cumpleaños feliz. Esto pasaba siempre que estuviera solo, de lo contrario se unía a la queja de los otros. El que limpiaba el baño llegaba a las ocho, hora en que se iban los jefes, y al verme salir del depósito me palmeaba el hombro. Era un tano gordo de buenas intenciones y fideos. Hablaba de comida mientras yo me lavaba la cara frente al espejo, decía lo que iba a cocinar cuando llegara a su pieza, a las tres de la mañana, y lo que se había comido antes de marcar: siempre fideos. Con tuco, al pes-

to, a la manteca, con salsa blanca. Al final del monólogo suspiraba, apoyado en el secador. Después me palmeaba el hombro otra vez, para agregar:

—¿Mucho trabajo, señor?

—Puf —le contestaba.

Le conté a la abuela lo de las cucarachas y me dio un veneno de color rosa que le había vendido la chilena. Era un polvo que había que poner en la línea de los zócalos; lo tuve adentro de la caja hasta que los insectos se volvieron insoportables. Fue a comienzo de diciembre. Ese depósito había sido un buen refugio durante el invierno, pero ahora que llegaban los primeros calores, el malestar me dejaba las camisas a la miseria. Me la pasaba sudando frente a los libros abiertos. Todo empeoró con la reproducción de las cucarachas, que se subían por las hojas para meterse en el *tupper* o en el vaso del café. Las llegué a sentir caminándome por adentro de la ropa. Había de dos clases, unas muy chicas, de color dorado y las grandes y negras, que eran asquerosas. Las veía pasar sin moverme, para que no me advirtieran. Con el tiempo, la distracción superó a la concentración de la lectura. Ya llevaba más de treinta biblioratos, y había incluido una carta mía en algún lugar de la colección. Se me ocurrió que sería bueno, para dejar un testimonio. Le comenté a la abuela y a ella no le importó. Insistía en que volviera a la magia; me decía "qué estás haciendo de tu vida, nene". Yo le mentía explicándole que era cada vez más importante, que la gente bajaba la vista al dirigirse a mí y tenía un ejército de Silvias a mi disposición. También le contaba de mi trabajo, que era algo fundamental, *"la*

oreja de la gente que sufre". ¿De dónde había sacado esa frase? ¿De qué carta? A alguien se lo había leído; aunque todos los contenidos se me mezclaban y ya no me daba cuenta si estaban pidiendo algo o felicitaban al Sr. Ministro. Llegué a sentir que las felicitaciones eran una broma dedicada a mí por aquel escribiente anónimo y aburrido, sentado en una oficina sin ventanas similar a la mía. Aislada, meada, secreta, llena de cucarachas. Puse el veneno. Durante dos semanas las vi arrastrarse y caer patas arriba, agonizantes. El día en que me despidieron del Ministerio le pedí al tano que pasara un trapo. Sacó medio balde lleno de migas, hilos de salame, pelusas y cadáveres.

Lo más atractivo de la carta que mandé era el haberla perdido adentro de tantos papeles. Estaba en alguno de los treinta y dos volúmenes y un cuarto que se apilaban en el piso, bajados de sus estantes y debidamente procesados por mis ojos. La escribí la tarde en que recordé, por segunda ocasión, a Carmen. Mi vista se deslizaba sobre letras sin sentido, como escrituras cavernarias traducidas a idiomas inservibles. La misión mía se había transformado en un mero pasar las palabras, los renglones, las hojas. Uno y otro más: treinta y tres biblioratos. Casi la mitad de lo que había, aunque cada semana entraban más y más. La estrategia era cambiarle la fecha a los viejos, quemar esas cartas en el inodoro y poner las nuevas. Durante varios años el personal había agregado las cartas en nuevos libros. Ahora el problema era de espacio: el Ministerio no daba más biblioratos ni depósitos para

"Entradas-Despacho Unidad Ministro", por lo que había que renovar las cartas, desechando las más viejas. Eso explicó el cadete que traía el material. Era un chico musculoso y tuerto; había perdido el ojo en una batalla de clips y gomitas contra los cadetes de "Ceremonial". Dejaba las pilas de cartas atadas frente a la puerta del depósito, tocaba tres veces como habíamos convenido y yo le abría. Por medio del seguro había conseguido un ojo de vidrio y la garantía de trabajo como cadete permanente, en los pasillos permanentes.

Lo único que me torturaba era saber que, en cualquier momento, alguien quemaría mi carta sin leer, irremediablemente indefensa.

Las cenas con la abuela se sucedían en silencio. A las nueve y cincuenta nos sentábamos a la mesa; ella encendía la tele sin sonido porque casi ni oía, y a mí me molestaba. La comida de la noche era siempre compleja: guisos, locros, lasañas y pastel de carne en invierno, y milanesas napolitanas con papas fritas o bifes o pescado al horno en verano, con ensaladas de muchos tipos. La abuela sabía cocinar y se empeñaba en servirme una comida sustanciosa con el propósito de equilibrar la vianda que devoraba entre horas, durante mi día de trabajo. No preguntaba nada; mojábamos nuestros panes en los platos y después yo lavaba. Ella seguía con la mirada fija frente al televisor. Para lavar encendía el calefón, me ponía los guantes y mojaba la esponja en detergente. La pileta de lavar tenía dos bachas. En una armaba el "jaboncillo", como me enseñó ella, y en la otra, con un desagote ma-

yor lleno de pequeños agujeros, enjuagaba. Después de lavar me sacaba los guantes, entraba al baño, cerraba la puerta con llave y todo volvía a ser como cuando tenía trece, o quince.

Muchas veces, ella me llamaba para hablar. Yo ya sabía lo que me estaba por decir. Ella decía "Carmen..." y yo "basta, abuela". La escena se multiplicaba los fines de semana. También nombraba a María Marta, que durante un tiempo siguió viniendo los domingos a tomar mate. Traía bizcochitos de grasa o mediaslunas, que comíamos casi sin parar. No había modo de hablar de nada. Ella afirmaba: "estás engordando", y yo le contestaba, peleador: "vos también"; cosa no tan cierta porque, comparativamente, mi cuerpo se había rellenado mucho más. La abuela dijo que yo estaba poniéndome "morrudo". No me importó. A partir de noviembre, María Marta desapareció por un par de meses, y un día volvió con un señor Alberto. La piel del hombre era marrón y el traje también, parecido a los de cualquier oficinista del Ministerio. Me dio repulsión y se me ocurrió que era, para siempre, el "señor marrón". Lo dije en voz alta, riéndome delante de ellos, y María Marta se enojó. El tipo ni pestañeó. La abuela se puso seria, pero tampoco dijo nada. Se fueron sin despedirse, para no volver. María Marta iba a terminar siendo una Silvia, todas eran tan Silvias... Salvo la abuela, claro.

—Salvo Carmen —dijo.

Volver a la oficina era un alivio. Todavía tenía el teléfono aquel, anotado por la letra de María Mar-

ta en un cartón de caja de remedios. Me acordé del color de las pastillas que estaban en el frasco, pero no del nombre en su etiqueta. Azules, sin cobertura plástica. Las que tomaba Carlos eran microcápsulas; uno abría las coberturas y adentro se mezclaban granos de diversos colores, como si vinieran procesadas. Las de Carmen eran azules. También había un remedio líquido —algún jarabe— y muchos genioles. En cualquier momento la podía llamar, si quería. Eso era lo incomprensible para la abuela: habían pasado muchos años, pero ella estaría siempre ahí, en esa cama. Además, yo no disponía de demasiado tiempo, porque tenía que leer. Adentro de esos papeles estaba el llanto de un pueblo. Alguien debía escuchar esa desesperación escrita antes, esas letras envejecidas. Cuarenta y dos; cuarenta y siete biblioratos.

—Vos no entendés, abuela, cuando preguntás para qué. No hay para qué. Hay que hacerlo y listo. Es un trabajo.

La mañana en que me despidieron llovía. Pedí que me dejaran recoger mis cosas. Entré al baño como a un mal sueño, atontado. Abrí la puerta del depósito. En un *tupper* redondo que había dejado el viernes, dos cucarachas doradas se disputaban una tripita. Abrí el último bibliorato en la página marcada. Pensé que iba a leer esa carta a los gritos y arrancar la dirección del remitente, porque estaba seguro de que iría hasta la casa de ese anciano para contarle qué era lo que podía esperar de esos inconmovibles hijos de puta. Iba a contarle y a esperar a que él también me dijera "hijo de puta", co-

mo cualquiera de los muchos, de todos los que meábamos en el Ministerio. Leí, gritando, dificultosamente enredado en una letra mayúscula constante, sin puntos ni comas; aullando cada letra entendible, cada frase, lo siguiente:

"MESTOI MUERIENDO ABANDONADO DE TODO EL MUNDO PARESE MENTIRA QUE NO AIA MAS UMANIDAD TENGO 70 ANIO TRABAJE TODA MI VIDA COMO UN INFELIZ ESTUVO EN 2 GERRA ACA EN ARGENTINA TRABAJE 25 ANIOS CON UN JENERAL DE BRICADA JUAN IAVICOLA ME ASIA FIRMAR RESIBO COMO CHANCADOR PARA NO ASERME LA APORTO CUBILATORIA ERA JEFE STADO MAYOR DEL MINSTERIO DE LA PRESIDENZIA DE LONGANIA YO ERA EL CUSINERO DE IAVICOLA I SU FAMIGLIA EN ELISEO MILITAR SAMARTIN ESOS 25 ANIOS ME FALTAN EN MI APORTO CUBILATORIO TRABACANDO EN UNA PARRILLA TUBO TAN MALA SUERTE QUE ME ENFERME ESTABO ESPERANDO UNA CUBILAZION COMO INVALIDO ME HISO UN CONTROL MEDICO EN EL ESPEDIENTE POSIERON INVALIDO AL TRABACO PERO MERECIAZARON LA CUBILAZIONES DIZIENDO QUE CUANDO MINCRIVI EN LA CACA ESTAVO ENFERMO NUNCA ESTUVO ENFERMO EN MI VIDA CUANDO VINO EN LA ARGENTINA ESTAVO BIENSANITO MINFERME ACA NESTA BENDITA TIERA NUNCA AVRIA PENSADO QUE EN ESTO PAIS TAN RICO AVRIA TANTA DIFICULTAD A OTENER LO QUE ME CORESPONDE TENGO QUE PEDIR LEMOSNA PARA SOVRAVIVIR MANDE UNA CARTA AL MINISTRO DEL BIENSTAR SOZIAL ME CONTESTARON PEDIENDOME EL NUMERO DI INCRIZION A LA CACA Y DOCUMENTO DEIDENTIDAD SIEMPRE ESPERO UNA BUENA NOTIZIA LA SITUAZION MIA ES UN CASO DESESPERADO NONTENGO MAS ADONDE COLPIAR PUERTAS PARA QUE ME DEN UN PLATO DE SOPA NOES

UNA VERGUENZA CON LAS DOS CACAS QUE ISE AQUIEN DEFENDI PARA MORIRME DE AMBRE A LOS 70 ANIOS

LE PIDO PERDON DE TODO ESTO

ESTOI DESEPERADO

A VER SE PUEDO ABLANDAR ALCUN CORAZON O SON TODO DE MARMOL

SALUTI

SOI ITALIANO

FAUSTO CARONINI AFILADO CACA AUTONOMA 2710885

(SELLO: DESPACHO UNIDAD MINISTRO - MESA DE ENTRADAS 06 JUL 1981 B - 02050)"

Al finalizar la lectura, temblaba. Otros gritos estallaron por detrás de la puerta. Cuatro o cinco señores que habían entrado al baño, me dejaron salir aplaudiéndome, con las pijas enfundadas otra vez adentro de sus braguetas. Yo no sabía qué iba a hacer, de ahora en más. Sus aplausos eran reales. Quizás ellos estuvieran viendo en mí al rebelde que, por fin, abandonaba el barco. A mí me gustaba estar ahí. Quizás ellos estuvieran aplaudiendo al mago.

Cuando comí la tarta de ricota de la abuela, sentado en un banco de la Plaza de Mayo, me dolía la garganta. Traté de acordarme del dibujo de la *flor azteca*, pero se me había borrado.



TREINTA Y TRES AÑOS

Al salir del Ministerio de Bienestar Social tenía veintisiete años; de un día para el otro, no sé cómo ni cuándo, tuve treinta, treinta y dos, treinta y tres. Todo era igual. Con la abuela empezamos a cocinar para afuera. Al principio, solamente le lavaba los platos, con mucho más trabajo que antes porque se juntaban varias pilas. La tarta más rica era la de cuatro quesos; también había de jamón, de puerros, de verdura, de ricota salada o dulce, de corazones de alcaucil. Los precios eran módicos, y la diferencia nos alcanzó para vivir un par de años. Los compradores eran la tres veces madre soltera con hijos en edad escolar, la más chica de los Rezzanni y una hija de la Lavandina que se había venido a vivir al barrio. La chilena vendía en consignación. Nos trataba de robar todas las veces que podía. La abuela la perdonaba; yo no.

Con el tiempo los remedios se fueron encareciendo, y aumentaba la variedad de pastillas: amarillas cada tres horas después de las comidas, blancas cada cinco, celestes dos veces al día y dos coloradas al acostarse. La plata no alcanzaba. Habíamos aumentado un poco los precios. Yo era el que salía a vender, o atendía a la gente en casa. Discutía con los vecinos cada transacción como si fuera la última. A veces, alguna señora se acordaba de los tiempos viejos y preguntaba por qué no hacía magia, que era tan lindo. Les decía que esa etapa estaba superada. La abuela bajaba la vista. "Es el pasado". Cuando nos dimos cuenta de que no llegábamos ni al día veinte, la abuela empezó también a bordar para afuera, en los ratos libres que le dejaba la cocina.

Con la televisión encendida como un continuo, sin sonido, ella se calzaba dos pares de anteojos juntos y se ponía con el dedal y un bastidor. Yo siempre había creído que para bordar se necesitaba buena vista y ella decía "se precisa paciencia". El modelo final era un camino blanco de tela con una flor de lana. Si bien dejaba mucho más margen que las tartas, era algo que la gente compraba muy de vez en vez.

—Si pasé la guerra, pasaré cualquier cosa —decía.

Se refería a la guerra de Franco. La oía hablar cada vez con menos ganas, porque así era como empezaba su discurso. La oficina, antes, nos servía para alejarnos mutuamente y aguantarnos mejor; ahora había que enfrentarse a la paciencia, como decía ella.

Lo más inaguantable de los discursos eran los consejos. Que por qué no me casaba, que la oportunidad que había perdido con María Marta no se daba dos veces en la vida. "No me gusta María Marta", le contestaba, y ella seguía insistiendo. Quería lo mejor para mí, porque ella se iba a morir y yo me quedaría solo. Por alguna razón interna no la podía frenar, por más que le pidiera "basta, abuela, ya va a llegar". "Hay que buscarlo, sólo no va a llegar. Hay que salir", gritaba, en el vacío de su sordera.

Mientras tanto, yo había vuelto a tener una vida sexual en secreto, con el dibujo de la *flor azteca*. Para el libro, la pregunta continuaba siendo: "¿dónde está el medio cuerpo?". Yo no tenía ninguna duda: lo que faltaba era lo que me excitaba. Mi deseo entero seguía vinculado a la intriga del mago: lo oculto es lo que el mago ansía ver. Recorté del libro inútil ese pequeño dibujo, en un cuadrado que no sería más grande que tres por tres centímetros, y lo pegué en la tapa de plástico del botón del inodoro. Mi más absoluta perdición.

La abuela empezó a preguntarme. Yo no podía decirle que era para masturbarme, para apretármela adentro del puño derecho y subir y bajar. No podía decirle que me convertía en mono, mientras ella miraba la televisión. La agarraba como lo haría el interior de una mujer y le echaba shampú o saliva, mientras la otra mano se apoyaba contra los mosaicos y después también el brazo, y la frente contra el depósito. Esa era mi *flor azteca*. El fi-

nal del truco era el líquido cayendo adentro del agujero blanco del inodoro, limpiarme la cabeza con papel higiénico, esperar a que bajara un poco para meterlo adentro del slip. Era subir el cierre y verte, *flor*. Tan quieta, tan callada, acariciándose apenas los antebrazos, rozando con las tetitas la parte de afuera de las manos cruzadas, a través del top con volados oscuros, derecha con un cuello frágil de porcelana china, el pelo corto, la nariz de garbanzo, los ojos negros, la boca mínima. Y toda la tajada contra la bandeja, la que ocultaba tu minifalda inútil. Con la vagina al ras, sin labios, ni pelos, ni exterior; puro carne viva, roja, de carnicero.

Comencé a escribir las cartas para evitar a la abuela, que me perseguía a preguntas. Quería saber todo: quién era esa mujer, por qué había recortado un libro de magia, por qué la había pegado en la tapa del depósito del inodoro, qué hacía cada vez que iba al baño. A veces me golpeaba la puerta. Quería saber también de quién era el número de teléfono que había anotado en el papel. Le dije que no le interesaba, y que no se le ocurriera llamar. Inútilmente constató en el índice telefónico. "Es de una chica", solté, cuando me cansó. Ella me miraba desconfiada.

—Y estas cartas —agregué— las estoy escribiendo para que nos ayuden del Ministerio.

Iban dirigidas al Sr. Dn. Ministro de Acción Social / SU DESPACHO, y estaban escritas con el método de armado de cartas, bastante corregido y simplificado a pocos renglones. O sea, perfeccionado. Me había propuesto mandar una por semana, tra-

tando de quitarles todo contenido patético. Si el noventa y nueve por ciento de las cartas eran patéticas, quizás le prestaran atención a la única que no lo era. Casi como en una obligación repetida, escribí más de veinte, que mandaba puntualmente los miércoles por la mañana. Las cartas pedían cosas, hablaban de nuestro mal pasar e indicaban los nombres de los remedios que necesitábamos. La lista la copiaba de las recetas de la abuela. Ella supuso que era inútil, que no valía la pena. "Ya no estás más ahí", dijo. Yo esperaba que alguno de ellos me recordara, asociándome por la forma de escribir, y nos contestaran. Ni siquiera esperé ayuda. La abuela insistía en que me tenía que casar, y que quería saber más de esa chica del teléfono. Yo la veía tan doblada, tan enojada, tan cercana a la muerte...

La nieta de la enfermera de la cuadra, sobrina de ernesto, vino a encargar una torta de frutillas. Cumplía años, se llamaba Andrea (quería que su nombre estuviera escrito sobre la cubierta). Sus ojos eran color caramelo. Me la imaginé llorando lágrimas dulces, un almíbar. Quise chupar esas lágrimas. Ella pidió pasar al baño. Había que poner doce velitas en la torta. La abuela le indicó cómo ir. Ya habíamos anotado todo; hice una boleta con el precio y Andrea salió. Se habría mojado, se habría secado. ¿El pis también, dulce? Preguntó qué era la figura que estaba pegada en el botón del depósito. La abuela le contó que era un dibujo de mi novia. Ella se rió. Me miraba, cruzando las piernas por debajo de la pollerita. Le entregué el papel. Sa-

lió corriendo. Desde la calle, a través de la ventana abierta, gritó:

—¡Pajero de mierda!

Yo me había quedado ofendido, le dije a la abuela que había que escarmentar a esa mocosa, y que ya mismo iba a llamar a su madre. Ella opinó que no estaba bien, porque perderíamos una clienta. Sabía que esa chica era una malcriada, pero necesitábamos la plata. Amasaba el bizcochuelo mientras yo batía la crema en un bol. Puso el bollo de masa en un repasador húmedo y todo en la heladera, antes de irse a dormir. Me prohibió llamar a la señora. Yo estaba tan angustiado que fui a hablar con mi *flor azteca*. Me la hice gritando, sin importarme lo que pudiera escuchar la abuela. Sin lavarme las manos. Con el bol servido sobre la tapa cerrada del inodoro.

En sueños, la veía entera. Discutíamos mucho; la *flor* me pedía un milagro de amor y yo la besaba, la adoraba, la sacaba de la pileta o del mar adonde aparecía sumergida hasta el ombligo. A veces era un mueble o una valla lo que le tapaba la cadera y las piernas. Pero siempre estaban, siempre estaba entera. Entonces apretaba su cuerpo, sus tetitas contra mi pecho y le sacaba el vestido en profundo silencio. Desnudos los dos. Abría los muslos siguiendo su raya, que se unía con la que le bajaba desde la espalda, y era apenas un doblez de piel. Sin agujeros. Como una Barbie.

Entera, pero sin agujeros.

El cartero dejaba la correspondencia por debajo de las puertas del garaje. Los aparatos mudos de prestidigitador eran tímidos instrumentos de tortura, sucios de polvo. Habían pasado veintiséis miércoles cuando vi el sobre oficial lleno de matasellos. Llamé a la abuela para que supiera. De alguna manera éramos importantes, ahora yo estaba del lado de afuera del sistema y les exigía que hicieran su trabajo como correspondía. Tal vez les diera piedad, por creer que el escribiente había sido uno de ellos, del grupo. ¿Y si me pedían que volviera? ¿Cómo serían las respuestas, ahora que yo no estaba? Rasgué el papel con ansiedad. La carta venía doblada en cuatro, llena de sellos y con las marcas de agua. La firma central parecía falsa, o de otro Ministro. No eran los mismos. Estaba encabezada "*Al Excelentísimo Ex-Mandatario de Despachos, Sr/Dn Fabio y su distinguida abuela:*". Y decía:

"VAYANSE A LA PUTA QUE LOS PARIÓ ."

Había escudos y más firmas. Supe, para mal de la convivencia, que nos habíamos quedado definitivamente solos. Pasó por mi mente la idea de violar a Andrea, descuartizarla y usar los pedazos para hacer tartas y regalarlas en el barrio.

La cabeza me estallaba. Ya no quería hablar con nadie; me enfermé, pero la abuela no pudo atenderme, ensimismada como estaba en el bordado y en las comidas. Dejé de hablar. Caminaba de la cama al baño, acababa mirando el cuerpo de la *flor* o solamente el número de teléfono. ¿Para qué iba a llamarla? ¿Cómo había que seguir? ¿Quemar los trucos, las

cartas, los mantelitos; el televisor mudo formando sombras en el cuerpo de la abuela sentada? "Qué hay que hacer, abuela", le pregunté, entre lágrimas. Era de noche. Estaba más desesperado que otras veces. Quería entrar en una hipnosis eterna, la última, en un régimen de sofrosis aguda del cual no pudiera levantarme. Quería entrar en un cajón como el de Carlos y serrucharme sacando la mano. Quería desaparecer, desdibujarme en el aire. Irme por el líquido de la boca de mi Felipe, al océano del agua de todos los inodoros del mundo, como mi esperma. Ella dijo: "la cena, hay que hacer", tal vez harta de que yo le cortara los consejos. Treinta y tres años de interrumpirla. Caí llorando sobre su falda.

Ella acarició mi cabeza con el dedal puesto. Yo sentía los pequeños golpes del metal sobre el cuero cabelludo. Comenzó diciendo que no podía verme más de esta manera, que necesitaba una ocupación creativa como antes, que necesitaba casarme para tener hijos de los que después no fuera el abuelo, sino el padre. Que para las cosas había una edad y un tiempo. Que lo hiciera por la memoria de Carlos, aunque más no fuera. Ella quería lo mejor para mí y yo no la oía. Que si estaba enojado porque me arrancó la *flor azteca* del depósito, que supiera que lo había hecho por mi bien, para que no me masturbara más, que es un pecado y me iba a salir pelo en las palmas de las manos. Dijo que me había oído entrar al baño hasta treinta veces al día.

Entonces me levanté y fui a constatarlo, agarrándome la cabeza ante el papel roto. El número de teléfono apenas si se leía.

—No podés haber hecho eso, no podés —grité. Quién sabe cuánto tiempo hacía que lo había arrancado, y yo recién me daba cuenta. "Todo es automático", pensé, lleno de rabia. "Mis pajas ya son rutina".

—Es por tu bien —dijo ella, y agregó, sargentona—: Porque yo tenía un nieto mago, que ahora es un espectador que ve pasar la vida. Porque tenía un nieto asombroso que estaba al frente de los vecinos aunque se equivocara, y que me tenía orgullosa. Porque me hacía reír, qué joder.

Y se puso a llorar. Pero de furia, tirando al suelo el bastidor y golpeando con el dedal la mesa. Lloraba gritando. Gritando dijo que extrañaba la magia. Dijo carajo y dijo mierda. Así, MIERDA Y MIERDA. Y pegaba con el puño en la mesa. MIERDA, MIERDA Y CARAJO Y MIERDA. Las lágrimas le saltaban, golpeaban, herían mi propia cabeza, la tabla, las cosas que encontraban. Me agarró la mano y me puso el dedal en el índice. "A VER ESE NIETO, MIERDA Y CARAJO", gritó. Las cosas, mi cuerpo, temblaron. Yo también lloraba, pero como una catarata mansa, sin poder frenar, ante el continuo inquebrantable de las imágenes del televisor. Metí el dedal adentro del puño izquierdo cerrado. Llorando, soplé. Abrí la mano vacía. El dedal había desaparecido.



TERCERA PARTE

—Dios inventó el plato hondo y le metió adentro un guiso de lentejas con porotos, arvejas, papas y albóndigas. Después inventó el pan tostado y se lo comió todo. Pero, por más que pasaba las migas por el final del plato, le resultaba imposible volver a ver el mismo brillo del fondo. Aquel brillo. Y se dijo: "¿lo tiro, o lo limpio? No, cómo lo voy a tirar". Entonces Dios creó a la mujer.

Los que no se fastidian, sonríen. Son treinta desconocidos adentro de mi garaje. Pagaron una entrada, recibieron un volante de presentación de *"Fabio el Mago con Mamuasel Dublá"*, se sentaron en las butacas nuevas y están respirando el humo de los sahumerios que circundan a mi partener.

Es el comienzo de la noche, estoy de frac negro y levita; la vara tiene una punta redondeada y otra de bayoneta. El reflector único me alumbra desde

la derecha. Estoy limpio, entero. Sabré capturar a esa señorita que vino con la amiga y acaba de decir "empezamos mal", entre dientes. Feminista. Entonces el mago creará a la mujer.

—Buenas noches a todos, mi nombre es Fabio y espero que salgan de acá con las mentes abiertas y jóvenes, en la sana libertad que da la magia. Mi asistente, Mamuasel Dublá.

El cuerpo de ella se mueve por primera vez; inclina la cabeza hacia adelante y suelta el lazo de su capa roja, dejándola resbalar hasta el piso.

—Ustedes se preguntarán por qué está aquí arriba y por qué tiene los ojos vendados. Bien. Mamuasel Dublá, mujer auténtica como el oro falso, se venda los ojos para descansar. Y duerme parada, sí, porque está en trance. Lo que se dice mesmerizada.

La presentación del juego transcurre arriba de una plataforma forrada en alfombra negra. El telón que hace de fondo al truco, hasta la altura del techo, también es negro. Sobre la plataforma hay apoyada una mesa de tabla circular, erguida en tres patas que ahora no se ven, porque están tapadas por una cortina. Sobre la tabla circular hay una bandeja; sobre la bandeja, medio cuerpo de mujer en reposo. Tiene los ojos cubiertos por una venda y un chaleco de lentejuelas que le tapa los hombros, dejándole apenas abierto un cuello redondo con puntillas. El pelo le sale en bucles desde la sujeción de la venda. Por debajo de la cortina asoman las puntas de sus zapatos.

—¿Qué quiere decir mesmerización? A ver, a ver... Nadie sabe. Qué público tan informado nos

ha tocado hoy. ¿Usted sabe? Sí, el señor que levantó la mano...

—Quiere decir que está hipnotizada.

—Caramba con el caballero... Muy bien. ¿Y quién la hipnotizó? —pregunto, hacia el aire. Me contesto golpeándome el pecho con el puño—: Fabio.

Sobre la mesa también hay otros objetos, que son los que voy a ir descubriendo a medida que transcurra la función. Los objetos de un mago, en reposo, parecen inofensivos. Hay que verlos en las manos; multiplicándose, explotando o desapareciendo. Cambiarán de color, de forma, se separarán, harán ruido, contagiarán de adrenalina a esos cuerpos apagados y tristes que vienen cada sábado, todos los sábados.

—Admírenme —les digo.— ¿No me creen? Está bien. A demostrarlo. ¿Hay aquí alguna persona que sea el plato de los vendedores? ¿Algún militar acostumbrado a que le den órdenes? ¿Algún oficinista que pactó su vida en función de la hora de salida y el marcar tarjeta?

Nadie contesta. Les termino de borrar las sonrisas acotando que "por suerte, hoy tenemos gente feliz, sin rutinas".

—Es una lástima para la experiencia, que es mejor realizarla con tipos aburridos de su trabajo pero que siguen repitiéndolo, sin parar y sin preguntarse. Ésos son el bocado de un hipnotizador. Igualmente podemos probar con cualquiera. ¿Alguien quiere prestarse?

—¿Para qué? —pregunta una señora con cara de murciélago o de pequinés.

—Para hacer el ridículo —le digo.

—Entonces, no.

—¿Yo? —pregunta un tipo gordo, con la piel transparente y arañitas de sangre dispersas como lunares.

—¿Tiene la antivariólica al día?

—Sí.

—¿Y la antitetánica?

—Sí.

—¿Y la vacuna contra el mal de Chagas?

—No.

—Entonces, no —le digo.

"Es difícil...", pienso, en voz alta. La cuarentona que se fastidió con el discurso de presentación se ofrece, levantando su mano.

—Las feministas, después. —Le indico y, señalando—: Ese señor estará bien.

—¿Quién, yo?

Por la cara de desgano, se nota que lo trajo la mujer, envuelta en pieles. El hombre se pone los anteojos como una armadura, al mismo tiempo que hunde su cuerpo en el asiento.

—Quiero que cierre los ojos y piense en una luz. Éste es el método del doctor Eisdale —me acerco, lo veo parpadear y le digo—: Epa, a no hacer trampa, caballero. Que cuando esté ido le vamos a hacer unas cosas graciosas...

La mujer le aprieta el brazo. En los gestos de los demás se comienzan a dibujar molestias. Una señora canosa con profundas entradas en el pelo, murmura desaprobando; basta mirarla fijo para que baje la cabeza.

—Eisdale va a enojarse si usted no se concentra, señor... —le hago unos pases con las manos sobre la

cara, sin tocarlo—. Respire profundamente... muy tranquilo, reteniendo el aire un momento y soltándolo después... la cabeza ligera y los párpados pesados... se nota separado, con la mente en blanco... Por otro lado observamos (los demás, usted no) que Mamuasel Dublá ha levantado dos bolsitas de género rojo, y las muestra para que las vean.

Ella extiende los brazos con la espalda derecha.

—Adentro de las bolsas hay dos objetos. El señor aquí sentado va a poner su mente en alfa y sintonizarla con la de Mamuasel, que sabe, por supuesto, qué hay ahí adentro, porque sabe todo lo que hay adentro de mi vida —ella sonríe—. Pero antes vamos a comprobar si está perfectamente bajo estado, con el examen del brazo rígido, prueba citada en el libro *La Hipnosis* del Dr. L. Chertok, *Editorial Atika*, Madrid, 1964, página 169. Su brazo está rígido, señor —le grito, le ordeno—: ¡Muy rígido! ¿Entendió?

—Sí —dice.

—No crean que me convertí, de repente, en un sargento —dirigiéndome a todos—, pero la letra con sangre entra. Además hay poco tiempo. Chertok lo hubiera dicho de modo más sutil —cambiando la voz por una de sonido médico—: *"Vuestro brazo es pesado y se vuelve rígido como una barra de hierro. No podéis doblarlo. Cuanto más intentéis plegarlo, más rígido se pondrá, etc."*. Pero acá somos así: ¡duro, macho! —Le levanto el brazo; está rígido. Dirigiéndome a la señora:— Bien, a la salida me ve y le digo cómo lo hicimos. Para esta noche, cuando se vayan a acostar.

La mitad de la gente comienza a distenderse.

Pasa en todas las funciones. Ya veo sonrisas en la de cuarenta, en los viejos, en tres desprolijos de veinte, de esos que pasan por la vida con los cordones desatados.

—Tranquilo. Afloje. Ahora le pido más control, concentrándose solamente en una de las bolsas. Trate de ver, por favor...

—Tengo los ojos cerrados —dice.

—... con la mente... Le explico —digo, golpeándole imaginariamente la cabeza para que el público se divierta. Todo esto lo digo ligero y en tono de confianza—: Mamuasel Dublá sostiene dos bolsitas, una en cada mano. Adentro hay dos cosas, una por bolsa. Tiene que adivinar qué son. Ella lo piensa muy fuerte y le envía los pensamientos a través del estado alfa reinante en el garaje, usted los recibe y los decodifica, diciendo qué hay. A ver, sienta, huela. ¿En la bolsa de la izquierda, por ejemplo, qué hay?

—¿Un perfume? —dice él, confundido.

—No: concentración. ¿No hay olor a calzado?

—Tengo la nariz tapada —se disculpa.

—Claro, la interferencia pituitaria...

El hombre duda. "Olor a calzado..."

—¿Un pie? —pregunta.

—Y... tiene que ver... Huela, querido. Huela con el inconsciente. Piense en esos burdeles, las piernas de las mujeres, las ligas, las me...

—...dias —completa.

—¡Sí, leyó el pensamiento de Mamuasel Dublá! —afirmo, en un grito. El hombre abre los ojos. —Momento, que falta la otra bolsa. Esos ojos bien cerrados... —Paso a comentarles al resto de la gen-

te—: Es increíble, para el hipnotismo, cómo a veces hay que apelar a los recuerdos del pasado, a este señor le mencioné la palabra burdel y enseguida se conectó con su ser cósmico.

Mamuasel saca la media de adentro de la bolsa. La luz del reflector ahora está dirigida hacia su cuerpo, con un mecanismo que acciona desde la mesa. Después vuelve a iluminarme.

—Veamos, ahora, el contenido de la otra bolsa. Le pido mayor concentración, lo está haciendo muy bien. ¿Lo ve, lo ve?

—No —dice él—, preciso una ayuda.

—Es para colgar.

—Una horca.

—No, no para colgar a su esposa.

—Un perchero.

—No se apure. —Al resto, susurrante—: Estamos ante un caso absoluto de alteración del sentido del tiempo en el sujeto hipnótico, que se resiste a esperar. —A él—: Algo de soga tiene. Es para colgar de la soga.

—¿De qué soga? —pregunta.

—De la soga del tendedero.

El hombre piensa. Lo ataco:

—¿Vos jamás te lavaste la ropa, no?

Se ríe.

—De tu mamá pasaste a tu señora; de lavar, nada, ¿no? Ni un calzoncillo.

—No se me ocurre... —dice él.

—Broche de ropa —dice ella.

—¡Prodigiosa adivinación! —les grito. La luz vuelve a Mamuasel, que extrae de la segunda bolsa un broche de plástico, con el que cuelga la media de un

hilo cercano a su cabeza—. Sí, mis amigos —digo—, qué oficio tan puro este de las sugestiones. Fíjensé en ellos: casados hace mil años, acostumbrados uno al otro, acá sentados sin hacer nada un sábado igual a todos, logrando una vez más la simbiosis de matrimonio. Él estaba hipnotizado, pero ella recibió el trance. Felicitemos con un aplauso a esta pareja feliz y pasemos al próximo ejercicio de adivinación, en el que ahora uno de ustedes será el emisor y Mamuasel Dublá la receptora. Pero antes, ya que se trató de una media, de una sola media, recogeremos un zapato de la Dublá, que será entregado a ustedes para que lo revisen.

Saco uno de los zapatos, el izquierdo, tirando de la punta. Por el movimiento que hago parece que lo descalzara de un pie oculto tras la cortina. Ella abre un poco la boca, como si hubiera perdido algo. "¿Tiene frío en el piecito, Mamuasel?", le pregunto. "No", contesta. Entrego el zapato a uno de los veinteañeros de la primera fila. El pibe lo mira sin saber qué hacer. Dirigiéndome a todos:

—Para el siguiente pase necesito una mujer bien dotada espiritualmente. Basaré esta segunda adivinación en los estudios de William J. Ousby sobre *Cómo liberar y utilizar toda la potencia que yace en lo inconsciente de la mente, Edaf Editores*. Lo aclaro por si alguno nota el cambio rotundo en el planteo de hiperacuidad y en la formulación del nuevo estado catatónico, para que sepa de dónde sale. Veo que se quedan más tranquilos. Claro. Ésa. —Señalo a la de cuarenta, la feminista—. No tengo ninguna duda de que ésa es la mujer indicada. Un aplauso para ella.

Ellos aplauden. Todos hacen todo lo que les digo. El espectáculo verdadero, el asombroso, todavía no comenzó, pero ellos están atrapados. La luz del reflector los busca, alumbrándolos; la mujer se pone nerviosa porque mis ojos también la alumbran, y tiene que bajar la vista. Durante cinco, diez minutos, va a sudar. Durante ese tiempo la situación cambiará en mis manos, será otra, y ella lo presiente y le cuesta entregarse al verdugo de frac.

—Aquí, la señorita... ¿nombre?

—Norma.

En las manos no lleva anillo; la chica que está a su lado es fea y está mal vestida, con un buzo marrón de plush y el pelo atado. Vinieron juntas. Le digo a Norma que cierre los ojos. Toco sus párpados con la punta de mis dedos, apenas presionando. Si quisiera podría hundírselos, como a los ojos de una muñeca.

—Relajate, dejate estar. Los músculos de la cara, los del cuerpo, los párpados. A olvidarse del mundo. Imaginate en una playa. Un mar sin olas, apenas ondeado. Las ondas llegan a la orilla, van y vienen. Sol. ¿Sentís el sol?

—Odio la playa —dice, cortante.

La gente está esperando que se los hunda. Merece el castigo. Pero soy el mago, y también tengo en mi poder la indulgencia. Insisto:

—La playa es linda, señorita.

—La playa es horrible.

Para los demás, digo: "Claro, Norma está ofendida por lo que enuncié sobre la creación de la mujer, al principio del show. Lo puedo leer en las yemas de mis dedos."

—No —dice ella, con indignación. La amiga desvía la cabeza. Íntimamente estará pidiendo que no se complique, que no siga.

—Sí —persisto, despiadado—. La señorita es de las que llevan la cartera llena de preservativos que nunca usan, ¿no?

—Llevo preservativos —dice, muy segura de sí—. ¿Y qué? Hay que llevar siempre.

—¿A ver?

—¿A ver, qué?

—Adentro de la cartera.

Confundida, la abre. "¿Y esto?", le grito, al tiempo que suelto un pequeño paquete del interior de la manga de mi saco sobre su regazo. Es un segundo en el que me toco el moño con la mano izquierda y los espectadores ven el gesto, y nadie aquéllo. Su amiga cruza los dedos. De adentro de la cartera abierta aparece una bikini roja y verde, a lunares.

—Así que no te gustaban las playas, ¿eh? Miren ustedes . —Camino hasta el frente y la cuelgo al lado de la media, haciendo un nudo—. Claro, al final coincidimos con la señorita: siempre hay que estar preparado en la vida. A ver si aparece el príncipe azul y es acuanauta o guardavidas en Miramar, por ejemplo. A ése no le ibas a decir *"odio la playa"* —imitándola. Inmediatamente agrego, constatando con la Dublá, que sigue con la venda atada—: Mamuasel...

—¿Sí?

—Ya lo dijimos, es una malla de dos piezas. ¿Puede imaginarse el color?

—Sí. Fondo rojo con lunares verdes el corpiño; al revés la bombacha. Poca tela para ese cuerpo. ¿No le va muy apretada? ¿No se le escapa nada?

La gente se divierte observando la cara combativa que pone la mujer. Su enojo que va y vuelve parece ser el límite, la frontera de nuestra fiesta. Para calmarla le pido disculpas, "porque en este garaje estamos para pasar un rato alegre. Como en el viejo café concert, ¿se acuerdan?", digo. Una señora vestida de fucsia y con bastones canadienses asiente con la cabeza. Vuelvo a dirigirme a la cuarentona para pedirle que, por favor, elija un objeto cualquiera de adentro de su cartera y se lo muestre a los demás. Ella saca una cédula. Con el brazo levantado apoyo mi mano abierta sobre la venda blanca.

—¿Qué estamos viendo, Mamuasel? —le pregunto.

—A Norma sosteniendo un objeto —contesta ella.

—Eso es obvio. Quiero saber cómo es Norma.

—Tiene el pelo recogido, un sweater rojo y una vincha.

—¿De qué material?

—Plástico.

—¿Color?

—También roja.

Los más ingenuos aplauden. La mujer no. No cree en la venda, y piensa que Mamuasel puede haber espiado por un agujero mínimo, por una transparencia de la tela.

—¿Qué tiene en la mano? —retomo.

—Una cédula de identidad.

—¿Policía Federal?

—Sí.

—¿Fecha de nacimiento?

—...

—Claro, comprendemos. Pero Mamuasel igualmente lo sabe. ¿Número?

—¿Qué?

—El número. Quiero que adivines el número.

—Es largo... —dice.

La mujer se queda mirando con sonrisa de eso no lo puede ver; no desde arriba de la mesa y con la luz tan baja.

—¿Cuánto de largo?

—Siete cifras.

—Quiero ese número —le ordeno.

—Ella no se concentra.

—No importa. Lo quiero ya.

—Pero...

—Dije ya. ¡Ya es ya!

Mamuasel frunce la cara apretando los párpados debajo de la venda. El traje de lentejuelas es elástico y le deja los pechos levantados, duros, que no evidencian la edad que tiene. Tampoco tiene muchas arrugas. Debe ser porque no se mira en espejos, porque para ella los espejos tienen la virtud de esconder los detalles en lugar de enseñárselos como a la de cuarenta, que ahora parece haber ganado la partida por la posición de su cuerpo interesado sobre la silla. Justo cuando mi partener, abriendo los dedos como antenas, comienza a recitar:

—Cuatro...

—Vaya verificando —le digo, a la mujer.

—Sí —contesta ella, desde la masa del público. Es una de las tantas que miran; una más, una común. Otra vez empieza a ser una común.

—Siete... Seis... Cero...

—Sí —sus ojos se abren.

—Dos... Cuatro...

—Sí —dice, vencida.

Mamuasel duda.

—El último no lo veo tan claro... —completa.

—Vamos, adivínelo que después la llevo a cenar y a bailar.

—Uno —arriesga.

—¡Bravo! —grito yo. La mujer está entusiasmada, pero no tanto. Acertó seis de siete que igual es mucho, salvo el último; sabe que es imposible; no sabe cómo lo hicimos. Los demás aplauden arrastrados por mi "¡Bravo!", y porque con Dublá ya estamos festejando, levantando las manos. Aunque casi la vencimos, ella exhibe su cédula como un estandarte y dice "¡No!". Es lo único que está capacitada para defender. El truco es verdadero o falso, sale o no sale; como un tiro. "Cero", grita. "No uno: CERO".

—¿Cómo me hace quedar ante el público, Mamuasel? —le digo—. Vas a tener que entregar también el zapato derecho a los chicos, por más que te resfríes, como castigo.

Ella simula llorar y se mete los dedos debajo de la venda, para secarse.

—Bueno, igual está bien. La gente te lo perdona... Por un pelo no salió —agrego, mostrando el interior del zapato derecho que saco de abajo de la cortina. Tiene un "cero" pintado sobre la plantilla.

Ahora golpean sus palmas, se mueven, dialogan. El tiro les llegó. "Basta, por favor", pido silencio demasiado rápido; les quedan sonrisas colgando y arrugas en las frentes. Hay pañuelos que secan lágrimas de risa cuando Mamuasel le avisa a la cua-

rentona que, si quiere que le adivine la edad, se acerque para negociar "cuántos bastos va a dejarse caer". Me ofendo visiblemente.

—Una adivinadora como usted —digo—, descendiendo a niveles tan bajos, peleando a la gente. No puede ser. ¿De qué se defiende atacándolos de ese modo, Dublá?

—No me defiendo —dice ella—. Lo que pasa es que no los veo.

Entonces me dirijo hacia el público:

—¿Le saco la venda?

Ellos, el regimiento, alguna vez niños cargados de imaginación y ganas, se quedan callados.

—Parecen hologramas —dice Dublá—. No son reales.

—Están hipnotizados —le explico—. La gente hipnotizada se momifica. Por eso voy a hacerles el ejercicio de regresión a la conciencia. —Hacia el público—: CINCO, comienzan a volver en sí; CUATRO, parpadean positivamente; TRES, regresan del universo bobo; DOS, pasan la puerta; UNO, otra vez son los que eran, en el mismo garaje. ¡Alégrense! —Con Dublá los aplaudimos; como en un secreto, le susurro—: ¿Les pregunto de nuevo?

—No escucho los bostezos; ya parecen despiertos.

—Señoras y señores, respetable público, quiero saber de boca de ustedes si están de acuerdo en que le saque la venda a mi ayudante.

Algunos: "Síííí..."

—¡Más fuerte!

—¡Sííííí...!

Ella misma se la afloja, cruzando las manos so-

bre la nuca. Tirando de ambas puntas del pañuelo, lo hace aterrizar sobre sus pechos. Es tan hermosa cuando sonríe, cuando lo agita en el aire como surgiendo de una zamba, cuando lo mira caer sobre un viejo cualquiera de la fila dos. Cuando los mira a todos, preguntando, confusa, si éstos son los invitados, si estos personajes eran a los que tanto miedo había que tenerles, los que iban a descubrir cada maniobra, cada desliz de nuestra habilidad. Con esas caras.

—Son todos, claro.

—¿Y pagaron?

—Acá nunca se regaló nada.

Se hace la que cuenta personas. El pelo, sin la venda, le cae en chorros sobre las orejas y la frente. "Treinta y dos, por cinco = ciento sesenta", dice, tecleando en una pequeña calculadora que saca de un bolsillo. "Si no me quito la venda, me estafa en las cuentas".

—Macanas —digo, mientras hago aparecer una rosa desde detrás de la cabeza de una señora con cara de limón, que sostiene una canasta. Se la doy a Dublá, diciéndole que se la mandan del público. Ella se calza la rosa sobre la oreja y saca, de adentro de su escote, un rollo de billetes. Lo extiende sobre el borde de la bandeja, moja su índice con saliva y procede a contar.

—Admitamos que es una vergüenza —digo.

—¿Qué cosa?

—Eso que está haciendo, Mamuasel. Contar la recaudación delante de todos. Piense que es plata de ellos.

—*Era* —indica, destacando la palabra, mientras

va haciendo dos montones—, ahora es nuestra: mitad y mitad.

—Le parece, en pleno show...

—Usted es el mago. Entreténgalos, qué tanto.

—Pero no, mi linda... —termino, tratando de recoger los billetes que ella insiste en seguir maniobrando—. Guarde eso. Déme, yo se lo guardo.

—No —dice, cortante.

—¿Por qué?

—No sé. Siento que usted va a salir corriendo y yo no lo voy a poder seguir.

—¿Y eso, a qué viene? ¿Es un mal sueño?

—No. Me siento así. Flotando en el aire.

—Pero, mi "media naranja"...

—¡Le dije mil veces que odio ese nombre! Desde que comenzamos a practicar *"La flor azteca"*.

—Disculpemé, Mamuasel. —Le acerco un vaso con bombilla—. Tome un poco de limonada...

Ella se lleva la bombilla a los labios; sorbe.

—Está rica —dice—, pero lo que es hoy, parece que no me cayera en el estómago.

Meto la mano por debajo de la cortina roja, sin espiar. Saco un plato, haciendo equilibrio para que no se caiga el líquido. Lo pruebo. "Mnnn, limonada..." Le doy a probar al estrábico de la punta de la fila tres. "Es limonada", corrobora, desviando el ojo con seguridad.

—Muy extraño... ¿Se siente bien, Dublá?

—Bien, sí. Pero muy livianita de abajo.

—¿Descocada?

—No. "Medio" aireada. "Medio" ida, de abajo. En realidad me siento "MEDIO".

—¿Medio qué?

—Medio cuerpo.

Sorprendido, separo la cortina y meto la cabeza.

—¡Ooooooooh! —grito, desde adentro.

—¿Qué pasa? —pregunta ella, aún tranquila.

—No puede ser —salgo de abajo de la mesa redonda. La tomo por la cintura, le toco la cara, controlándole la fiebre. Giro hacia el público, acariciándome la frente con vistosos signos de preocupación. Ellos se mantienen callados. Lo que acabo de ver no existe, es una novedad desgraciada. La novedad de cada noche a esta hora. Con cara de malos augurios, notifico:

—Mamuasel, ha pasado algo terrible.

—Diga, nomás. —Ella hace dos rollos con la plata y los mete uno en cada taza del corpiño, apretados por el chaleco. No parece estar muy preocupada.

—Tengo dos noticias para darle: una mala y una buena. ¿Cuál quiere oír primero?

—La mala.

Hago un instante de silencio. No sé si decírsela o no. Me preparo para descorrer la cortina, parado a un costado de la mesa.

—Le cortaron las dos piernas —digo, al fin.

Quito el telón. Debajo de la mesa no hay nada.

—No puede ser —dice ella—; con lo lindas que eran... Tanto gimnasio para muslos perfectos y ahora... —se agarra la cabeza con ambas manos, en actitud desesperada—. Déme más limonada, por favor.

Le acerco el vaso, chupa y, desde abajo de la tabla, se ve caer un chorro sobre la alfombra negra, en simultaneidad con el acto de beber. Alguno larga una carcajada y yo le digo "basta, Dublá, que vamos a

inundar el garaje". Ella deja de tomar. Apoya el vaso sobre la bandeja y pregunta, insatisfecha:

—¿Y la buena, cuál es?

—¿Qué?

—La noticia buena.

—Ah, sí. Los chicos de la primera fila te compran los mocasines.

La gente sonríe. Ella pregunta:

—¿Pero lo mismo me vas a llevar a cenar, no?

—No sé, ahora, con esta desgracia...

—Siempre hay una excusa. Quiero ir.

—Está bien, como gustes. ¿Qué tenés pensado pedir, de rico?

—Gambas al ajillo.

Me enojo:

—¿Qué es este rebrote de humor negro, ahora que te faltan las piernas? ¿Te das cuenta lo que está pasando?

Levanta los hombros, despreocupada.

—Total, tenía callos plantales... Hay que saber encontrarle el lado positivo. Basta de dolores de pies, por ejemplo. Jamás voy a tener que operarme de los meniscos. La revisación de la pileta me va a llevar la mitad del tiempo... No más gastos de pantalones y polleras... ¡Nunca más frío en invierno por las benditas minifaldas! —descuelga la media de mujer de la soga y la tira hacia la platea—. Se acabó.

—Se acabó... —repito, nostálgico.

—Por fin.

—Sí, y ahora... ¿qué vamos a hacer?

Piensa un instante.

—Bailar no... —reflexiona—; lo dejamos para otra vez.

—Patinar tampoco... —le digo.

—A ver... Salir a caminar, never. Aerobics, niet. Fútbol, menos. Y bueh... por lo pronto, podés darme un beso.

—Sí, mi amor.

Me ubico por delante de la mesa para alcanzar su boca. Mis dos manos, los puños de la camisa y parte del saco son reflejados por el espejo inferior y luego por el superior, que están puestos en ángulo, tocando la alfombra. En la expresión de Dublá es en donde primero se lee el error cometido. Mis cuatro manos vistas descubriendo la trampa. Ya la gente sabe que, por detrás de los espejos, verán sus piernas, su pollera, sus medibachas negras. Chiflan, los chicos más que nadie, junto con la cuarentona; chiflan, pero sé que están más tranquilos, porque consideran que es sano, que no existe el horror.

—Les debo una explicación —digo—, ya que arruiné todo. Hacía mucho tiempo que no me pasaba; este truco tiene mil funciones cumplidas, un sábado tras otro. ¿Puede un hombre equivocarse en una repetición? Sí. Hay dos espejos, que están para crear la ilusión de que hay aire. El reflejo de la alfombra del piso se confunde con el del telón de fondo, también negro, y ustedes no ven las piernas de la *flor azteca*.

La miro, apenas sonriéndole.

—Yo tengo la culpa —dice ella—; nunca antes te había pedido un beso. Me pareció gracioso y lo incluí. —Comienza a ponerse nerviosa; yo recojo la venda que le habíamos arrojado al señor de las arañitas en la cara y le digo "mi amor, no impor-

ta..." Esto es una cosa entre nosotros; los demás no valen nada. Valen esas entradas.

—Les vamos a devolver la plata... —oigo que dice, ruborizada.

—No se preocupen —participa uno de los chicos, entregándome el zapato.

—No te metas —le digo, peleador—. Ella es mi amor y no importa nada más. Le vamos a devolver la entrada a cada uno como forma posible de resguardar nuestra intimidad. Nuestra pareja, nuestro beso. Y eso es algo en lo que no voy a dejarlos participar.

Tiro el zapato al escenario, con tal mala suerte que cae adelante del sistema de espejos, y todos pasan a ver los dos reflejos en el aire, separados por una corta distancia y sin tocar el piso.

—Un nuevo truco —les digo, tratando de distender el momento—: los mocasines flotadores.

Ellos aplauden tímidamente. La luz del reflector comienza a recorrer la sala, iluminando sus cabezas en silencio, sus peinados, sus gestos. Un ejército de compasiones, después de la risa fácil.

—No importa —digo—. Lo fundamental es que salgan conformes. Por eso, y para tranquilizar a Mamuasel que está tan preocupada, les voy a enseñar exactamente cómo es el truco.

Ella deja el pañuelo y se prepara para el final. El círculo de luz, quieto otra vez, ilumina la mesa circular. "Esta noche, la entrada tiene el precio de la revelación del secreto, del descubrimiento, y eso la hace invalorable. Para ustedes, a partir de hoy, '*la flor azteca*' será una historia disimulada por un oscuro mecanismo".

Saco el espejo inferior y paso la varita por detrás, para que la vean. Mamuasel se apoya con las manos sobre la delgada bandeja, lo que hace pensar que levantó las pantorrillas, ocultando el secreto detrás del espejo superior, con las rodillas dobladas. Tiene los ojos apretados por el esfuerzo. Esa tensión se siembra por las caras brillantes de la gente, que aún no comprueban la existencia de pierna alguna, a pesar de que medio truco ha sido revelado. Ellos confían en el recato y las buenas costumbres del espejo superior y en la tozudez de la *flor azteca*, que hasta el último segundo va a ocultarse para resguardar su entereza de media mujer viva. El zapato queda sobre la alfombra y reflejado únicamente arriba.

—Los trucos no se cuentan. Lo que van a ver debería ser un privilegio, a esta altura de mi carrera de prestidigitador.

Alguien silba, tal vez porque crea que mis palabras son exageradas. Desde atrás de la mesa redonda, termino por desarmar la trampa. El espejo, en el acto de desprenderse entre las patas de la mesa, produce un reflejo de luz, y el mar de cabezas en silencio queda retratado en el flash. Lo apoyo sobre el anterior. Me pongo de lleno en el hueco. Es un vacío. Sus bocas se abren; este vacío me hace dueño de todos ellos. No hay piernas, ni pies, ni muslos, ni rodillas. No hay fémures, no hay dedos, no hay medias de nylon, ni lugar real para ocultarlos. Esto es algo nuevo, que nadie sabe. Lo que se ve es lo que es, y la transformación pasó inadvertida para todos. Esa media mujer se apoya sobre una pulgada de madera, sobre una bandeja de cha-

pa. Es carne servida sobre la platina de un mozo perverso. Estoy debajo de esa tabla. Les digo vean y ellos ven; les digo comprueben y ellos se remueven en sus asientos, palpando, intranquilos, los tapizados.

—Éste es el secreto de Mamuasel Dublá. Buenas noches, hasta la próxima.

La luz del reflector se apaga, poniendo fin al acto.

—La pregunta es: ¿envejecen los magos?

—Como cualquier ser humano.

—¿Y cuál es el motivo?

—Las trampas.

—No —dice ella.

—Sí —insisto.

—Me gustaría hacer el amor sin mis partes ocultas, sin mis trampas.

—No, Carmen. No se puede.

La luz vigila, densa. Estoy en la tercera fila; hice lugar para estirar las piernas, corriendo las sillas de adelante. Ya no hay fila dos, ni uno. No hay saco, no hay zapatos. Y ahora, en este preciso instante, está por no haber medias en los pies. "*Hago y digo*", como en el libro *Cartomagia*. Ella sigue arriba de su pedestal, recontando billetes. Estamos solos. Nos separan casi dos metros y un escenario negro. Me saco el cinturón y los pantalones. Sé que va a decir: "no puedo, ¿sabés? No puedo hacerlo porque no soy una mujer entera". Me saco el calzoncillo.

—Soy la mitad de arriba —decís, suavemente, y yo me acuerdo de vos en mis ojos cerrados y quiero que no exista ropa en la mitad de arriba. Por eso te oigo decir "es una pena pero no puedo", mientras percibo el lejano sudor de tu chaleco de lentejuelas. Moviéndose, lo oigo susurrar hasta el piso. Imagino tu latido en el centro del corpiño delgado, que te ata como una segunda venda el busto firme. Soy tu público; te aplaudo con un batir de ojos y digo "sí, podés", y vos "no, no", con las manos hablándole a una traba en mitad de tu espalda, con ese movimiento de deshacer la tirantez. Apuntándome con tus pezones color marrón y riquísimos, que ahora pienso en mi boca como un manjar doble que unta el sube y baja de mi mano convencida y amable, que no deja de amarte, Carmen.

Te veo y me ves; soy la inocencia adentro del puño cerrado, sentado con las piernas estiradas sobre la alfombra; la panza floja; dos colas de la camisa como los telones de un teatro que se abre para vos, para mostrarte. "Carmen", repito, y todo es una reiteración que no nos avejenta. Te mojás las manos con saliva, siempre desde tu mirador, y con esa humedad te mojás los pezones, el vientre algo ajado pero liso. Tu hacer también es calculado. La realización en su más pura esencia, con todos los detalles incluyendo lo que vemos solamente nosotros: el depósito mudo de los bolsillos, la solapa que guarda. Este hueco construido por mi mano que simula ser el rasgo que te falta o sentís que te falta, y que sobreactuás en lo que tenés y te hace gozar de caricias propias, y te hace mover hasta acabar como entre los dedos manicurados de un prestidigitador.

"No hay más fin que el placer, en lo nuestro", le digo; la función es algo que molesta porque posterga este momento de pensarte, de aceptar en mi piel tu excitación, de provocarla, de ser vos y saber que te estoy acariciando con tus manos. Es una unión en ninguna parte y por lo tanto perfecta, como un estado de santidad. Magia hecha del lado de acá del espejo que copia movimientos y soporta; esperando, en la gran noche de las estrellas, la mejor función. Manchando de semen los tapizados de las butacas; acercándome para mancharte las arrugas, las tetas, las patas de gallo, todos los olores y esos ojos y esa nariz verdadera, sin trampas.

Soy tu espejo y vos el mío; me mirás descansar; te miro. Dos seres jugados por este aplauso. Somos nuevos, jóvenes. Con el alma congelada en el borde adolescente de la cama 322. Disfrutando, *Florcita*. Haciéndolo.

Esperando la hora del sábado que viene, para recomenzar.

Para volver a amarte, y envejecer sin importancia.

ÍNDICE